

$4.50 U.S.

Bianca™

Tormenta de pasiones

Carole Mortimer

Tormenta de pasiones

Carole Mortimer

El atractivo de Linus Harrison era demasiado para su sensata y respetable secretaria Andrea. Hacía que su corazón se acelerase sin poder controlarlo.

Y lo último que Andi esperaba era tener que pasar el fin de semana a solas con él.

El multimillonario Linus disfrutaba con cualquier desafío y deseaba aprovechar la oportunidad que representaba la ingenua Andrea. Sólo hacía falta una tormenta de nieve en Escocia para encender las llamas de su deseo… ¿Cómo podría resistirse Andi?

Prólogo

TENEMOS un trato? Andi se quedó mirando en blanco hacia el otro lado de la sala, al hombre que recientemente había entrado como un torbel ino en su vida y en la de su madre.

—Vamos, Andi —insistió Linus Harrison con impaciencia mientras daba vueltas de un lado a otro—. No puede ser tan difícil para ti darte cuenta de que no tienes otra opción más que aceptar mi oferta.

Ése era el problema. Andi sabía que no tenía otra opción. Y eso no le gustaba en lo más mínimo.

Por fuera su expresión y su actitud permanecían serenas. Por dentro era algo completamente distinto. ¿Qué razón podía tener aquel hombre para ofrecerle a su madre, que pronto se vería en la cal e, un lugar donde vivir a cambio de que

Andi aceptara ser su secretaria? Un hombre como Linus Harrison, conocido por su reputación despiadada en el mundo de los negocios, no podía estar ofreciéndole eso simplemente por tener un buen corazón. Andi ni siquiera estaba segura de que tuviese de eso. La dureza de aquel os ojos de un verde pálido resaltando en ese rostro anguloso no ayudaba a contradecir esa opinión.

Nada en Linus Harrison, de Propiedades Harrison S.A., resultaba reconfortante, pensó Andi mientras sentía un cosquil eo en el estómago al mirarlo. Medía más de metro ochenta, unos veinticinco centímetros más que el a, que medía uno sesenta y cuatro. Con el pelo oscuro y ligeramente largo, y que se apartaba con impaciencia de la frente cada vez que se le iba hacia delante. Su cara era tan angulosa como la de una escultura. Aquellos ojos verdes. Una nariz recta y arrogante sobre labios que no parecían sonreír a menudo. Una mandíbula cuadrada que apuntaba su reputación despiadada. El traje gris oscuro que llevaba enfatizaba el ancho de sus hombros musculosos y su cintura estrecha, a la que seguían unas piernas poderosas. Toda su persona estaba imbuida de una energía inagotable que resultaba asfixiante.

Andi se puso en pie y no dejó ver su inquietud cuando miró a Linus Harrison con sus ojos marrones.

—Mi nombre es señorita Buttonfield, o Andrea, como prefiera. Sólo mi familia y mis amigos cercanos pueden l amarme «Andi» —dijo arqueando sus cejas rubias.

La expresión de Linus resultaba burlona mientras la contemplaba con admiración. Andrea Buttonfield tenía clase, con C

mayúscula.

Era nueve años más joven que él, que tenía treinta y cinco. Su coronil a rubia apenas le l egaba a él a la barbil a. Su pelo liso, que le l egaba a la altura del hombro, estaba cortado con estilo; el flequil o enmarcaba unos ojos enormes del color del chocolate oscuro. Había sombras oscuras bajo aquel os ojos hermosos. Sus mejillas estaban ligeramente hundidas, su nariz era pequeña y recta y su boca formaba un arco perfecto sobre su barbil a puntiaguda y testaruda. Su apariencia fría y profesional se completaba con una falda negra y una blusa de seda blanca.

En los últimos tres meses esa mujer había sufrido una tragedia tras otra, y aun así Linus sólo veía determinación en sus ojos mientras el a lo miraba sin parpadear.

Linus inclinó la cabeza ligeramente.

—En ese caso, me decantaré por Andrea. Por el momento —dijo —. Debería advertirte de que no soy un hombre paciente, Andrea —añadió con dureza—. Mi oferta sólo es válida hasta las cinco en punto de hoy.

Andrea respondió a su ultimátum abriendo un poco más los ojos.

Él se encogió de hombros.

—Así es como yo hago negocios, Andrea.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo tomar una decisión tan importante en sólo unas horas.

—Ése es problema tuyo.

—¿Por qué tanta prisa?

—Mi actual secretaria se marcha a final de mes y necesito una sustituta antes de que eso ocurra —Linus se sentó en uno de los sil ones con brocados dorados que adornaban la perfección de aquella espaciosa sala.

Como Linus ya sabía, todas las habitaciones de Tarrington Park estaban decoradas y amuebladas con el mismo estilo elegante. Era un estilo que Linus deseaba mantener cuando comprase Tarrington Park en varias semanas y lo convirtiera en otro de sus hoteles—spa y centros de conferencia. Era un estilo que, según le había informado Marjorie Buttonfield, la madre de Andi, era obra de su hija.

«Estilo». Ésa era la palabra que se aplicaba a todo lo relacionado con Andrea Buttonfield. No era de extrañar. Andi había crecido en la finca de Tarrington Park y era la única hija de Miles y de Marjorie Buttonfield. Había tenido una infancia de lujo e

indulgencias. Los colegios internos a los que había ido eran los mejores del país. Su título en Lengua por la Universidad de Cambridge era uno de los más prestigiosos. Después de la universidad, Andrea se había mudado a vivir a Londres y se había convertido en la secretaria de Gerald Wickham, director de Wickham Internacional.

Sí, Andrea Buttonfield tenía estilo.

La infancia y la educación de Linus habían sido muy distintas a las de Andi, y era su estilo y su clase lo que había envidiado desde que la conociera ocho semanas atrás, cuando había ido a ver Tarrington Park con la intención de comprarla.

Su padre y su prometido, David Simmington—Browne, habían muerto en un accidente de coche cuatro semanas antes. Durante las semanas posteriores habían descubierto no sólo que la compañía de su padre estaba en bancarrota, sino que también había deudas considerables. Vender la casa familiar se había convertido en la única solución para saldar esas deudas.

Linus había hecho los deberes sobre Tarrington Park, sobre Andrea y sobre la recientemente viuda Marjorie Buttonfield. Sabía que vender la residencia familiar dejaría a Marjorie sin hogar y sin medios para mantenerse, salvo el salario que su hija ganaba como secretaria de Wickham.

Era una grieta en la armadura de Andrea Buttonfield que Linus no había dudado en utilizar a su favor.

—Piensa en el o, Andrea —dijo Linus con una sonrisa—. Siendo mi secretaria ganarás más. Tu madre y tú podréis mudaros a la casa de la entrada, lo cual será menos traumático para ambas, además de no tener que pagar alquiler. Podrías seguir teniendo tu cabal o en los establos. En lo que a ti respecta, sales ganando.

Andi ya estaba al corriente de todas las ventajas que tendría aceptar la oferta de Linus Harrison. Eran las desventajas las que le preocupaban. No conocía a Linus Harrison. No confiaba en él. Pero sobre todo, no le gustaba ese hombre.

Dada su reputación de hombre despiadado en los negocios, Andi no creía que fuese un hombre impulsivo, lo que le hacía pensar que probablemente hubiese meditado mucho sobre el tema antes de hacerle la oferta.

—¿Y qué gana usted con todo esto, señor Harrison? —preguntó.

—Según el propio Gerald Wickham, gano la mejor secretaria del hemisferio occidental.

—¿Ya ha hablado con Gerald sobre mí? —preguntó Andi

sorprendida. Por eso sabía que lo que le ofrecía era un incremento sobre su sueldo anterior.

Linus Harrison se encogió de hombros.

—No pensaría en contratarte como secretaria sin haber hablado primero con tu anterior jefe.

—¡Mi actual jefe! —lo corrigió Andi—. Y no tenía usted ningún derecho a hablar con Gerald.

—Tenía todo el derecho —respondió Linus con frialdad—. No contrataría a alguien sólo porque parece buena al igual que no compraría un coche sólo porque tuviera líneas suaves.

—¡No sé si eso es un insulto o un cumplido!

—Es simplemente un hecho —respondió Linus—. Por lo que yo sabía, podrías ser patética en tu trabajo y simplemente acostarte con Gerald Wickham para mantenerlo.

Era una posibilidad que a Linus no le gustaba nada, y distaba mucho de la clase y el estilo que poseía Andrea Buttonfield. Era cierto que, hasta hacía tres meses,

Andrea había estado prometida con Simmington—Browne. Pero eso no significaba que no se acostase también con su jefe. Tras reunirse con Gerald Wickham, Linus había quedado convencido de que el otro sólo pensaba en Andrea como un tío indulgente pensaría en su sobrina favorita, no como en una amante reservada para su deleite físico.

Linus no sabía por qué esa información debería importarle. Era cierto que su propio código de conducta en lo referente a las empleadas femeninas dictaba que no podía implicarse personalmente con ninguna de ellas, pero sabía que muchos hombres en su situación no pensaban lo mismo.

Andi no sabía si enfadarse o indignarse por la familiaridad de la conversación de aquel hombre. Decidió que el desdén sería la mejor opción.

—Imagino que Gerald satisfizo su curiosidad sobre ese tema.

—Totalmente —confirmó Linus Harrison.

Andi lo miró frustrada.

—Estoy más que contenta con mi trabajo actual, señor Harrison. A mi madre le han ofrecido una casa en el pueblo para vivir. Y uno de los establos de la zona ha accedido a quedarse con mi cabal o. Así que ya ve, señor Harrison. .

—Como ya he dicho, no necesito la casa del jardín, así que no tendrías que pagar alquiler. Tampoco tendrías que pagar por que tu cabal o estuviese aquí.

Además —continuó antes de que Andi pudiera interrumpirlo—, ¿realmente crees que el delicado estado de salud emocional de tu madre puede soportar mudarse a una casa en el pueblo donde tu familia siempre ha sido considerada gente de bien?

Andi se quedó muy quieta. El accidente de coche que había acabado con la vida de su padre y de su prometido le había parecido un golpe casi insoportable en su momento; inicialmente lo único que le había hecho controlar su dolor había sido la necesidad de mantenerse centrada por el bien de su madre. Descubrir pocos días después la bancarrota de la empresa de su padre había sido otro golpe que Andi no había esperado.

Su madre no lo había l evado bien; la pérdida de su marido después de treinta años, seguida de la certeza de que estaba a punto de quedarse sin casa, había dejado a Marjorie al borde del desequilibrio mental. Un golpe más y Andi sabía que su madre saltaría al precipicio.

Las últimas semanas habían sido una pesadil a mientras Andi intentaba compaginar las visitas a su madre los fines de semana con su exigente trabajo en Londres como secretaria de Gerald durante la semana. Era una presión que

empezaba a afectar a Andi después de tres meses, tanto emocional como físicamente.

La verdad era que su madre sería mucho más feliz si Andi regresara a vivir con ella en Hampshire, sobre todo si le permitían quedarse en la casa del jardín de Tarrington Park. Andi se sentiría más feliz sabiendo que su madre estaba cómoda. Era la idea de convertirse en la secretaria de Linus Harrison la que le impedía alegrarse por la oportunidad que estaba ofreciéndole.

Eso y el hecho de que simplemente no le gustaba ni confiaba en él.

—No estoy segura de querer trabajar para un hombre que utiliza la debilidad de otra persona para conseguir lo que desea —le dijo.

El le dirigió una sonrisa burlona.

—No creo que uno de los requisitos del puesto sea que tenga que caerte bien

—respondió.

—¿Y podría decirme cuáles son los requisitos del trabajo?

—Obviamente las mismas tareas que realizas en este momento. Además, cuando comience el trabajo, pasaremos casi todo nuestro tiempo aquí durante al menos el próximo año, trabajando en la transformación de Tarrington Park, que se convertirá en uno de los

prestigiosos hoteles y centros de conferencias de mi empresa. De vez en cuando tendré que ir a mi oficina en Londres, y también tendré que visitar mis otros hoteles. Pero generalmente me gusta trabajar de manera personal, supervisar cada detal e de las alteraciones del edificio. No debería haber demasiadas, pues esta casa ya se parece bastante a lo que tengo en mente. La decoración es algo de lo que me gustaría que te ocuparas.

Normalmente contrato a un equipo de Londres, pero tú conoces esta casa mejor que nadie. Tu contribución será impagable a la hora de decorar y amueblar las habitaciones con un estilo que se adecue con las instalaciones. Con tu ayuda espero, Andrea, que Tarrington Park se convierta en uno de los hoteles y spas más lujosos del país.

Andi se sintió entusiasmada mientras Linus Harrison explicaba sus planes para la que había sido la casa de su infancia. Por supuesto habría preferido no tener que vender la casa y que su madre hubiera podido seguir viviendo al í, pero Andi sabía después de los últimos meses que aquel o era imposible.

Con la venta de Tarrington Park podrían saldar las deudas de su padre y, aunque Linus Harrison fuese probablemente la última persona a la que Andi le hubiera gustado vendérsela, su oferta de empleo significaba que, al menos, tendría algo que decir en los cambios en la decoración. Su madre podría seguir en la finca, aunque en la casa del jardín y no en la propia mansión.

Linus vio la indecisión en su mirada.

—Admítelo, Andrea; te tienta la idea.

—La idea tal vez —respondió ela—. La realidad es otra cosa. No estoy segura de que pudiera trabajar para usted.

—¿Por qué diablos no ibas a poder? No, deja que lo adivine. Alguien con tu pasado privilegiado se estremece ante la idea de ser contratada por alguien como yo.

Ella parpadeó.

—¿Alguien como usted?

—Estoy seguro de que tú, como cualquier otra lectora de prensa amaril a, estás al corriente de mi pasado —dijo Linus.

Durante los años, la prensa había resaltado mucho el hecho de que Linus hubiese empezado quince años atrás con nada más que su inteligencia y la determinación por triunfar. Que, a pesar de ser ahora un multimil onario, había empezado siendo el único hijo de una madre soltera, criado en los suburbios de Glasgow, que había dejado la escuela a los dieciséis años para trabajar como obrero en la construcción.

En sólo cuatro años ya tenía su propia empresa de construcción, compraba propiedades ruinosas y las convertía en hoteles, cada uno más lujoso que el anterior. Actualmente, quince años después, Linus poseía docenas de hoteles por todo el mundo.

Durante los años había perdido su acento de Glasgow, había aprendido a l evar trajes de Armani como si hubiera nacido para el o, y se encontraba igual de có—

modo en la compañía de magnates que con sus propios trabajadores.

Andrea Buttonfield pareció confusa con su tono acusatorio.

—¿Por qué debería importarme su pasado?

¿Por qué? Linus se reprendió a sí mismo al instante por revelar esa pequeña mel a en su armadura. Por lo que a Andrea Buttonfield respectaba, el a tenía suficientes razones para despreciarlo simplemente por ser el arribista decidido a comprar su casa familiar y convertirla en un negocio rentable. Para el a la certeza añadida de que sus pasados fueran tan diferentes no entraba en la ecuación.

—He decidido que no quiero esperar tu decisión después de todo, Andrea —dijo con impaciencia—. ¿Cuál es tu respuesta? O lo tomas o lo dejas.

Andi quería dejarlo. Su instinto le decía que debía hacer justo eso. Pero la idea de cómo su madre había cambiado en los últimos tres meses fue suficiente para que se detuviera a pensarlo.

La oferta de trabajo de Linus Harrison resolvería muchos de sus problemas en lo referente a su madre. Andi sabía que sería tonta si rechazara esa oferta sólo porque estar en la misma habitación que Linus Harrison le pusiera nerviosa.

Respiró profundamente antes de responder.

—De acuerdo. Acepto su oferta, señor Harrison. Pero mi contrato dice que tengo que avisar a Gerald con tres meses de antelación, no con uno.

Linus Harrison pareció completamente imperturbable.

—Puedo vivir con eso.

Andi sólo esperaba que pudiera vivir con las consecuencias de su decisión. .

Capítulo 1

HAZ LAS maletas, Andi. ¡Nos vamos unos días a Escocia! Andi levantó la cabeza, frunció el ceño y miró a Linus, de pie en la puerta que separaba sus despachos en el último piso de Tarrington Park. Ya sabía que estaba al í, en su apartamento privado al final del pasillo, pues había visto su coche aparcado en la entrada al llegar a trabajar aquella mañana. Fue lo que dijo lo que hizo que reaccionara de esa manera.

—¿Escocia?

Linus entró en el despacho y se apoyó en su escritorio. Llevaba el pelo ligeramente más corto que hacía un año; el verde pálido de sus ojos seguía bril ando con la misma astucia sobre sus rasgos duros y cincelados mientras la miraba.

—Ahora que Tarrington Park ha abierto sus puertas, busco otro gran proyecto en el que trabajar. Hay un castillo en Escocia que estoy pensando en comprar.

—¿Y quieres que vaya contigo?

Nunca antes había sugerido l evarla en sus viajes con él. Aunque tampoco lo había sugerido en aquel a ocasión, se recordó Andi a sí misma. Linus le había dicho que se iban.

—Eres mi secretaria —le recordó él.

Andi era muy consciente de ello. Al igual que era consciente de que, en los últimos meses, había empezado a ver a Linus como algo más que el jefe exigente que pasaba unos días por al í para ver los progresos en Tarrington Park y después regresaba a su vida y a su apartamento en Londres.

Esperar que Andi lo acompañase a Escocia en un viaje de negocios era algo bastante razonable. De hecho, cuando ella trabajaba para Gerald Wickham, lo acompañaba a viajes de negocios todo el tiempo. Pero Linus no era Gerald. .

Consciente de la reputación despiadada de Linus en lo referente a las mujeres, Andi se había prometido a sí misma mantenerse alejada de él al

empezar a trabajar juntos un año antes. No era difícil lograrlo cuando se sentía emocionalmente paralizada tras las muertes de David y de su padre.

Pero gradualmente Andi había empezado a esperar con ganas las visitas de Linus. Había comenzado a apreciar el atractivo de sus ojos y la malicia sexy en su sonrisa. Incluso advertía el ancho de sus hombros y la fuerza de su cuerpo musculoso cuando caminaba por

Tarrington Park dando órdenes.

Y del mismo modo Andi era consciente en aquel momento de su proximidad, apoyado como estaba en su escritorio.

—¿A qué aeropuerto volamos? —preguntó el a cuando por fin Linus se alejó.

—Pensaba l evar el Range Rover.

—¿En coche? —Andi miró por la ventana y vio el sombrío cielo invernal—. ¿No nieva en Escocia en febrero? —Deja de ser tan quisquil osa, Andi —respondió Linus—.

Cualquiera diría que no quieres ir a Escocia conmigo.

Y era cierto.

La idea de estar sola en Escocia con Linus durante varios días hizo que se le acelerase el pulso.

—¿Cuál es tu problema, Andi? ¿Tienes otros planes para este fin de semana?

¿Un encuentro romántico, tal vez? —añadió con tono burlón.

—Por supuesto que no —respondió el a.

—Por supuesto que no —repitió él con una sonrisa—. Ha pasado más de un año desde que el santo David Simmington—Browne muriera. ¿No es hora de que empieces a vivir de nuevo? —sobre todo porque el prometido de Andi no había sido un santo en absoluto, pensó Linus. Durante el último año había descubierto demasiados secretos del otro hombre. Secretos de los que sabía que Andi no estaba al corriente. .

Su decisión de contratar a Andrea Buttonfield y de darle libertad sobre la decoración de Tarrington Park había sido la mejor jugada empresarial que había hecho. Pero el hotel y centro de conferencias llevaba abierto ya un mes, dirigido con éxito por Michael Hal , y ya era hora de pasar a algo distinto. Para los dos.

Andi se había enfadado al oír el nombre de David.

—Mi vida privada no es asunto tuyo —dijo con voz gélida.

—Tú no tienes vida privada —respondió él con un gruñido.

—Entonces mejor que tú tengas de sobra para los dos, ¿verdad? —Andi le dirigió una mirada feroz, sabiendo gracias a las fotografías que a veces aparecían en los periódicos que la vida de Linus en Londres implicaba veladas, si no noches,

con la última mujer en su vida. Mujeres que rara vez despertaban su interés durante más de dos meses.

—¿Celosa?

Andi se levantó abruptamente y preguntó:

—¿Por qué iba a estar celosa? Si esas mujeres son lo

suficientemente estúpidas como para aceptar lo poco que quieres darles, es su problema. ¡Te aseguro que no tengo ningún interés en calentar tu cama!

Andi se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas, al darse cuenta de que tal vez hubiera revelado demasiado.

Linus la miró con los ojos entornados, sorprendido por su vehemencia. Sólo iba a Tarrington Park cada dos meses, pero en ninguna de esas visitas había visto a la fría y distante Andi alterarse tanto por algo; aquellos preciosos ojos marrones bril aban con indignación y tenía rojas las mejillas, que habitualmente eran pálidas.

—Tal vez deberías esperar a que te inviten antes de decir que no —respondió él—. Estaba refiriéndome a tu ausencia de vida amorosa, Andi.

Ella parpadeó y regresó a su apariencia profesional y educada mientras volvía a sentarse.

—Ya lo sabía —dijo.

Linus siguió mirándola durante varios segundos, contemplando su reacción defensiva.

Las cosas habían sido un poco tensas entre el os al empezar a trabajar juntos, probablemente debido a cierta cantidad de resentimiento comprensible por parte de Andi al verse prácticamente obligada a trabajar para él. Pero cuando Andi había aceptado que Linus deseaba su completa implicación en el proyecto, y que sus prolongadas ausencias le daban a el a rienda suelta en lo referente a la decoración interior, la incomodidad entre el os había empezado a desaparecer. Ahora, un año más tarde, Linus agradecía que, en los asuntos de negocios, Andi fuese eficiente y discreta; todo lo que podría desear en una secretaria.

Su reacción en aquel momento también le recordó que era una mujer extremadamente guapa. Los trajes y blusas que siempre l evaba no lograban disimular el hecho de que tenía curvas en los lugares apropiados, con unas piernas largas y sexys que subían hasta su. .

—¿Linus?

—Perdón —sacudió la cabeza y dejó de pensar en los atributos de su secretaria—

. Saldremos hacia Escocia mañana. Además de ver el castil o cerca de Edimburgo, hay alguien a quien tengo que visitar.

—¿Edimburgo? —repitió Andi—. Un momento —lo miró con suspicacia—. ¿El equipo de rugby escocés no juega contra Gales

este fin de semana?

—Creo que sí —confirmó Linus con expresión deliberadamente inocente.

—Crees que sí —repitió el a.

Sabía que Linus no sólo jugaba duro, sino que su éxito profesional se debía al hecho de que también trabajaba como un demonio. Pero, sin importar lo rico que fuera, o lo ocupado que estuviera, Linus había mantenido su amor por el rugby, y siempre que le era posible asistía a los partidos del equipo escocés.

Era imposible no saber que el Torneo de las Seis Naciones comenzaba aquel fin de semana, ni que Escocia jugaría en casa en Murrayfield, una zona de Edimburgo, el domingo. Demasiada casualidad dadas las circunstancias.

—Sabes que es así, Linus —dijo Andi—. De hecho, apuesto a que tienes una entrada para el partido.

—En realidad tengo dos entradas.

—¿También esperas que vaya contigo a un partido de rugby?

—¿Por qué no?

Para empezar, a Andi no le interesaba el rugby en absoluto. Además, asistir a un partido con Linus no estaba en su contrato.

—Si vas a visitar a amigos y piensas ir a un partido de rugby, no entiendo para qué necesitas que vaya contigo a Escocia.

—Es la primera vez que te pido que vengas conmigo a un viaje de negocios, ¿y te niegas?

—Yo no he dicho eso.

—A mí me lo ha parecido.

—Entonces debes de haber oído mal —contraatacó Andi.

Linus se preguntó si en efecto habría oído mal. Andi y él habían trabajado bien juntos en las ocasiones en las que había ido a Tarrington Park, pero en un sentido personal no habían ido más al á del permiso para l amarla «Andi» en vez de «Andrea», como había insistido ella al principio. Una situación que Linus consideraba conveniente para ambos, hasta la respuesta de Andi hacía unos instantes. .

—¿Vas a venir a Escocia conmigo o no?

—Por supuesto que te acompañaré, si es lo que deseas.

—Lo que deseo de ti, Andi, es tu aportación al castil o que hay cerca de Edimburgo. Hiciste un buen trabajo con Tarrington Park. Me vendría bien tu ayuda. ¿Marjorie podrá quedarse sola durante cuatro días?

—No está sola desde que contrataste a la señora Ferguson como

nuestra ama de l aves —le recordó Andi.

—No me digas que sigues molesta por eso.

Andi se había enfadado un poco cuando, en una de sus visitas relámpago seis meses antes, Linus le había informado de que había contratado a un ama de l aves para la casa del jardín. No era que hubiera algo de malo en tener a alguien que se ocupara de la casa, pero Andi no quería sentirse más en deuda con él de lo que ya lo estaba.

La salud de su madre había mejorado en el último año. El escándalo de la bancarrota que se había destapado tras la muerte de Miles había acabado por desaparecer, lo que le había permitido a Marjorie alejarse del abismo al que se estaba acercando, aunque su madre aún estaba más delicada de lo que a Andi le hubiese gustado.

Pero su madre y la señora Ferguson eran de una edad parecida y se l evaban bien, lo que significaba que no hacía falta que Andi se preocupara por dejar a Marjorie sola unos días.

—No estaba molesta —le aseguró a Linus—. Sólo hubiera preferido que me lo consultaras antes de hacerlo, nada más.

—Si lo hubiera hecho, habrías dicho que no. Preferí no tener aquel a discusión en particular. Tú estás muy ocupada aquí y la casa del jardín es demasiado grande para que tu madre se encargue sola.

—No te molestes en intentar explicarte, Linus —dijo Andi—. Ambos sabemos que, a ojos de mi madre, tú no puedes hacer nada malo.

—¿Qué puedo decir? Parece que gusto a las mujeres de cierta edad.

A Andi le sorprendía que Linus eligiera visitar a su madre siempre que iba a Tarrington Park. Su actitud hacia Marjorie siempre era cálida y considerada.

El hecho de que él mismo hubiera visto a su propia madre luchar por sacarlo adelante sola tal vez era una de las causas de su aparente afecto hacia Marjorie. Fueran cuales fueran sus razones, su madre parecía caerle bien y ésta siempre estaba cantando sus alabanzas.

—Según los periódicos, les gustas a todas las mujeres en general.

—Oh, déjalo ya, Andi —dijo él con el ceño fruncido—. No puedes negar que contratar a la señora Ferguson le ha puesto las cosas más fáciles a Marjorie.

—Yo no niego nada. ¿La vida siempre es tan fácil para ti? ¿Si algo no está bien, simplemente inviertes dinero y lo arreglas?

Criada en Tarrington Park, rodeada del amor de sus dos padres,

Andi no podía siquiera imaginar cómo habría sido la vida para Linus siendo un niño, o un adolescente. Había tenido mucho amor; primero de su madre y después de su tía Mae, tras la muerte de su madre cuando tenía quince años. Pero desde luego no había tenido dinero con el que «arreglar» nada. Uno de los beneficios de su riqueza actual era que podía comprar cualquier cosa que quisiera; podía hacer lo que deseara y cuando deseara. Y normalmente lo hacía. .

Andi nunca se había quejado de las horas extra que tenía que emplear para l evar a cabo los cambios en Tarrington Park, pero Linus había sido consciente durante sus visitas de que estaba preocupada por dejar a su madre sola durante demasiado tiempo. Había sido fácil para él resolver ese problema contratando a un ama de llaves. A juzgar por como Andi había reaccionado en su momento, cualquiera habría pensado que pretendía mudarse él mismo a la casa del jardín.

—No siempre se trata de dinero, Andrea —explicó—. Pero nada de lo que diga o haga hace que dejes de discutírmelo todo de manera testaruda.

—Soy independiente, Linus, no testaruda. Hay una diferencia.

—¿Puedes permitirte tener un ama de l aves? —preguntó él.

—Sabes que no.

—Entonces deja de quejarte porque yo sí pueda. Me pareció lo mejor, sobre todo con el proyecto de Escocia.

—Linus, no esperarás que me mude a Edimburgo para supervisar los cambios si compras el castil o, ¿verdad?

—Claro que no espero que te mudes a Escocia —respondió Linus —. Vivir al í durante algunas semanas de vez en cuando, tal vez, pero no mudarte al í.

Andi se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Es ésa la verdadera razón por la que contrastaste a la señora Ferguson?

—¿De qué estás hablando?

—Contrataste a la señora Ferguson porque sabías que, cuando Tarrington Park estuviese abierto, mi presencia constante aquí ya no sería necesaria.

—¿De verdad? —la voz de Linus sonaba peligrosamente suave.

—¡Por supuesto!

—Andi, no sé qué he hecho para darte la impresión de que todos mis actos son maquiavélicos.

—¿Por qué no empezamos por el hecho de que me obligaste a

trabajar para ti?

—Eso puede cambiar cuando te apetezca dimitir.

Andi frunció el ceño y ambos se mantuvieron la mirada en una batal a de voluntades. La de el a era acusadora; la de él, desafiante.

Fue Andi la que apartó la mirada primero. —¿Quieres que reserve el hotel en Edimburgo para las tres noches? —preguntó.

—No nos alojaremos en un hotel ninguna de las noches —respondió Linus—. Ya he hecho los preparativos.

—Tendré que saber dónde nos hospedaremos para decirle a mi madre dónde estaré.

—Nos quedaremos en casa de mi tía Mae, cerca de Ayr, mañana por la noche.

Luego iremos. .

—¿En casa de tu tía Mae? —repitió Andi.

—¿Tienes algún problema con eso?

No era un problema exactamente. Más bien una reserva. A Andi le resultaba fácil mantener la distancia emocional con Linus en sus visitas a Tarrington Park, cuando trataba con él en un sentido profesional. Pero quedarse con él en casa de uno de sus familiares resultaba demasiado íntimo.

—No creo que tu tía quiera que una de tus empleadas esté presente durante tu visita.

—Al contrario —dijo Linus—. Está deseando conocerte.

—¿De verdad?

—Claro. Quiere conocer a la mujer que ha logrado soportarme durante el último año.

—¿Como empleada tuya, quieres decir?

—Claro que como empleada. La secretaria que más me había durado había estado trabajando diez meses.

—No sabía que. . —su voz se apagó. Era cierto que el ritmo de trabajo de Linus era tan exigente como él, pero Andi no podía negar que él último año había resultado absorbente, y había culminado en un profundo sentimiento de satisfacción cuando Tarrington Park estuvo terminado y se convirtió en un éxito de la noche a la mañana.

Linus se encogió de hombros.

—¡No creí que fuera importante!

—¿Qué les hiciste exactamente a mis predecesoras? —preguntó el a.

—Absolutamente nada.

—Ah —Andi asintió lentamente y sintió cómo los músculos de

su estómago se tensaban—. ¿Deduzco que ése era el problema?

—Aparentemente —convino él—. No me acuesto con las mujeres que trabajan para mí, Andi —añadió abruptamente.

—Entonces estamos de suerte, porque yo no tengo ningún interés en tener una relación contigo fuera del despacho —respondió el a con frialdad.

Linus no lo habría l amado suerte exactamente. Andi era una mujer extraordinariamente bel a, pero al contratarla había puesto fin a la idea de que pudiera haber algo entre el os.

Aunque no podía negar que su interés se había despertado minutos antes cuando Andi había reaccionado de una manera tan defensiva a la sugerencia de que pudiera haber intimidad entre el os; antes de que lo insul tara con lo referente a la contratación de la señora Perguson.

—Estamos de suerte —repitió él.

—Por cierto, Linus —añadió Andi antes de que él saliera del despacho—. Tal vez debería mencionar que mi abuelo materno es galés.

—¿Eso significa que apoyarás a Gales en el partido del domingo?

—Desde luego —respondió el a con una sonrisa—. Según creo, son buenos.

—Sabes más de rugby de lo que pensaba —murmuró él.

—En realidad no. Pero recuerdo todas las l amadas telefónicas de mi abuelo cuando ganan un partido.

—Mmm —dijo Linus frunciendo el ceño—. Después de diez años, es hora de que Escocia vuelva a ganar.

—O Inglaterra. Juegan contra Italia el sábado, según creo —añadió el a inocentemente.

—Veo que nos los pasaremos bien este fin de semana.

Andi no pensaba lo mismo de la idea de pasar cuatro días en Escocia con Linus.

Consciente como era de su presencia física, y advertida por él mismo de que nunca se acostaba con sus empleadas, esos cuatro días prometían ser muy difíciles. .

Capítulo 2

CREÍ que habías dicho que no siempre nevaba en Escocia en febrero. —De acuerdo, resulta que me equivocaba —contestó Linus con el ceño fruncido, sentado al volante del Range Rover mientras intentaba ver la carretera a través de la nieve que caía.

Habían salido de Hampshire muy temprano aquel a mañana y se habían parado cerca de Manchester para comer antes de seguir con el viaje. Estaba oscuro

cuando la nieve comenzó a caer suavemente casi inmediatamente después de atravesar la frontera entre Inglaterra y Escocia, y había empezado a caer con más fuerza a medida que se acercaban a casa de su tía en Ayr, en la costa oeste.

—Tal vez deberías haber comprobado la previsión meteorológica antes de salir —

añadió él con impaciencia.

—¿Debería? Me dio la impresión de que lo tenías todo bajo control —

murmuró Andi secamente.

—Por desgracia ni siquiera yo puedo controlar el clima —el tiempo era verdaderamente malo, pensó Linus al darse cuenta de que apenas podía ver más de dos metros por delante. Avanzaban cada vez más despacio—. Si no para pronto, tendremos que buscar un lugar en el que pasar la noche.

—¿Tan malo es? —preguntó el a.

—Puedes verlo por ti misma —contestó él señalando con la cabeza hacia la carretera cubierta de nieve.

No era que el Range Rover no estuviese preparado para ello, pero a Linus no le apetecía seguir conduciendo sin saber dónde iba. El hecho de no haber visto ningún coche en sentido contrario desde hacía algún tiempo indicaba que más adelante la situación sería peor.

—No tengo intención de dormir en el coche, así que busca algún lugar en el que podamos parar a pasar la noche —Linus no dejaba de mirar la carretera mientras hablaba.

Andi giró la cabeza y comenzó a buscar a través de la nieve cualquier signo de población, sobre todo las luces de alguna posada u hotel donde pudieran descansar hasta que cesara la nieve. Se sentía culpable por no haber mirado la previsión meteorológica y no estar preparada. Estar enfadada con Linus por la posibilidad de tener que vivir algunas semanas en Escocia de vez en cuando no era

una excusa.

—¡Al í! —gritó de pronto, señalando una luz situada a la izquierda de la carretera—. Podría ser una posada o. . No, sólo es una farola.

Una farola significa que tendrá que estar habitado —dijo Linus, y miró hacia donde Andi había señalado—. ¡Sí! Hay un camino; al menos espero que sea un camino —frunció el ceño y giró el coche en dirección a las luces. La nieve lo cubría todo y esperaba que debajo de aquel manto blanco hubiera una superficie firme—. Es una posada —añadió con satisfacción al ver el cartel en el que aparecían un cardo y un venado. Metió el coche en lo que esperaba que fuese

el aparcamiento desierto y apagó el motor—. No es muy grande, pero tendrá que servir. ¿Te apetece probar?

—¿Acaso tenemos otra opción? —preguntó ella.

—No, pero creí que lo mejor sería preguntar —bromeó él mientras alcanzaba los abrigos del asiento trasero—. No salgas hasta que venga por ti —le aconsejó mientras se preparaba para abrir la puerta y enfrentarse a la ventisca—. Si te pierdo con esta tormenta, tal vez no sea capaz de volver a encontrarte.

Andi se estremeció al sentir el frío helador cuando Linus abrió la puerta y salió antes de volver a cerrarla. La nieve caía con tanta intensidad que ni siquiera pudo verlo bordear el coche para abrir su puerta; sólo se dio cuenta de que lo había hecho cuando la puerta se abrió a su lado.

—Cuidado; hay hielo —dijo él cuando Andi bajó los pies al suelo.

La advertencia llegó demasiado tarde, porque sus pies resbalaron y tuvo que agarrarse al abrigo de Linus para no caerse.

—Perdón —murmuró entre dientes mientras intentaba recuperar el equilibrio. El viento y la nieve eran tan fríos que ya sentía la cara y la mandíbula heladas—. ¡Esto es horrible! —gritó por encima del rugir del viento, y supo que Linus no la había oído al verlo negar con la cabeza.

Linus la agarró de la mano y se volvió para luchar contra el viento mientras caminaban hacia la posada. Caminaban despacio y a Andi le sorprendió ver lo mucho que quedaba cuando levantó la cabeza. El viento picaba tanto en la cara que parecía que soplaba a propósito para impedirles el avance. Casi como si las fuerzas de la Naturaleza no quisieran que l egasen al cobijo y al calor que la posada prometía.

Andi no podía respirar bien por la nariz, y la garganta le quemó cuando intentó respirar por la boca.

—¡Maldita sea, así no vamos a ninguna parte! —Andi apenas oyó la exclamación impaciente de Linus antes de que se la l evara el viento, de modo que le sorprendió cuando éste se dio la vuelta, la tomó en brazos y comenzó a caminar con determinación hacia las luces de la posada.

Andi le pasó los brazos alrededor del cuel o y agachó la cabeza contra su pecho para protegerse del viento. Incluso la humedad de su abrigo resultaba más agradable que el ardor en la garganta cuando intentaba respirar.

Era increíble pensar que, aunque hiciese frío, el sol había intentado brillar al salir de Hampshire aquella mañana; era como estar en otro mundo.

¿Qué sería de el os si Linus no lograba llegar hasta la posada? Se aferró a él y entrelazó sus dedos helados. Debería haber l evado guantes. Y un gorro.

—¡Ya casi hemos l egado! —gritó Linus—. Abre la puerta —añadió segundos más tarde.

Andi levantó la cabeza y vio que ya habían l egado a la posada; la luz bril aba a través de las ventanas escarchadas, así como lo que parecía ser un fuego en la chimenea.

Tenía los dedos tan fríos e insensibilizados que le costó separarlos. La nieve se resquebrajó en la manga de su abrigo y luego cayó al suelo cuando movió el brazo hacia el picaporte. Los dedos resbalaron al principio,pero finalmente logró agarrarlo y girarlo. Ambos estuvieron a punto de caer al atravesar el umbral a lo que parecía ser el bar.

El posadero se quedó mirándolos con la boca abierta, obviamente perplejo al ver que había alguien fuera con ese tiempo.

—Cierre la puerta, por favor —le dijo Linus mientras l evaba a Andi junto al fuego. Se sentó sin soltarla, pues el a parecía incapaz de soltarse de los hombros de su abrigo.

—No pasa nada, Andi —murmuró él—. Estamos bien —añadió con satisfacción mientras el calor del fuego comenzaba a desentumecerle la cara y las manos.

La sensación de hormigueo que siguió fue casi igual de dolorosa, pero era un dolor agradable después de la preocupación de los últimos minutos. Realmente no había estado seguro de poder l egar a la posada en mitad de la tormenta.

Aunque no pensaba decírselo a Andi. Sabía por experiencia que

Andi era una mujer que normalmente mantenía la calma en cualquier situación; lo había hecho tras la muerte de su padre y de su prometido, durante la venta del hogar familiar para saldar las deudas de su padre y también al aceptar trabajar para él. Pero a juzgar por la manera en la que se aferraba a él, parecía que había llegado al límite de su resistencia.

La miró y la vio tan pequeña en sus brazos, casi vulnerable, con el pelo pegado a la cabeza y a la cara y sus ojos muy abiertos mientras lo miraba. Un hombre podría ahogarse en aquel as lagunas de chocolate, pensó Linus mientras se le aceleraba la respiración; podría perder su propia voluntad, su alma, y darle igual siempre y cuando Andi siguiera mirándolo con aquel a calidez.

No había advertido antes lo largas que eran sus pestañas; espesas y oscuras.

Un gran contraste en comparación con el rubio de su melena. Sus labios eran de un rosa oscuro, carnosos y prominentes, como si esperasen ser besados.

—Bébete esto, chico. Y tu chica también.

Linus apartó la mirada de Andi y se fijó en el posadero, que estaba de pie junto al sil ón sujetando dos vasos de un líquido color ámbar. Probablemente whisky, pensó Linus mientras aceptaba uno de los vasos y se lo llevaba a Andi a los labios.

—Bebe —le dijo.

La garganta de Andi tragó compulsivamente mientras Linus la miraba. Había algo en su mirada, una certeza que sólo sirvió para aumentar su nerviosismo por tener que pasar cuatro días a solas con él en Escocia.

Estuvo a punto de atragantarse, pues no estaba acostumbrada al alcohol y el whisky le quemó la garganta en su camino hacia el estómago. Andi se desentumeció entonces lo suficiente para darse cuenta de que estaba sentada en los muslos de Linus, acunada entre sus brazos.

Se incorporó, le quitó el vaso de whisky de la mano y se levantó para apartarse. Evitó mirarlo y se quedó contemplando el fuego mientras sentía su mirada inquisitiva siguiendo sus movimientos.

¿Qué acababa de ocurrir?

Miró a Linus y vio. . ¿qué? Conciencia. Deseo, tal vez. Casi como si Linus hubiera estado mirándola por primera vez. Y tal vez fuera así. Andi se parecía poco aquel día a la secretaria formal y estirada que iba a trabajar al despacho. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros; sus vaqueros y su jersey eran mucho más informales que

cualquier cosa que l evara en la oficina. Se sentía extrañamente vulnerable sin el escudo de sus trajes y sus blusas. Sobre todo si aquel cambio también había afectado al modo en el que Linus la veía.

De pronto fue consciente de la conversación que tenía lugar entre Linus y el posadero.

—Mi mujer preparará la habitación —murmuró el posadero antes de desaparecer tras una puerta en la que ponía «privado».

—¿Quieres las buenas noticias o las malas?

Andi se volvió hacia Linus con el ceño fruncido.

—Primero las malas —contestó.

—La mala noticia es que esto es un pub, no un hotel, así que el posadero no alquila habitaciones habitualmente.

—¿Y las buenas noticias? —preguntó ella.

—Que tiene un dormitorio que puede dejarnos para pasar la noche. Es la habitación de su hija, pero el a está en la universidad.

—¿Un dormitorio, en singular?

—Efectivamente —confirmó Linus.

—No estarás sugiriendo que los dos compartamos ese dormitorio —Andi lo miró furiosa desde el otro extremo de la habitación. Sus ojos marrones bril aban con indignación.

Linus respondió con otro ceño fruncido al ver su reacción. ¿Qué esperaba?

¿Que iba a lanzarse sobre ella nada más estuvieran a solas en la habitación?

No era que se tratara de una idea tan inaceptable, viendo lo guapa que estaba. Pero a Linus no le gustaba la implicación de que no pudiera dejar las manos quietas.

—¿Prefieres que volvamos a la tormenta e intentemos buscar un lugar donde tengan dos habitaciones disponibles?

—No, claro que no —respondió el a—. Pero siempre podrías dormir aquí abajo.

Aparte del sil ón en el que Linus estaba sentado, había otro más y un banco de asientos y sil as de comedor colocadas en tomo a las mesas vacías.

—Prefiero la comodidad de una cama —respondió él—. Pero no tengo objeción a que tú duermas aquí abajo, si es lo que deseas. Al dueño le parecerá extraño, pues parece haber dado por hecho que somos pareja.

—¡Pues entonces haz que no lo dé por hecho! No voy a compartir habitación contigo, Linus.

—¿Cuál es tu problema, Andi?

—Yo.. tú.. nosotros.. —Andi negó con la cabeza, horrorizada por la idea de compartir habitación con él, consciente como era de su presencia—. Tú eres mi feje. ¡Trabajo para ti!

—¿Y eso impide que compartamos habitación?

—¡Según tú, sí! No te acuestas con tus empleadas, ¿recuerdas?

—Compartir una habitación no implica acostarnos.

—No necesariamente.

—Dejaré las manos quietas si quieres.

—Eso es tan poco caballeroso.

—No recuerdo haber dicho que fuera un caballero.

—¡Me da igual! Eres. .

—Hablaremos de eso más tarde, Andi —respondió Linus, y se volvió hacia el propietario cuando éste regresó.

—Mi mujer ya tiene un poco de caldo calentándose en el fuego —dijo el hombre—. Ha puesto pan a cocer para acompañarlo mientras prepara la cama en el piso de arriba.

Resultaba agradable oír el acento escocés en la voz del propietario, e hizo que Linus se diese cuenta de lo mucho que echaba de menos su tierra natal y el calor de su gente.

Linus había abandonado Escocia años atrás, tras aceptar que podía seguir siendo un pez gordo en una charca pequeña o convertirse en un pez más gordo en una charca mucho mayor al mudarse a Londres e invertir su dinero al í. Jamás se había arrepentido de su decisión, pero oír el acento escocés le recordaba que aquél a seguía siendo su casa.

—¿Cuánto cree que durará la ventisca? —le preguntó Andi al propietario.

—Oh, esto no es una ventisca —contestó el hombre—. No es más que una pequeña ráfaga.

Andi se quedó boquiabierta. ¿Qué sería de el os si se hubieran encontrado con una ventisca?

—Sassenach —le dijo Linus al dueño en voz baja.

Andi no sabía lo que significaba aquella palabra, pero estaba segura de que era algo derogatorio. Le dirigió a Linus una mirada censuradora antes de volverse hacia el propietario.

—¿Y cuánto cree que durará la ráfaga?

—No más de un par de días —respondió él.

—¿Un par de días?

—Una ventisca suele durar una semana —explicó el hombre.

—Qué tranquilizador —murmuró Andi mientras se sentaba en el

sil ón situado frente al de Linus, el cual parecía divertirse con la situación.

Sin embargo el a no lograba encontrar nada divertido. ¿Cómo iba a parecerle divertido cuando la mera idea de compartir habitación con él hacía que le temblaran las rodil as?

—Iré a ver cómo va vuestra comida —dijo el propietario nerviosamente tras contemplar las miradas severas que se dirigían el uno al otro en una batalla silenciosa.

Andi se echó hacia delante en el sillón cuando se quedaron a solas.

—¿Linus, es que no te das cuenta de la seriedad de quedarnos aquí y compartir habitación?

Linus se quitó el abrigo antes de contestar.

—Estoy abierto a cualquier otra sugerencia que puedas tener. Sugerencia viable, claro. El hecho de que yo sea un hombre y tú una mujer no quiere decir que vaya a lanzarme sobre ti en cuanto nos quedemos solos.

—Ya sé que no quiere decir eso —contestó el a con las mejillas sonrojadas.

—Tal vez seas tú la que esté tentada de lanzarse sobre mí.

—Linus —dijo el a con tono amenazante.

—¿Andi? —replicó él desafiante.

Al mirar a Linus directamente a los ojos y ver el bril o en su mirada, Andi supo que sería poco inteligente por su parte seguir tratando ese tema en aquel momento.

La idea de compartir con él habitación durante la noche era poco inteligente. .

—Todo esto es culpa tuya —dijo finalmente.

Yo no soy responsable del clima, Andi.

—Eres el responsable de que yo esté en Escocia. ¡Ésa es razón suficiente para culparte por todo este desastre!

—¿Qué desastre? Como ha dicho el propietario, esto no es más que una pequeña ráfaga. Un par de días y podremos seguir nuestro camino.

—Justo a tiempo para tu estúpido partido de rugby, supongo. Veintidós hombres intentando machacarse la cabeza.

—Treinta hombres. Esto es rugby, Andi, no fútbol. Y no intentan machacarse la cabeza. El objetivo del juego es marcar tantos corriendo con el balón y l egar al otro lado de la línea.

—Siempre que veo parte de algún partido en televisión, mientras cambio de canal, por supuesto. .

—¡Por supuesto!
—A mí siempre me parece que es todo una maraña de brazos, piernas y cuerpos enredados en el suelo.
—Eso es porque el otro objetivo del juego es que el otro equipo impida que sus oponentes marquen los tantos.
Andi resopló con desdén.
—No me convence, Linus.
—¡No estoy intentando convencerte! —se puso en pie con impaciencia—.
Obviamente eres una inculta en lo que al magnífico deporte del rugby se refiere.
—¡Magnífico! —repitió el a—. Y supongo que tú lo sabes todo al respecto.
—Resulta que sí. Fui el que más tantos marcó durante mi último año en la escuela.
—Eso lo explica todo.
—¿Te importa explicarte?
—Sí, sí me importa —Andi se puso en pie con un movimiento fluido y se sintió aliviada al comprobar que sus miembros ya habían entrado en calor—.
¿«Sassenach»? Linus se encogió de hombros sin más.
—Alguien de Inglaterra.
Andi siguió mirándolo con desconfianza, segura de que aquel a palabra implicaba más cosas que no le había dicho; desde luego a el a le había sonado derogatoria.
—Voy a preguntarle al propietario si tiene un cuarto de baño donde pueda asearme un poco —dijo el a abruptamente—. Si hablas en serio con lo de quedarnos a pasar la noche.
—Claro que hablo en serio, Andi.
—Pues nuestras maletas siguen fuera, en el coche —le dijo el a, y se sintió satisfecha al ver la expresión de dolor en su rostro. Linus miró por la ventana y se dio cuenta de que tendría que volver a salir para recoger las maletas—. ¡Que te diviertas! —añadió Andi antes de desaparecer tras la puerta con el cartel de «privado».
Su sonrisa desapareció sin embargo al l egar al pasillo y apoyarse en la pared.
No podía compartir habitación con Linus esa noche. Ni la noche siguiente, si la tormenta no amainaba. De hecho, temblaba sólo de pensar en ello.
Y la poca importancia que Linus parecía darle al asunto tampoco ayudaba.

Andi se había quedado traumatizada durante meses tras la muerte de David y de su padre. No había mirado a otro hombre, y mucho menos se había sentido atraída por uno. Pero poco a poco había ido siendo consciente de la presencia de Linus. ¿Cómo podía una mujer trabajar con él regularmente y no advertir la vitalidad de aquel cuerpo y el atractivo de sus rasgos?

Andi desde luego no podía.

Lo cual no ayudaría a normalizar la situación cuando se encontrase durmiendo con él en la misma habitación aquella noche.

Capítulo 3

SÓLO hay una cama!

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Linus mientras metía las maletas en el dormitorio que les había ofrecido el propietario. La chimenea estaba encendida y los únicos muebles que había en la habitación eran la cama, una sil a y un escritorio.

Había aprovechado la ausencia de Andi para volver a ponerse el abrigo y salir por las maletas. La nieve seguía cayendo con fuerza y el viento soplaba sin piedad. Se había sentido aliviado al volver al pub.

—No dijiste nada sobre que sólo hubiera una cama —insistió Andi con las mejil as sonrojadas sin dejar de mirar a la cama.

—Jim y Jennie tienen una hija, y por tanto sólo hay una cama —explicó él mientras dejaba las maletas sobre la moqueta.

—¿Tú lo sabías? —preguntó el a.

—Lo suponía —respondió él encogiéndose de hombros—. Y deja de ser tan mojigata, Andi.

El a se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Las emociones que Linus despertaba en el a eran completamente nuevas, y muy inquietantes. Porque, aunque Andi hubiese estado a punto de casarse con David, jamás se había sentido físicamente atraída por él del modo en que lo hacía por Linus. Era tan consciente de su presencia que le temblaban las piernas sólo de pensar en compartir esa cama con él.

Si algo había aprendido sobre él durante el último año, era que no estaba interesado en tener una relación permanente. Sabía que, en el momento en el que una de esas mujeres que poblaban su cama mostrase señales de esperar algún compromiso por su parte, sería excluida de su vida.

Él mismo había insinuado el día anterior que una exclusión semejante había tenido lugar con alguna de sus secretarias anteriores, que habría mostrado interés en tener una relación personal con él.

—Tal vez te preocupe que, compartiendo cama, te dejes l evar por la lujuria —

bromeó Linus.

—Difícilmente —respondió ella.

—Entonces no hay ningún problema, ¿verdad?

—¿Has compartido cama con una mujer en los últimos veinte años y no has hecho el amor con ella?

—Claro que he. . —Linus dejó la frase a medias pare pensar la pregunta cuidadosamente—. No, nunca —admitió finalmente—. Pero hay una primera vez para todo.

—¿De verdad?

—¿Sabes una cosa? Empiezas a irritarme, Andi —dijo él—. De acuerdo, eres guapa y tienes un cuerpo fantástico; sobre todo con esos vaqueros ajustados y ese jersey verde que l evas ahora. Pero eso no significa que vaya a intentar hacer el amor contigo cuando te tenga en la cama.

A Andi le daba vueltas la cabeza. Linus creía que era guapa y que tenía un cuerpo fantástico. .

Aquella certeza le dio ganas de gritar. Desde luegole hizo ser consciente de los vaqueros y el jersey que l evaba en aquel momento.

—Bien, eso ha ayudado a aclarar la situación —murmuró el a con ironía—.

Dormiré en la sil a.

—¿Estás intentando hacer que me sienta mal, Andi? —¿Lo estoy consiguiendo?

—No.

—Eso me parecía.

Andi lo miró fijamente y advirtió las líneas de cansancio junto a sus ojos y su boca. Aquel os labios esculpidos que sin duda estaban diseñados para volver loca a una mujer..

«Para, Andi», se dijo a sí misma. Imaginar los labios de Linus por su cuerpo no ayudaba a normalizar la situación.

¿Por qué sólo con mirarlo era consciente de su propio cuerpo?

Suspiró.

—Habría sido mucho más simple si hubieras corregido al propietario cuando dio por hecho que éramos pareja.

Linus se encogió de hombros.

—Aunque se lo hubiera explicado, dudo que hubiera cambiado nada. Sólo hay una habitación. Además, eres una mujer guapa, Andi, y yo soy un hombre de sangre caliente —explicó él con impaciencia. El ceño fruncido de Andi no restó belleza a su rostro.

Ya se le había secado el pelo y le caía ondulado sobre los hombros. Volvía a tener color en las mejil as y en los labios, y su barbil a se alzaba desafiante como siempre.

Andi era guapa. Increíblemente guapa. ¿Por qué entonces su relación se había mantenido en un sentido platónico durante el último año?

Porque Linus ya sabía que Andi era en efecto la mejor secretaria de aquel hemisferio, y un cambio en su relación personal implicaría un cambio en su relación profesional, si no el fin de la misma.

Además, Andi aún l oraba la pérdida de Simmington—Browne.

En varias ocasiones a lo largo del último año, Linus se había visto tentado de romper sus ilusiones sobre su difunto prometido. Pero siempre se resistía. No tenía garantías de que Andi fuese a creer sus palabras; parecía haber puesto a Simmington—Browne en una especie de pedestal, hasta el punto de no dejar entrar en su vida a ningún otro hombre desde el accidente.

Por suerte, los secretos de Simmington—Browne habían muerto con él. Era una certeza que Linus, tras descubrir la verdad meses después del accidente, había elegido guardarse para sí. Y así seguiría haciéndolo.

A no ser que Andi le obligara a hacer lo contrario. .

—Aun así deberías haberle explicado cuál es nuestra relación —insistió el a—.

Pero obviamente ya es demasiado tarde.

—Obviamente.

—Sugiero que volvamos abajo. La comida ya estará lista.

—Bajaré en unos minutos —respondió Linus—. Al igual que tú, necesito asearme antes de comer —añadió cuando Andi se detuvo y lo miró inquisitivamente—.

Imagino que compartimos cuarto de baño con los propietarios.

—Eso parece —confirmó Andi. El baño al que había ido antes estaba en mitad del pasillo y tenía artículos para hombres y mujeres —. Es muy amable por su parte

dejarnos usar el dormitorio de su hija de esta manera.

Linus asintió.

—Te sugiero que se lo digas cuando bajes.

—Eso pensaba hacer —contestó el a—. Es contigo con quien estoy molesta, Linus, no con Jim ni con su esposa.

—Qué afortunado soy.

—¡Eres imposible! —exclamó Andi.

—Eso dicen —respondió él encogiéndose de hombros como si le diese igual.

Entonces Andi se acordó. Tenía que conocer a su tía Mae durante los próximos días. Sin duda el a no esperaría también que compartieran habitación. .

—Confío en que al menos tu tía Mae sepa que dormiremos en habitaciones separadas.

—Por supuesto —contestó él—. De hecho, creo que mi tía se sorprenderá contigo.

—¿En qué sentido?

—Creo que tiene la impresión de que eres ligeramente mayor de lo que realmente eres.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Probablemente porque la descripción «formal, oficiosa y eficiente» suene a persona mayor.

—¿Es eso lo que le has dicho sobre mí?

—¿No te parece una descripción adecuada?

Bueno, sí, era adecuada. Pero sonaba tan aburrida. Parecía la descripción de una mujer que le doblase la edad.

¿Linus la vería así realmente? De ser así, Andi no tenía por qué preocuparse por compartir cama con él.

Maravil oso —murmuró—. Tal vez deberías l amarla y decirle que nos hemos retrasado.

—Es muy considerado por tu parte, Andi, pero la l amé antes de subir las maletas —respondió Linus—. En Ayr también está nevando mucho, así que ya había imaginado que tendríamos que parar en algún punto del camino.

Al parecer Andi era la única que no estaba satisfecha con la situación.

Aunque se alegró ligeramente al descubrir que el supuesto caldo era en realidad un enorme cuenco de estofado de carne acompañado con pan recién horneado. Los cuatro cenaron juntos en el pequeño comedor adyacente al bar.

La mujer del propietario, Jennie, era una mujer rol iza de mediana edad que había recibido a sus dos invitados con auténtico entusiasmo.

—Nosotros los escoceses somos cálidos y amables cuando traspasas nuestra brusquedad inicial—respondió Linus al comentario de Andi al respecto cuando Jim y Jennie se retiraron a la cocina.

Andi no había pensado nunca que Linus fuera escocés; aunque l amándose Linus Harrison, ¿qué otra cosa podría ser? Aunque sí había apreciado cierto acento en su voz, que normalmente sonaba bien modulada, mientras conversaba con el matrimonio durante la cena; un acento que obviamente había borrado de manera deliberada durante los años que había pasado en Inglaterra.

—Entonces es evidente que yo nunca he traspasado la tuya — dijo el a.

—¿Acaso deseabas hacerlo?

Andi sintió que le ardían las mejil as bajo el escrutinio de su mirada.

—Claro que no —respondió—. Soy tu secretaria, Linus. Por tanto tu conducta, brusca o no, no es de mi incumbencia.

Linus arqueó las cejas.

—Creo haber detectado cierta censura en tu voz.

—No es verdad.

—Oh, sí, Andi —Andi estiró el brazo por encima de la mesa y le cubrió la mano con la suya mientras la miraba a los ojos—. Claro que sí.

Andi no podía apartar la mirada y se encontró a sí misma hipnotizada por aquellos ojos.

—Esto no es buena idea, Linus. . —dijo con voz entrecortada.

No, no lo era, pensó Linus. Por un momento, contemplando aquellos ojos marrones, acariciándole la mano, no podía pensar en otra cosa.

—¿Linus?

La voz de Andi penetró en su consciencia y le hizo dejar de pensar en lo deseables que parecían sus labios.

Andi l evaba un año trabajando para él. Aunque Linus tal vez hubiera sido consciente de su bel eza desde el principio, nunca antes había deseado atravesar la barrera jefe—empleada. Hasta aquel momento.

Algo había ocurrido en las últimas horas que había alterado eso. ¿Pero qué?

Nunca antes la había tocado. Nunca la había tomado en brazos como había hecho antes. Jamás había experimentado la manera en la que ella se había aferrado a él una vez dentro del pub. Ni una sola vez había acariciado la suavidad sedosa de aquel as manos.

—Tienes razón —contestó él, y le soltó la mano al instante.

Andi sentía un cosquilleo en los dedos después de que Linus se los hubiera acariciado, y las mejil as le ardían. ¿Sólo porque Linus la había tocado?

¿Tan sola había estado que sólo la caricia de un hombre era capaz de despertar sus sentidos de aquel a manera? Porque sólo con mirarlo era consciente de todo.

Tenía el pelo ligeramente revuelto, y resultaba tentador para cualquier mujer deslizar los dedos por su melena. Sus ojos, aquel os ojos verdes y pálidos, parecían bloqueados, como si escondieran sus verdaderos pensamientos. Su cara parecía hecha de piedra, dura y

hermosa. Sus hombros eran anchos y fuertes bajo su jersey negro. Su vientre, plano; sus caderas, estrechas. Y sus piernas largas bajo los vaqueros gastados.

Linus Harrison era el hombre más atractivo que había visto jamás.

Salvo que en realidad no lo había visto durante el último año, pues había seguido l orando la muerte de David y de su padre. Bueno, casi el año entero. .

Durante los seis últimos meses había empezado a ver a Linus como un hombre peligrosamente atractivo.

De pronto se puso en pie.

—Creo que me voy a ir a la cama —dijo.

—Creí que habías decidido dormir en la sil a.

—Si insistes en dormir en la cama, así lo haré —respondió ella.

—Oh, claro que insisto —dijo él, y suspiró al ver su expresión de agonía—. No tiene que ser de esta manera, Andi.

—A mí me parece que sí.

—Por el amor de Dios, Andi, puedes construir una pared de almohadas en mitad de la cama si eso te hace sentir más segura.

—Sólo intento ser sensata, Linus.

—Lo que haces es comportarte como una virgen victoriana que teme por su inocencia.

Tal vez porque fuese cierto. No la parte de la victoriana, pero sí lo de virgen.

Andi entendía que a Linus eso le pareciese imposible, cuando el a tenía casi veintiocho años y había estado prometida hacía un año. Pero cuando estaba en la universidad, Andi no había querido entrar en el tipo de relaciones esporádicas con las que sus amigas tanto parecían disfrutar. Y el cortejo de David era todavía algo nuevo cuando murió, así que aún no se habían planteado irse a la cama juntos. No habían ido más al á de algunos besos apasionados.

Así que al í estaba. Andrea Buttonfield. Una virgen de casi veintiocho años.

—No seas ridículo, Linus —respondió—. Sólo intento mantener la formalidad de nuestra relación laboral.

—Tal vez debería dictarte algo antes de que nos quedemos dormidos.

—Yo no hago dictados de ningún tipo —le aseguró Andi.

—No, desde luego que no —convino Linus—. De acuerdo, Andi, tú ganas. Yo dormiré en la silla. Espero que no sea una sonrisa triunfal lo que veo en tus labios.

—Claro que no —le aseguró el a con expresión inocente.

Demasiado inocente, pensó Linus.

—Dado que yo tendré que sufrir las incomodidades de la sil a, creo que me quedaré aquí abajo un poco más y disfrutaré de otro vaso de whisky antes de subir a dormir.

En realidad Linus tampoco se sentía cómodo con la idea de compartir habitación con Andi. Aquel os breves instantes en los que se habían mirado indicaban que no eran tan inmunes el uno al otro como habría deseado.

Su piel era suave como el terciopelo, e igual de sensual; la risa en sus ojos resultaba estimulante. Y la promesa del contoneo de sus caderas mientras abandonaba la sala para irse a dormir era una tentación que Linus no estaba seguro de poder resistir cuando estuviera a solas con ella en el dormitorio.

¿Qué diablos le pasaba? No se sentía necesitado sexualmente. Era cierto que su última relación había terminado varios meses atrás, pero eso no explicaba el deseo que sentía hacia Andi ni los pensamientos tórridos que poblaban su cabeza. La fría y distante Andrea Buttonfleld.

Salvo que ya no parecía fría, y mucho menos distante...

Capítulo 4

QUIERES dejar de moverte y dormirte de una vez? Andi se quedó quieta en la cama. —No estoy cómoda —la presencia de Linus en la habitación hacía que Andi estuviese nerviosa.

—Entonces tal vez yo haya salido ganando con el trato —murmuró Linus—.

Esta sil a no está tan mal. —¡Sádico!

Él se carcajeó suavemente en la oscuridad. La única luz de la habitación era la que proporcionaban las ascuas del fuego y la luz de la luna reflejada en la nieve del exterior.

—¿Quieres que cambiemos? —se ofreció Linus cuando Andi empezó a moverse de nuevo.

—Entonces tú no estarías cómodo.

—Antes no parecías tan preocupada por mi comodidad —Linus se recostó sobre la espalda y miró al techo. Trataba de expulsar de su memoria el recuerdo de Andi acurrucada bajo la manta cuando él había l egado a la habitación; su melena dorada revuelta sobre la almohada, sus ojos oscuros y bril antes mientras lo miraba.

—Te he dado una de las mantas —dijo el a.

—Una de el as —convino él—. Puede que no te hayas dado cuenta, Andi, arropada bajo las mantas como estás, pero hace mucho frío aquí a pesar del fuego.

Andi se incorporó y recolocó las almohadas para estar más cómoda, consciente de que no era la cama, sino el a la que estaba incómoda. Era demasiado consciente de la presencia de Linus sentado en la sil a a pocos metros de distancia. Podía incluso escuchar su respiración.

Y no quería ser consciente de aquello.

—¿Andi, quieres dormirte de una vez?

—Tú tampoco estás dormido, a pesar de haber dicho antes que estabas exhausto.

—Si no te calmas y te duermes pronto, entonces iré a reunirme contigo.

Andi se quedó muy quieta, sin apenas respirar, pero al mismo tiempo fue consciente de los latidos desbocados de su corazón. Tan fuertes que hasta Linus podría oírlos.

—Pensé que eso te tranquilizaría —dijo Linus, y se carcajeó en la oscuridad.

Ella se quedó allí tumbada, obligándose a no moverse, a no dejar ver que era plenamente consciente de Linus y de la promesa que

escondían sus palabras.

¿Qué diablos le pasaba? Linus era su jefe y lo había sido durante el último año.

Era cierto que nunca antes habían viajado juntos, y mucho menos habían tenido que compartir habitación, pero aun así no estaba llevando la situación demasiado bien.

Andi también era consciente de que era el a la que ocupaba la cama, mientras que Linus trataba de acomodarse en el sil ón. Consciente de que él era el jefe y el a la empleada.

Tomó aliento, deseaba invitar a Linus a compartir la cama, pero temía lo que pudiera ocurrir.

Andi emitió un gritito al notar que Linus se ponía en pie y caminaba hacia la cama.

—Ya es suficiente —dijo él mientras se tumbaba a su lado.

Andi se quedó mirándolo con la boca abierta. —Linus. .

—He decidido acabar con esto y así quizá los dos podarnos dormir un poco.

Con «esto» quería decir agachar la cabeza y besarla hasta dejarla sin aliento.

Sin resistencia.

¿Resistencia? En cuanto sus labios se encontraron, cuando Linus la rodeó con los brazos y la amoldó a su cuerpo pese a las sábanas que los separaban, Andi se derritió por completo; tanto física como emocionalmente.

Sabía tan bien; sus labios parecían seguros y poderosos, su cuerpo era duro y fuerte, su peso resultaba agradable mientras la presionaba contra el colchón y deslizaba las manos por su anatomía.

Andi liberó los brazos y jadeó ligeramente cuando palpó con las manos sus hombros desnudos. Su piel estaba caliente bajo sus dedos; sus músculos, tensos. No podía controlar las manos mientras las deslizaba por la firmeza de su cuerpo, antes de explorar los ángulos de su espalda y de su cintura; y más abajo, hasta acariciar sus nalgas desnudas y firmes.

¡Santo Dios! ¡Linus estaba completamente desnudo! Andi comenzó a forcejear, a intentar apartarlo con las manos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó casi sin aliento. Aquello era mejor de lo que Linus había imaginado, y dormir era ya lo último que tenía en la cabeza.

Se apartó ligeramente para mirar a Andi, y fue fácil distinguir su rabia y el bril o en sus ojos.

—No sé tú, pero yo no creo que pueda dormirme así le dijo—. A no ser, claro, que te apetezca terminar lo que acabarnos de empezar.

—No, no me apetece terminar lo que tú has empezado respondió Andi indignada.

Y de nuevo trató de apartarlo con las manos—. Para tu información, no esperaba que te lanzaras sobre mí —se apartó hacia el otro extremo de la cama—.

¿Alguna vez te he dado razones para pensar que quería que me besaras?

—¿Te refieres hasta ahora?

Los ojos de Andi se habían ajustado lo suficiente a la oscuridad para poder ver a Linus en todo su desnudo esplendor; parecía tan suculento como se lo había imaginado. Sus hombros y su torso eran anchos y poderosos. Su cintura era estrecha y sus muslos. . ¡Estaba excitado!

Andi apartó inmediatamente la mirada y miró a Linus a los ojos.

—Ni siquiera entonces —dijo el a—. Me has besado.

—Y tú me has devuelto el beso.

—Te has echado encima de mí antes de que tuviera ocasión de protestar.

—Tú también te has echado encima de mí. Desde mis hombros hasta mi. .

—¡No sabía que estuvieras desnudo! —se defendió.

—Pues ahora ya lo sabes.

Andi lo miró frustrada.

—¿Quieres salir de la cama y volver al sil ón? —No, creo que no quiero.

—¿No? —Andi lo miró con incredulidad.

—Baja la voz, ¿quieres? —susurró Linus—. Jim y Jennie pensarán que estamos teniendo una pelea.

—¡Es que estamos teniendo una pelea!

—No, Andi, tú estás teniendo una pelea. Yo sólo quiero dormir —se movió ligeramente para poder meterse bajo las sábanas—. Qué gusto —murmuró mientras se acomodaba sobre las almohadas y colocaba las manos detrás de la cabeza.

Andi se incorporó y se quedó mirándolo.

—¡No puedes dormir aquí!

—Odio contradecirte, Andi, pero aquí es donde pienso dormir — bostezó como si quisiera enfatizar sus palabras. —¡Desde luego que no!

—¿Quién va a impedírmelo?

Andi estaba furiosa, indignada con aquel a actitud burlona. Eso no era lo único que le molestaba, pero por el momento era lo único en lo que iba a concentrarse.

—¡Eres despreciable! —exclamó mientras salía de la cama—. ¡No puedo creer que vayas a hacerme dormir en el sil ón! —se quedó de pie junto a la cama, mirándolo con odio mientras él yacía cómodamente bajo las sábanas, temblando al advertir el frío que hacía en la habitación después de que el fuego se hubiera apagado.

—Eres tú la que insiste en dormir en el sil ón —dijo Linus.

—Sólo porque no eres lo suficientemente cabal eroso para...

—Es la segunda vez que haces esa acusación —Linus salió de la cama y se levantó tan deprisa que Andi no tuvo tiempo de apartarse, y sintió sus dedos fuertes agarrándole las muñecas mientras la miraba con furia—.Imagino que Simmington—Browne habría dormido en el sil ón sin rechistar.

—David era un cabal ero. . Obviamente habría sido diferente si estuviera aquí con David.

—¿Quieres decir que no habrías dudado en dormir con él?

—No creo que dormir fuera lo que querías hacer hace unos minutos.

—Tienes razón, así es —admitió Linus.

Tampoco pensaba en dormir en aquel momento. Tal vez tuviera su excitación bajo control, pero seguía al í. Mirar a Andi al í de pie, con su camisón, no ayudaba mucho; aunque hablar de Simmington —Browne era bastante desalentador.

Andi parecía haber construido tal recuerdo de su prometido durante el último año que era como si lo hubiera convertido en un dios. Linus estaba seguro de que, a los ojos de Andi, él no estaba a la altura de aquel a imagen idílica. Ni él ni nadie más, a juzgar por el hecho de que Andi no había tenido una sola cita en el último año.

—Quédate con la cama —dijo él—. Creo que yo me quedaré con el sillón después de todo.

El a se quedó mirándolo con suspicacia durante varios segundos.

—¿Qué garantías tengo de que no vas a cambiar de opinión en mitad de la noche?

—¿Andi, qué he dicho o hecho para darte la impresión de que te encuentro tan irresistible?

—No quería decir que me encontraras irresistible.

—La alternativa entonces parece ser que me crees incapaz de compartir una habitación, y mucho menos una cama, con una mujer

sin intentar hacer el amor con el a.

—Sugiero que nos olvidemos de esto, y de la conversación, e intentemos dormir un poco —murmuró Andi mientras volvía a la cama—. Estoy segura de que por la mañana todo parecerá diferente —también esperaba que por la mañana la nieve se hubiera derretido por completo y pudieran continuar con el viaje.

Aunque dudaba que ése fuese el caso. .

Y no lo era.

A Andi ni siquiera le hizo falta salir de la cama para saber que la nieve aún seguía allí. Lo supo gracias al brillo del sol que se filtraba por las cortinas.

Sabía que la razón de aquel bril o era el reflejo de la luz sobre la nieve.

Cualquier sonido parecía amortiguado por la blancura del lugar.

No había dormido bien. No había podido dejar de pensar. ¿Cómo iba a no pensar después de que Linus la hubiera besado? ¿Después de que ella le hubiera devuelto el beso?

Se había quedado despierta durante lo que le parecieron horas después de asegurarse de que Linus se había dormido, incapaz de olvidar el recuerdo de aquel beso. Ni el hecho de que el a había respondido. Más que respondido; había deseado más. Mucho más. El cuerpo aún le dolía por el deseo que Linus había despertado con un solo beso, y por la culpa que empezaba a sentir por su difunto prometido.

Andi movió únicamente los ojos para comprobar si Linus seguía o no en la habitación.

Estaba tumbado en el sil ón, con la manta envuelta alrededor del torso y de los muslos, gracias a Dios, dejando al descubierto sólo las piernas y los pies desnudos.

Realmente era un gran espécimen. ¿A quién quería engañar? ¡Linus era absolutamente magnífico! Tenía el pelo ligeramente revuelto sobre la frente.

Sus rasgos estaban relajados mientras dormía, y hacían que no aparentase los treinta y seis años que tenía.

Andi admiró la perfección de su cuerpo: hombros anchos, brazos musculosos, abdomen plano, muslos poderosos; sus piernas desnudas eran largas y seguían bronceadas después de sus vacaciones en las Bahamas durante las navidades. Incluso sus pies eran atractivos; largos y delgados.

¿Qué diablos le pasaba?

Su compromiso con David, seguido semanas después por su

inesperada muerte, contribuía a hacer que Andi se asustara ante la idea de relacionarse con hombres. Y menos con un hombre como Linus, que no se esforzaba en disimular su alergia a las relaciones a largo plazo.

Peor aún, el a era su secretaria, y Linus había dejado más que claro que nunca, jamás se implicaba emocionalmente con las mujeres que trabajaban para él; que eso significaría que dejarían de trabajar para él. ¿Consideraría Linus el beso de la noche anterior como una «implicación»?

Y más importante aún, ¿lo consideraba el a una implicación?

Linus se sentía incómodo, cansado y de mal humor cuando se despertó. El hecho de que Andi se hubiera le—

vantado en mitad de la noche para taparlo con una segunda manta no ayudaba a que se sintiera mejor.

Así que era mucho mejor que Andi ya hubiera abandonado la habitación, probablemente en busca de algo de desayunar. O tal vez en busca de una salida. Linus dudaba que el a fuese a disfrutar de la idea de quedarse al í más tiempo, compartiendo habitación con él.

Al mirar por la ventana, Linus supo que no era su día de suerte. Parecía haber caído más nieve durante la noche. Había unos veinticinco centímetros de nieve en el suelo que rodeaba el Range Rover.

Linus miró entonces hacia la cama. El hecho de que estuviera hecha no evitó que recordara los acontecimientos de la noche anterior.

Andi tenía la boca más sexy que jamás había besado; tan suave, tan carnosa y sensual. Y en cuanto a su cuerpo curvilíneo...

Linus emitió un gemido cuando su cuerpo despertó al pensar en ello.

Si quería que siguiera trabajando para él, debería dejar de pensar esas cosas en aquel mismo instante.

Andi miró a Linus con desconfianza cuando éste entró en la cocina, donde el a se encontraba tomando su segunda taza de café. La tostada que había desayunado parecía haber calmado a las mariposas que sentía en el estómago.

O al menos hasta volver a ver a Linus. Jennie se había excusado unos minutos antes para ir a encender el fuego en el bar mientras que Jim despejaba de nieve la entrada.

—¿Café? —preguntó ella.

—Gracias —Linus asintió antes de sentarse frente a ella.

Andi se levantó para ir por otra taza y l evar la cafetera a la

mesa.

—¿Leche y azúcar? —preguntó mientras servía el café. —¿En el año que llevas trabajando para mí, alguna vez he tomado leche y azúcar?

—Bueno. . no —Andi sintió el color en sus mejil as de nuevo—. Sólo estaba siendo educada, Linus.

—¿La educación va a ser el orden del día? —preguntó él.

—Creo que siempre soy educada, Linus.

—Anoche no fuiste muy educada. Y, si mal no recuerdo, insinuaste que me faltan atributos para ser un caballero.

Andi negó con la cabeza y olvidó sus esfuerzos por ser educada cuando Linus se mostraba tan provocador. Yo no insinué tal cosa, Linus!

—También insinuaste que Simmington—Browne se habría comportado de manera bien distinta en las mismas circunstancias.

Aun así Andi advirtió el tono de desprecio que aparecía en la voz de Linus cada vez que David salía en la conversación.

—¿Acaso conocías a David? —preguntó.

—Eso no responde a mi pregunta, Andi.

—Tú tampoco has respondido a la mía.

—Yo responderé a la tuya si tú respondes a la mía.

—Estoy segura de que David habría dormido en el sil ón sin quejarse. De hecho, dudo que hubiera insistido en compartir habitación conmigo. Probablemente se habría ofrecido a dormir abajo, en uno de los sil ones del bar.

—No parece muy hombre —murmuró Linus. —¿Cómo te atreves?

—Sólo comento que parece que no tuviera sangre en las venas.

—Estás insultando a un hombre que no está aquí para defenderse.

Había varias cosas que Linus habría querido decirle a David Simmington—Browne de haberlo tenido a solas en una habitación en aquel momento. Entre otras que no se merecía que a una mujer tan sexy y tan leal como Andrea Buttonfield se enamorase de él.

—Tu actitud me resulta asquerosa.

—Empiezo a pensar que todo en mí te resulta asqueroso —dijo Linus poniéndose en pie—. Lo que hace que me pregunte por qué trabajas para mí.

—Si no recuerdo mal, no me diste mucha elección. —¿Quieres que te dé elección ahora? —preguntó Linus apretando la mandíbula.

Andi frunció el ceño, pues sabía al igual que él que no tenía elección. No sólo necesitaba y le gustaba el trabajo, sino que además así se aseguraba de que su madre pudiera seguir viviendo en la casa del jardín.

—No creo que sea el mejor momento para discutir esto, Linus.

—Tal vez debas decirme cuándo crees que es un buen momento —respondió él antes de darse la vuelta y atravesar la habitación.

Andi lo miró sorprendida.

—¿Dónde vas?

—A ayudar a Jim a quitar la nieve de la entrada, por supuesto. Con suerte, podremos salir de aquí hoy mismo —la puerta se cerró con fuerza tras él.

Andi tomó aliento y se sentó en su sil a, desconcertada por la conversación.

Por la rabia que escondían las palabras de ambos.

Andi conocía la razón de su propia rabia. No era rabia hacia Linus, sino hacia sí misma; por bajar la guardia la noche anterior hasta el punto de no saber cómo regresar a su relación anterior como jefe y empleada.

La causa de la rabia de Linus, sin embargo, era un completo misterio para el a.

Sólo sabía que estaba al í. Poderosa. Desgarradora.

Peligrosa. .

Capítulo 5

PONTE el abrigo, Andi. Vamos a dar un paseo —le dijo Linus cuando terminaron de comer y Andi estaba acurrucada junto al fuego del bar.

No pareció impresionada por su sugerencia al girarse y mirar por la ventana.

—Ha estado nevando de nuevo.

—Ya me he dado cuenta —dijo él. La nieve había empezado a caer de nuevo mientras ayudaba a Jim a quitar la nieve del camino que conducía al bar—. Vamos, Andi. ¡Será divertido!

—No veo qué tiene de divertido pasar frío y mojarse. Linus la miró fijamente.

¿Seguiría molesta con el por la conversación de por la mañana?

—¿Cuando eras pequeña no salías a jugar con la nieve? El a arqueó las cejas.

—En las pocas ocasiones en las que nevaba en Hamp — shire, mi padre siempre insistía en que nos fuéramos a un clima más cálido.

—¿Y qué me dices después de que te mudaras a Londres?

—No solía nevar cuando vivía en Londres.

—Y sin duda cuando lo hacía tú te quedabas en casa acurrucada hasta que se derritiera toda.

—Por supuesto

—¿Nunca has ido a esquiar?

—Bueno, claro que he ido a esquiar. Todos los inviernos, cuando era pequeña, y varias veces desde entonces. Pero esquiar es otra cosa bien distinta.

—¿Nunca has caminado por la nieve sólo por diversión?

—Desde luego que no —respondió Andi frunciendo el ceño.

—Increíble —dijo Linus. Y él que siempre había pensado que su infancia había sido aburrida. Al menos su madre y después su tía le habían permitido disfrutar de ser un niño—. Razón de más para que vayamos a dar un paseo ahora.

Vamos, Andi. Te enseñaré a hacer y lanzar bolas de nieve.

Ella lo miró con poco entusiasmo.

—Ya te he dicho que no deseo acabar mojada y helada.

—Ésa es parte de la diversión.

—Tal vez para ti. Linus, yo estoy perfectamente donde estoy, muchas gracias. ¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando Linus atravesó la sala en dos zancadas, la agarró del brazo y la levantó sin

esfuerzo—. ¡No pienso salir, Linus! —exclamó cuando empezó a arrastrarla hacia la puerta.

Linus se detuvo y la miró con los ojos entornados.

—Tal como yo lo veo, Andi, tienes dos opciones. Puedes ponerte el abrigo, el gorro y los guantes y salir conmigo por tu propia voluntad. O. . —hizo una pausa para crear efecto— te tomaré en brazos tal y como estás, te llevaré fuera y te tiraré en la nieve.

Andi se quedó mirándolo, molesta e indignada al no poder zafarse de él.

—No quiero. .

—Demasiado tarde. Has perdido tu oportunidad —Linus se agachó y la tomó en brazos antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Linus, para! —Andi comenzó a patalear en sus brazos—. ¡Linus, bájame!

—No. Vas directa a la nieve —dijo él mientras se agachaba para abrir la puerta.

—¡Llevo unas botas muy caras! Si se me estropean. .

—Te compraré otras —respondió Linus, de pie frente a la puerta abierta—.

Decídete, Andi. ¿Por tu propia voluntad o no?

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gritó Andi, sabiendo que cumpliría su amenaza si no obedecía—. Iré a cambiarme de botas y por mi abrigo —murmuró con impaciencia—. Pero lo primero que voy a hacer cuando salga es meterte una enorme bola de nieve por el cuel o del jersey —amenazó mientras Linus la dejaba en el suelo.

—Primero tendrás que pil arme —contestó él con una sonrisa.

—No te preocupes. Te pil aré.

—¡Ése es el espíritu!

—No. ¡Ahora voy a vengarme! —le aseguró Andi.

No era más que un abusón, decidió Andi mientras subía las escaleras para buscar el gorro y el abrigo. Un abusón sin corazón. Un abusón sin corazón, pero muy sexy.

Andi se sentó en un lado de la cama. La cama donde Linus la había besado la noche anterior.

Maldita sea. Jamás volvería a pensar en él sólo como Linus Harrison, su jefe.

Al empezar a trabajar para él, se había sentido molesta por el modo en que la había manipulado, y por eso había estado decidida a no dejarse impresionar.

Pero durante las siguientes semanas y meses le había resultado imposible no admirar su astucia. No advertir su habilidad para

mirar algo y ver las posibilidades desde un punto de vista empresarial.

¿En qué momento esa apreciación de las virtudes empresariales de Linus se había convertido en algo más personal? ¿Cuándo se había convertido la admiración en atracción?

Había ido dándose cuenta de cómo sus rasgos duros hacían que el corazón le latiese más deprisa. Cómo sus ojos podían ser fríos y desafiantes y al instante volverse sensuales y perversos. Pero sobre todo se descubría a sí misma contemplando su boca; su labio inferior era ligeramente más carnoso que el superior; sus dientes eran muy blancos y estaban igualados cuando sonreía. Y

sus manos. . Linus tenía unas manos largas que se movían con elegancia.

Andi había empezado a preguntarse cómo sería sentir esas manos acariciándola. O cómo sería su boca si la besara.

Al menos después de la noche anterior ya tenía respuesta para esas dos preguntas, se recordó a sí misma mientras se levantaba de la cama.

«Olvídalo, Andi», se dijo a sí misma con firmeza mientras recogía el abrigo y los guantes. Linus era su jefe, si Andi quería que siguiera siendo eso, y asegurar también el bienestar de su madre, entonces sería mejor olvidar que la noche anterior había existido.

—¿No sigues enfadada conmigo? —preguntó Linus mientras Andi caminaba en silencio junto a él en dirección al pinar situado en la parte de atrás del pub.

Los majestuosos árboles estaban cubiertos de nieve.

Andi había estado arriba más tiempo del que Linus había esperado, y había estado a punto de ir a buscarla a la habitación. Pero, antes de poder hacerlo, el a había regresado al bar tras ponerse las botas que, según le había dicho, había l evado para el partido del domingo. También llevaba el abrigo y los guantes, con un gorro de lana y gafas de sol para protegerse del bril o de la nieve.

—No sabía que estuviese enfadada contigo —contestó ella.

Antes de que Linus pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Andi se agachó, agarró un poco de nieve y se la metió por el cuello del jersey, aprovechando el hecho de que él l evaba las manos en los bolsil os del abrigo.

—¡Serás mala! —gritó Linus cuando consiguió liberarse las manos. Hizo una bola de nieve y se la lanzó antes de agacharse para hacer otra y lanzársela también.

Lo que siguió fue una batal a de bolas de nieve con mala puntería por parte de Andi, y algo mejor orientadas en el caso de Linus. Ambos acabaron empapados y sin aliento diez minutos más tarde.

—¡Una tregua! —gritó Linus—. Ya no siento los dedos. Los tengo helados.

—Te está bien empleado —respondió Andi.

—Admítelo, Andi. Ha sido divertido.

—Lo ha sido —reconoció el a—. ¡Sobre todo porque ahora pareces el abominable hombre de las nieves! —se carcajeó mientras miraba a Linus, que tenía el pelo empapado y el abrigo y los vaqueros cubiertos de nieve.

Linus miró a su alrededor cuando, tras un consentimiento tácito, retomaron el paseo hacia el bosque.

—Había olvidado lo limpio que está el aire aquí arriba.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Andi.

—A veces. Otras veces recuerdo lo frustrado que me sentía cuando era más joven y jugaba en las cal es de Glasgow, y lo poco que podía hacer siendo adolescente, viviendo con mi tía en un pequeño pueblo a las afueras de Ayr.

Andi lo miró inquisitivamente. Linus nunca había hablado con ella de su vida.

—Te fuiste a vivir con el a cuando tu madre murió, ¿verdad? —eso lo había descubierto gracias a los artículos de periódico que había leído sobre él.

—Sí.

—¿No con tu padre?

—No —respondió él—. Nunca conocí a mi padre. O, mejor dicho, él nunca me conoció a mí.

—No lo entiendo.

—Hace unos diez años me propuse encontrarlo.

—¿Y?

—Nada. Las similitudes entre ambos eran evidentes. El color del pelo. Mi madre y mi tía Mae son. . eran pelirrojas. La complexión también era la misma

—se encogió de hombros—. Las similitudes estaban claras, pero, cuando lo miraba, no sentía nada. Absolutamente nada.

—¿Y esperabas sentir algo? —preguntó Andi con delicadeza.

—Curiosamente sí. Al crecer sin padre había desarrol ado la curiosidad por saber qué tipo de hombre era. Gracias a mi madre sabía que lo había conocido cuando vivía en Londres. Que era

abogado, muy ambicioso, y que no quería una esposa y un bebé que le ataran en aquel momento. Mi madre me ocultó la verdad durante años, pero finalmente, cuando tenía catorce años, me habló de él. Mi padre se desentendió cuando le dijo que estaba embarazada.

Simplemente le dio algo de dinero y le dijo que abortara o que jamás volvería a verlo. El a se quedó con el dinero, regresó a casa y empezó desde cero

—Eso. . eso es muy duro —dijo Andi.

—También podría decirse que fue sincero. Aun sabiendo todo eso, supongo que una parte de mí pensaba que, si nos conocíamos, se daría ese momento de reco—nocimiento instantáneo. Esa emoción por ambas partes —Linus negó con la

cabeza—. En vez de eso, no sentí nada al mirar a aquel hombre ligeramente encorvado y calvo. Era socio en un prestigioso bufete de abogados, pero no se había casado. Simplemente era un hombre que había dejado escapar la vida.

Que había dejado escapar a mi madre. Créeme, Flora era una mujer excepcional —añadió con orgul o.

Andi jamás lo había puesto en duda. Debía de haber sido muy difícil para Flora Harrison criar a un niño el a sola treinta y seis años atrás.

—Espero que no te pongas triste por mí —dijo Linus en tono de broma—. La verdad es que probablemente haya triunfado sólo para herir a ese bastardo.

—¡Linus! —exclamó Andi, aunque no pudo evitar sonreír.

Linus simplemente se encogió de hombros.

—¿No te parece irónico que el niño cuya existencia eligió ignorar sea capaz de superarlo por mucho?

No. A Andi más bien le parecía triste. Para Linus, no para su padre.

Al mirar hacia atrás, Andi sólo pudo sentirse agradecida por todos esos años de infancia en los que había contado con el amor incondicional de ambos padres.

—Háblame de tu tía Mae —dijo de pronto.

—La tía Mae es extraordinaria —anunció él con orgullo—. En realidad no es mi tía, sino la tía de mi madre. Ella ya tenía cincuenta y pico años y era una soltera convencida cuando me acogió hace veintiún años. Podría pensarse que era una mala idea hacerse cargo de un chico de quince años que acababa de perder a su madre. Pero a los pocos minutos de mudarme, el a me dijo que no pensaba tolerar ninguna de mis rabietas, que tenía que

comportarme mientras estuviera en su casa. Yo ya era varios centímetros más alto que el a, pero al í estaba la tía Mae, imponiendo su ley.

Andi se rió al imaginarse la escena. La imagen que se había hecho de Mae Harrison como una dama alegre con un pecho más grande que el corazón desapareció al instante.

—¿Y qué hiciste? —preguntó.

—Comportarme, por supuesto. Nadie contradice a mi tía Mae.

—Parece una mujer maravillosa.

—Me pregunto si seguirás pensando lo mismo cuando la conozcas.

Andi nunca había oído a Linus hablar de su infancia, ni de su familia, del modo en que lo había hecho durante los últimos minutos. La imagen que se había creado de

él era la que había visto en los artículos de periódico a lo largo de los años.

Aquel a revelación proporcionaba cierta intimidad a su relación que antes faltaba.

¿Sería aquel a intimidad consecuencia de lo que había ocurrido entre el os la noche anterior? Andi no estaba segura.

Sería tonta si le diese más importancia de la necesaria a las palabras de Linus, o a su comportamiento en el dormitorio. Linus era un hombre que vivía la vida con sus propias normas, como podrían asegurar las mujeres que entraban y salían de su vida. Andi se expondría a una decepción si le daba otro significado a las confidencias de Linus. Tal vez sólo quisiera explicarle su relación con su tía antes de que Andi la conociera.

—Creo que es hora de que regresemos. Empieza a hacer frío —dijo tras tomar aliento.

Linus la miró con los ojos entornados. Normalmente no hablaba de su infancia, ni de las dos mujeres responsables de su educación, y sólo lo había hecho porque Andi se lo había preguntado.

No. Estaría mintiendo si dijera que ésa era la razón por la que se había abierto a el a. Por alguna razón deseaba que Andi, pese a su pasado privilegiado, supiera, comprendiera por qué él era el hombre que era.

Por lo general a Linus no le importaba si una mujer lo entendía o no. Pero con Andi había compartido cosas que no le había contado a nadie.

—De acuerdo —respondió mientras se daba la vuelta. El silencio entre Andi y él se hizo más incómodo que antes.

¿Por qué le habría contado tantas cosas? Él nunca hablaba de su vida personal.

—Jim cree que las quitanieves vendrán esta tarde —dijo de pronto.

—Eso es bueno.

—Sí, aunque ya será demasiado tarde para ir a ningún sitio hoy. Pero con suerte eso signifique que podremos continuar nuestro viaje mañana.

—¿Mañana?

—Tendremos que pasar otra noche aquí.

—Yo puedo dormir en el bar esta noche —sugirió el a.

—Eso es ridículo y lo sabes —respondió Linus—. Yo intentaré estarme quieto esta noche si tú puedes. .

—No tengo intención de ponerte las manos encima —dijo el a antes de dejarle acabar la frase.

—Pues anoche lo hiciste.

—Por favor, no saques el tema —contestó Andi, roja de vergüenza.

—Esta discusión es casi más infantil que tu sugerencia de dormir en el bar esta noche.

—Para discutir hacen falta dos.

—¡Dios, qué mujer más testaruda eres!

—Mira quién fue a hablar. Aunque en tu caso se trate de un hombre testarudo, claro.

—Tengo que volver al pub para hacer unas l amadas.

—Perfecto —respondió Andi.

—Absolutamente perfecto —añadió Linus.

Ella arqueó las cejas al ver que Linus no se movía.

—No dejes que te entretenga —le dijo.

Andi siguió mirándolo durante varios segundos más antes de que Linus se diera la vuelta y se alejara hacia el pub.

Respiró profundamente al verlo marchar. Sabía que la relación laboral que habían construido durante el úl

timo año, tan fácil de mantener durante sus breves visitas a Tarrington Park, estaba derrumbándose al igual que las defensas que había construido el a para no sentirse atraída por él.

Capítulo 6

NO VOY a permitir que te quedes aquí sentada toda la noche, ¿entendido? —

dijo Linus suavemente cuando el reloj de detrás de la barra dio las doce.

Decir que las cosas entre Andi y él habían empeorado durante la velada era decir poco. Habían hablado con Jennie y con Jim, por separado y juntos, durante la cena, pero nunca entre el os. Los propietarios se habían excusado y se habían ido a dormir hacía una hora. Hora que había transcurrido en completo silencio.

Linus estaba harto de sentir que él era el culpable de la incomodidad entre el os.

Estaba acostumbrado a que las mujeres con las que se relacionaba se mostraran temperamentales a veces si sentían que no les prestaba suficiente atención.

Pero Andi trabajaba para él. Eran jefe y empelada. Se suponía que no tenían que discutir. No pensaba sentirse culpable por la tensión entre el os.

—¿Permitirme, Linus? —repitió Andi con una ceja arqueada.

—No pienso tener otra discusión contigo, Andi. —¿Quién está discutiendo?

Linus apretó la mandíbula para intentar controlar su reacción.

—Mi tía Mae decía que una pareja no debería irse a la cama con una discusión sin resolver entre ellos. Andi negó con la cabeza.

—Para empezar, no somos pareja. Para continuar, no hay ninguna discusión que resolver.

—¿Entonces por qué no me hablas?

—Estoy hablándote.

—Como si fuera un desconocido con el que tienes que ser excesivamente educada.

Andi le dirigió una sonrisa sarcástica, sabiendo que Linus tenía razón, pero sin saber qué hacer al respecto cuando era tan consciente de su presencia que apenas podía pensar con claridad.

Se había quedado fuera media hora más aquella tarde, después de que Linus entrara, intentando ordenar y controlar sus pensamientos y sus emociones. Había creído conseguirlo hasta que regresó al pub y vio a Linus sentado en el bar hablando por teléfono. Nada más verlo supo que ni el tiempo ni sus esfuerzos cambiarían el hecho de que se sentía tan atraída por él que sólo con mirarlo se le aceleraba el corazón.

La idea de volver a compartir habitación con él, de estar tumbada en la cama y ser consciente de sus movimientos, era suficiente para que le entrase el pánico.

—Ven a la cama, Andi —dijo él con los puños apretados.

Andi sintió el calor en las mejil as nada más oír sus palabras.

Nunca se había considerado una persona especialmente sensual. ¿Cómo podía serlo cuando era virgen a los veintisiete años? ¿Cuando no había habido nadie en su vida desde la muerte de David?

Sin duda eso le había dado a Linus la impresión de que la muerte de David era la razón por la que se mantenía distante y sola. Porque había amado tanto a David que ningún otro hombre podría ocupar su lugar en su corazón.

O en su cama.

Andi se había enfrentado a algunas verdades aquel a tarde mientras luchaba contra sus sentimientos. Una de esas verdades era que ya no se acordaba de cómo era David. Recordaba que tenía el pelo rubio y los ojos azules, que se mantenía atlético gracias al polo, pero los detal es de su cara, la forma de su nariz, la curva de su boca; todos esos recuerdos se habían borrado.

Había intentado decirse a sí misma que la razón de aquel olvido era que David y el a no se conocían desde hacía mucho tiempo cuando él murió; su noviazgo y su compromiso habían sucedido tan deprisa que no era de extrañar que ya no

pudiera recordarlo con claridad. Que lo importante eran las emociones, lo que había sentido por él.

El problema era que Andi tampoco se acordaba de las emociones.

Siempre que intentaba acordarse de la cara de David aparecía otra superpuesta; una con ojos verdes y rasgos duros. Y, cuando intentaba acordarse de cómo era estar enamorada de David, en su cabeza se abrían paso otras emociones por otro hombre. Admiración. Respeto. Deseo. Sobre todo deseo. .

Por Linus.

Un hombre que respetaba a las mujeres, pero a las mujeres de la edad de su madre. O de su tía. Mujeres que no representaban una amenaza para la vida de soltero de la que obviamente tanto disfrutaba.

Andi quería gustarle a Linus. Que la deseara del mismo modo que el a lo deseaba a él.

Pero la culpa que sentía por David siempre aparecía en el fondo

de su mente.

No iba a engañarse pensando que, si hubiese algo entre el os, el a significaría algo más que todas las demás mujeres que iban y venían en la vida de Linus.

Aun así lo deseaba.

Sería una maldición no poder seguir trabajando para él si daba rienda suelta a su deseo; y también sería una maldición vivir con aquel a necesidad creciente si no lo hacía.

Ninguna de las alternativas resultaba muy atractiva.

—Creo que es mejor así, Linus —dijo por fin.

«¿Así, cómo?», pensó él. ¿En qué estaría pensando Andi al í sentada, tan fría y distante? Era imposible saberlo.

Había admirado su clase, su estilo y su frialdad desde el momento en que se conocieron. Incluso la había envidiado. Sin embargo ahora Linus sólo deseaba hacer o decir algo, cualquier cosa que acabara con aquel a frialdad.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir adorando el altar de ese hombre, Andi?

—¿Qué?

—Simmington—Browne —respondió él—. ¿Cuánto tiempo, Andi? ¿Un año más? ¿Diez años? ¿El resto de tu vida quizá?

—No sé de qué estás hablando.

—Estoy intentando abrirte los ojos a nuevas oportunidades.

—Déjalo, Linus —le dijo el a.

—Ni hablar —insistió él con firmeza—. Un tiempo de luto está bien. Pero lo que tú estás haciendo, el modo en el que vives tu vida no es normal, Andi. ¡De hecho no es sano!

Andi se puso en pie con expresión de dolor. —Estás siendo innecesariamente cruel, Linus.

—Estoy siendo sincero. ¿Con cuántos hombres has salido durante el último año, Andi? ¿Con cuántos hombres te has acostado?

Andi sentía como si el aire le quemara en el pecho mientras levantaba una mano para agarrarse al respaldo del sil ón para que Linus no viera lo mucho que le temblaba por aquel ataque inesperado.

—No tengo que responder a tus preguntas, Linus —negó con la cabeza.

—Entonces deja que las responda yo por ti —dijo él—. Con ninguno, Andi. La respuesta es con ninguno. Ninguna cita. Ni un solo hombre en tu vida durante el último año.

Andi negó con la cabeza como para protegerse de la dura realidad de sus acusaciones.

—Eso no lo sabes, Linus. No tienes idea de cómo vivo mi vida cuando no estoy en el despacho contigo, los amigos que veo.

—Te equivocas, Andi —respondió Linus—. Hablo con tu madre.

—¿Con mi madre?

—Marjorie se preocupa por ti. Le preocupa que sólo haya trabajo en tu vida.

Andi no sabía que su madre hablase con Linus de el a. Sabía que él iba a verla de vez en cuando para tomar el té, pero no tenía idea de que ella fuese el tema de sus conversaciones.

—No estarás sugiriendo que mi madre preferiría que tuviese una sucesión de hombres en mi vida al igual que tú tienes una sucesión de mujeres en la tuya.

Linus arqueó las cejas.

—Creo que no estábamos hablando de mi vida, Andi.

—No veo por qué no, cuando no tienes escrúpulos al hablar de la mía. ¿Cómo es que tienes una sucesión de mujeres que entran y salen de tu vida, Linus? —

preguntó con tono desafiante—. ¿Tal vez porque te dé tanto miedo el compromiso como a tu. .?

—Elige bien tus palabras, Andi —dijo él con voz peligrosa.

—Varias veces durante los últimos dos días me has criticado por lo que consideras una innecesaria lealtad a la memoria de David. ¿Por qué entonces no puedo yo criticar tu estilo de vida de la misma manera? ¿O las razones que hay detrás?

Linus apretó la mandíbula.

—¡Las cosas que te conté sobre mi padre eran una confidencia!

—¿Quieres decir al igual que mi madre habla contigo sobre sus preocupaciones sobre mí?

—Alguien debería haberte hablado del verdadero Simmington—Browne hace años —

dijo él—. Alguien debería haberte dicho exactamente qué tipo de hombre era. .

—Linus se detuvo al darse cuenta de hacia dónde iba con esa conversación. Su única excusa, que no lo era en absoluto, era que no recordaba haberse sentido tan furioso jamás. Con nadie. Con nada—. Olvídalo, Andi.

—No quiero olvidarlo, Linus —dijo Andi, y le colocó una mano en el brazo para evitar que se diera la vuelta—. ¿Qué deberían haberme dicho sobre David?

Linus vio la sorpresa reflejada en sus ojos. En la palidez de sus mejillas. Y

odiaba el hecho de ser el responsable de aquel a expresión.

—No

debería

haber

empezado

esta

conversación

—dijo.

—¿Por qué no? ¿Qué sabes de David que yo no sepa?

—Yo nunca lo conocí en persona.

—Eso no parece haberte impedido sacar varias conclusiones sobre él.

Era cierto, admitió Linus para sí mismo. De hecho sabía más cosas sobre David Simmington—Browne de las que hubiera querido.

—Vámonos a la cama, Andi.

¿Cómo iba a irse el a a la cama después de las indirectas y las acusaciones de Linus sobre no conocer a David como pensaba? Sobre todo porque el a había llegado a la misma conclusión aquel día al intentar acordarse de la cara de su prometido. Cuando había intentado recordar lo que era estar con él.

Recordar el amor que había sentido. Y no lo había logrado. .

—Necesito saberlo, Linus.

—¿Por qué?

—Porque sí —porque estaba enamorándose de Linus, por eso. Si acaso no se había enamorado ya. .

—No quieras saberlo por mí —dijo él finalmente.

—¿Y por quién si no? —preguntó el a con impaciencia—. ¿A quién puedo preguntárselo?

Linus se quedó mirándola, sabiendo por la determinación de su mirada que Andi no descansaría hasta no obtener la verdad. No tenía nada de malo que descubriera la verdad sobre su difunto prometido, pero Linus no tenía intención de ser él quien se la contara.

—Me voy a la cama, Andi —le dijo—. Tú puedes hacer lo que te apetezca —añadió antes de darse la vuelta.

—¡Linus! Siento. . siento mucho el comentario de antes, cuando he insinuado que evitabas en compromiso del mismo modo que tu padre —explicó el a—. No debería haber dicho eso.

—Para que lo sepas, Andi, no le tengo miedo al compromiso.

Simplemente nunca le he visto el sentido. Si conozco a la mujer adecuada, entonces tal vez piense en sentar la cabeza y casarme, ¿de acuerdo? De momento no he encontrado a esa mujer, pero cuando lo haga pienso pedirle que se case conmigo, ¿te parece bien?

Andi sintió un nudo en la boca del estómago. Cuando Linus conociera a la mujer adecuada se casaría.

La idea de que Linus se casara con esa mujer sin cara y sin nombre le daba náuseas.

¿Cómo se sentiría el a cuando Linus se casara? ¿Cómo podría seguir trabajando para él sabiendo que al final del día se iría a casa con su esposa, a la cama que compartirían?

Andi no podía soportar pensar en el o.

Las cosas que Linus había insinuado sobre David palidecían en comparación con la idea de que se casara alguna vez.

Andi tenía miedo de examinar en profundidad sus sentimientos hacia él, sabiendo que el resultado sería un dolor para el que no estaba preparada.

—De acuerdo —dijo sin más.

Parecía tan pequeña y abandonada al í, de pie junto al fuego, pensó Linus con impaciencia. Las l amas se reflejaban en su pelo y lo volvían rojizo. El mismo bril o se veía en sus ojos, y en la suavidad de sus mejil as.

Era tan guapa...

Linus contuvo la respiración cuando Andi le devolvió la mirada. Cuando aquel os ojos marrones parecieron convertirse en oro líquido y el color inundó sus mejillas.

Linus no se permitió pensar mientras recorría los pasos que le separaban de Andi. Levantó una mano y le acarició la mejilla mientras la miraba a los ojos.

Andi le devolvió la mirada. Pero no de manera desafiante, sino sorprendida.

Era responsabilidad de Linus parar aquello. Poner fin a algo que los conduciría al desastre. Pero no podía. Deseaba besar a Andi. Deseaba hacer algo más que besarla. Pero se conformaría con saborearla. Por sentir la cálida respuesta de aquellos labios. Por el momento...

Agachó la cabeza lentamente sin dejar de mirarla y gimió involuntariamente cuando sus labios se rozaron. Sabía tan bien. Era tan dulce.

—Abre tu boca para mí, Andi —susurró contra sus labios—.

Déjame entrar —la alentó mientras deslizaba la lengua por la suavidad de sus labios.

Unos labios que se abrieron cuando Andi entró en sus brazos y le rodeó los hombros con los suyos para deslizar los dedos por el pelo de su nuca.

Fue todo el estímulo que Linus necesitaba para seguir con el beso y explorar su boca con la lengua.

Andi se estremeció al sentir la lengua de Linus poseyéndola. Encendiendo su deseo.

Se pegó a su cuerpo y sintió un torrente de deseo que se deslizaba desde sus pezones erectos hacia sus muslos ardientes.

Linus deslizó la mano desde su mejilla hasta su pecho, y siguió bajando hacia su cintura. Le agarró las nalgas para presionarla contra su erección, lo que le produjo

a Andi un intenso placer mientras se frotaba contra él.

El placer aumentó al sentir su mano en el pecho, exprimiéndolo suavemente mientras le estimulaba el pezón con el pulgar por encima del jersey.

Andi gimió suavemente cuando todo su cuerpo pareció derretirse. Sentía un intenso calor entre los muslos y se aferraba a los hombros de Linus mientras éste deslizaba la boca por su cuello.

El a arqueó el cuel o para permitirle un mejor acceso y Linus se apartó ligeramente para sentarse en el brazo del sil ón antes de levantarle el jersey por encima de los pechos. Le acarició uno con una mano mientras agachaba la cabeza y estimulaba su otro pezón con la boca.

A Andi le temblaron las piernas al sentir la caricia de sus dedos y de su lengua. Era. . sublime. Como un éxtasis. No se parecía a nada de lo que hubiera experimentado antes.

Tenía los dedos entrelazados en su pelo mientras se aferraba a él, sin querer que el placer terminara jamás. Sus jadeos se convirtieron en un gemido cuando Linus deslizó su boca al otro pezón y comenzó a lamerlo y a saborearlo antes de absorber con fuerza.

Linus sintió la agitación de Andi cuando ésta apretó los muslos contra los suyos. Sentía su erección tan caliente contra el a que casi le dolía.

Andi tenía el vientre plano mientras él le desabrochaba el botón de los vaqueros y deslizaba la mano por debajo en busca del centro de su deseo.

Comenzó a acariciarla suavemente cuando lo encontró. Una vez.

Dos veces.

Pudo sentir los espasmos de su clímax al tercer toque, y siguió absorbiéndole

el pezón mientras la acariciaba. Andi comenzó a convulsionarse cuando el clí—

max se apoderó de su cuerpo.

Andi sentía como si estuviera desintegrándose en mil pedazos mientras su cuerpo se agitaba y se convulsionaba con un clímax que parecía interminable.

Hasta que regresó a la realidad de golpe.

Tenía la frente apoyada en el hombro de Linus cuando fue consciente de sus alrededores. De la suavidad de su jersey contra su piel caliente. Del aire frío contra sus pechos desnudos.

Andi se estremeció, no por el frío, sino por la reacción. ¿Qué había hecho?

¿Qué había permitido que sucediera? No podría haberlo impedido aunque hubiera querido. Había perdido la voluntad cuando Linus había empezado a besarla.

¡Linus!

¿Qué pensaría de ella?

La había besado con más intimidad que cualquier otro hombre. La había tocado como nadie antes. Le había dado más placer..

Linus sintió que Andi comenzaba a temblar y la estrechó entre sus brazos cuando intentó apartarse.

—Eres preciosa, Andi —le susurró—. Absolutamente preciosa.

El a levantó la cabeza lentamente. Parecía arrepentida y avergonzada.

—No lo hagas, Andi.

—¿Hacer que? —preguntó el a con voz rota mientras se apartaba de sus brazos—. ¿Sentirme avergonzada? ¿Cómo quieres que me sienta, Linus?

¿Contenta? ¿Soñolienta? ¿Tímida? ¿O tal vez agradecida?

Linus veía el pulso en su cuel o mientras intentaba contener su propia ira.

Cualquier cosa que se dijeran en aquel momento sonaría mal. Sería mejor dejarlo antes de que alguno dijera algo de lo que se arrepintiera más tarde.

—Vete a la cama, Andi —dijo él—. Yo dormiré aquí esta noche. Hablaremos por la mañana —añadió mientras se daba la vuelta.

Andi se quedó mirando la rigidez de su espalda, preguntándose en qué estaría pensando. Lo que pensaría de el a. Fuera lo que

fuera, no podría ser peor de lo que ella pensaba de sí misma.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó—. ¿De si quieres darme los tres meses de preaviso que estipula mi contrato o si prefieres que me marche inmediatamente?

—¿Quién ha dicho nada de marcharse?

—Creo que tú, cuando me dijiste que nunca te implicas personalmente con tus empleadas. A no ser que no consideres implicarse personalmente a lo que acaba de pasar. ¿Cómo podemos seguir trabajando juntos?

—¿Quieres que sigamos trabajando juntos?

—No creo que importe lo que yo quiera.

—Yo creo que sí importa.

—Querría que esto no hubiese ocurrido —murmuró ela—. Querría que las cosas fueran como antes.

Linus sonrió tristemente.

—¿Y si eso es imposible?

—Entonces tendré que pensar en marcharme.

Linus la miró durante varios segundos antes de asentir con la cabeza.

—En ese caso sugiero que intentemos volver a la relación que teníamos antes.

No creo que sea necesario que dimitas.

Qué diferente habría sido todo aquel o si Linus la hubiese amado, pensó Andi.

Si la amase como el a empezaba a amarlo a él.

Porque lo amaba. Ya no le quedaba ninguna duda. Sabía que jamás se habría comportado como acababa de hacerlo si no estuviese ya enamorada de Linus.

Y también sabía que la única manera de seguir en su vida sería no dejándole ver que lo amaba.

—Sigo sin poder creer. . —comenzó a decir, pero se detuvo—. Jim o Jennie podrían haber entrado en cualquier momento.

—Pero no lo han hecho —contestó Linus.

—Ha sido pura suerte. Somos unos insensatos.

—Deja de fustigarte, Andi, y vete a la cama. Al mirarlo a la cara supo que Linus no quería hablar de eso aquel a noche. Tal vez nunca quisiera.

Lo cual a el a le parecía bien. Andi no podía imaginarse nada más vergonzoso que hablar sobre su completa falta de autocontrol hacía unos minutos.

Una falta de autocontrol que aún hacía que su cuerpo temblara

al recordar el placer..

—De acuerdo —dijo el a—. Te veré por la mañana.

—Sin duda —respondió Linus.

Andi vaciló y le dirigió una última mirada antes de salir de la habitación y subir las escaleras. Cerró la puerta del dormitorio y deseó poder cerrar la puerta de sus recuerdos con la misma facilidad.

¿Cómo podría volver a mirar a Linus sin que esos recuerdos resurgieran en su mente?

No podría volver a mirarlo sin saber que estaba enamorándose de él. .

Capítulo 7

JIM Y Jennie han sido muy amables por preparamos la comida —dijo Andi más tarde a la mañana siguiente mientras se daba la vuelta para despedirse de los propietarios, que estaban de pie en la puerta del pub, viéndolos marchar. Las quitanieves habían hecho su trabajo y habían despejado la carretera aquel a mañana.

Linus la miró de reojo.

—Y te viene bien un poco de amabilidad, ¿verdad? —observó el rubor en sus mejil as. Mejil as que hasta hacía pocos minutos estaban pálidas.

No era que Linus se sintiera mucho mejor. No había dormido bien la noche anterior y la falta de sueño no se debía a la incomodidad del sil ón en el que había dormido, sino al hecho de que no podía dejar de pensar en Andi. En besarla. En lo que el a habría sentido. En lo suave que era su piel. En cómo había reaccionado su cuerpo a la más mínima caricia. En cómo había l egado al clímax entre sus brazos.

Él había podido saborearla. Sentirla. Sentir sus pechos en las manos. Palpar el vel o de su pubis mientras buscaba el centro de su placer. Andi se había mostrado tan receptiva, tan hermosa, y él había sentido su clímax en los dedos.

Linus no había podido sacarse esa imagen de la cabeza.

Seguía sin poder.

Tanto que lo único que deseaba hacer en aquel momento era l evarse a Andi a la cama más cercana y terminar lo que habían comenzado la noche anterior.

Deseaba verla desnuda. Deseaba saber si ese vel o rizado era dorado como su melena. Deseaba tocar y besar los pliegues entre sus muslos, volverla loca de placer con el roce de sus labios y de su lengua. Pero sobre todo deseaba hundirse en el a, sentir sus músculos en tomo a su erección hasta l egar los dos al clímax.

Dadas las circunstancias, tal vez fuera mejor tener que concentrarse en la conducción. Las carreteras aún tenían hielo a pesar de haber sido despejadas.

Aunque eso no evitaba que sus pensamientos regresaran una y otra vez a la noche anterior. .

¿Qué diablos había ocurrido entre el os?

Linus siempre había sido consciente de que Andi era una mujer hermosa y eficiente; ésa era una de las razones por las que la había contratado. Pero la noche anterior

Andi había sido mucho más que eso. Su frialdad habitual se había derretido y había revelado a una mujer con pasiones tan fuertes como las suyas propias.

¿Habría reaccionado el a igual en los brazos de Simmington—Browne?

Los celos no eran algo con lo que Linus estuviera familiarizado. Del mismo modo que tampoco estaba familiarizado con la sensación de posesión. Jamás había sentido eso.

Y aun así imaginarse a otro hombre proporcionándole a Andi el mismo placer que el le l enaba de rabia.

—Tal vez no te guste mi amabilidad —dijo él.

Andi respiró profundamente ante lo que estaba segura que era un intento deliberado por parte de Linus de humilarla. ¿Qué otra razón podría tener para recordarle lo que había ocurrido la noche anterior?

Era un recuerdo que el a había intentado olvidar, pero no podía.
.

¿Cómo iba a olvidar que Linus la había besado, la había tocado, la había excitado?

Tal vez nunca pudiera olvidar esas cosas, pero sabía que no debía hacérselo saber a Linus.

—Nada de «tal vez» —respondió con frialdad. —Anoche no parecías tan segura.

En esa ocasión Andi resopló indignada y se puso pálida.

Él suspiró.

—No he dormido mucho esta noche, ¿de acuerdo?

Andi aceptó que tal vez aquél no fuera el mejor momento para discutir sobre lo ocurrido; aunque dudaba que hubiera un buen momento para eso.

Aunque sentía curiosidad por saber por qué Linus tampoco había dormido bien. .

Al mirarlo, Andi vio la falta de sueño en las bolsas de sus ojos.

¿Acaso Linus se había quedado tan afectado como el a por el encuentro? Andi sabía que él también se había excitado; la evidencia física de aquel o había sido demasiado obvia cuando se había frotado contra él. ¿Pero habría sido más que eso para los dos?

No, desde luego que no, se respondió a sí misma. Linus era un hombre de una sola noche, y no permitía que ese tipo de sentimientos entraran en sus relaciones. Si Linus no había dormido bien la noche anterior habría sido porque el sil ón era incómodo, no porque hubiera estado pensando en el a.

—Tal vez sea mejor que no hablemos —sugirió él.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pensó Linus a medida que continuaban el trayecto en silencio. Un silencio muy alejado de la complicidad que había existido entre el os antes de la noche anterior.

¿Pero cómo iba a ser de otra manera, si Linus era plenamente consciente de todo lo referente a Andi aquel a mañana? Era consciente del movimiento de su pelo sobre sus hombros; del óvalo de su rostro; de sus ojos marrones y

profundos. De cómo su jersey y sus vaqueros se pegaban a su cuerpo. Del delicado perfume que siempre l evaba.

Curioso; Linus no había advertido antes ese perfume, pero ahora se daba cuenta de que era uno que siempre asociaba con Andi: ligero, floral, casi esquivo.

Como la propia Andi.

Le gustara o no, la noche anterior algo había cambiado entre ellos. Algo tangible.

Pero Linus no sabía en qué se había convertido. .

—Mi tía Mae no muerde —le aseguró Linus cuando Andi se reunió con él en la parte de atrás del coche para sacar el equipaje del maletero.

Andi le dirigió una mirada irritada. Dudaba que la mujer no advirtiera la tensión que existía entre ellos. Una tensión que no debería existir entre su sobrino y la mujer que era su secretaria.

—Muy gracioso —murmuró mientras sacaba su maleta antes de darse la vuelta.

Justo a tiempo de ver a una mujer pequeña y enjuta de pelo gris recogido en un moño. Llevaba un delantal de flores sobre su vestido de lana. Salió de la casa y se dirigió hacia ellos.

Andi se echó discretamente a un lado mientras Linus abrazaba a su tía con fuerza.

—Suéltame ya y preséntame a mi invitada —dijo la mujer finalmente.

—Tía Mae, ésta es Andrea Buttonfield. Andi, mi tía, Mae Harrison.

—Llámame Mae —le dijo la anciana mientras le estrechaba la mano con una fuerza sorprendente y la examinaba con la astucia que Andi había sospechado, y te—mido.

—Andi —respondió el a con una expresión deliberadamente neutral bajo su escrutinio.

—Venid dentro. Tomaremos té y tarta —dijo la anciana.

—Yo meteré las bolsas —murmuró Linus.

—Es una de las pocas cosas para las que sirven los hombres —contestó su tía sin mirarlo.

—¡No le metas a Andi ideas en la cabeza! —gritó él mientras el as se alejaban hacia la casa.

Una vez dentro, Andi se sentó, ligeramente desconcertada.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Andi dio un respingo antes de darse la vuelta y ver a Linus de pie en la puerta.

—¿Que me parece qué? —preguntó el a.

—Mi tía Mae —contestó Linus mientras entraba en la sala y se colocaba frente al fuego para calentarse. Parecía como si su mal humor hubiese desaparecido de golpe.

Parecía distinto al í, pensó Andi. Menos arrogante y más infantil.

Andi sintió que se le calentaban las mejil as, y no era por el fuego. Era por lo cerca que habían estado Linus y el a de cruzar la barrera de su relación la noche anterior.

—Aquí estoy —anunció su tía al regresar con la bandeja del té.

Linus atravesó la sala para quitarle la bandeja y la colocó sobre una pequeña mesa situada al fondo de la habitación, que hacía las veces de comedor y de sala de estar.

Aquel a casa le había parecido a Linus muy pequeña cuando se mudó al í siendo un adolescente. Los techos bajos le habían parecido agobiantes incluso entonces.

Pero con el tiempo había llegado a adorar aquella casa y la belleza de sus alrededores, casi tanto como adoraba a su tía Mae.

—¿Servir el té es otra de las cosas para las que servimos los hombres? —

preguntó.

—Confío en que disculpes a mi sobrino, Andi —contestó su tía mientras se sentaba en el sil ón frente a el a—. Te aseguro que nunca lo eduqué para ser tan irrespetuoso.

—Interpretaré eso como un sí —dijo Linus con una sonrisa despreocupada.

Andi estaba disfrutando de la conversación entre Linus y su tía, y dudaba que él pudiera sacar de quicio a la sarcástica Mae Harrison.

Sin embargo estaba viendo una parte de Linus que no sabía que existía. Una parte amable y bromista con la que disimulaba el amor que sentía por la mujer que lo había acogido en su casa y en su corazón cuando tenía quince años.

—Dime, Andi —dijo la tía Mae—. ¿Hace cuánto que os conocéis Linus y tú? Si no te lo pregunto, nunca lo sabré. Él nunca me cuenta nada sobre su vida privada.

Andi miró a la anciana sorprendida.

—Oh, pero...

—Andi no forma parte de mi vida privada, tía Mae —intervino Linus mientras les entregaba sendas tazas de té—. ¿Tarta? —le preguntó a Andi con una ceja levantada. Su expresión parecía inocente mientras le entregaba un plato vacío antes de ofrecerle la fuente con la tarta de fruta de su tía Mae, horneada sin duda especialmente para la ocasión.

Andi parecía ligeramente ausente mientras se servía una porción de tarta.

—Me temo que se confunde con respecto a mi identidad, señorita Harrison.

—Ya te he dicho que me l ames Mae —respondió la tía de Linus, y le dirigió a su sobrino una mirada inquisitiva.

Linus imaginó la razón por la que su tía estaba desconcertada; como ya le había explicado a el a, Andi no era lo que su tía había esperado.

—Andi es mi secretaria, tía Mae —le explicó mientras se servía el té y una porción de tarta antes de sentarse en el taburete situado junto al sillón de su tía.

Aun así sintió la mirada de su tía clavada en él durante varios segundos. Se lo merecía, teniendo en cuenta que sus comentarios sobre Andi le habían dado a su tía la impresión de que se trataba de una mujer mucho mayor;una mujer mayor a la que no tendría interés en seducir.

La situación le había parecido graciosa cuando se lo había dicho a Andi el día anterior. Ahora, con su tía mirándolo fijamente, ya no le hacía tanta gracia.

—Parece que Andi se ha terminado el té, así que tal vez pueda mostrarle su habitación para que pueda asearse después del viaje —sugirió el—. Imagino que Andi dormirá en mi antiguo dormitorio y yo en la habitación pequeña —le dijo a su tía, que lo miró inquisitivamente.

—Sí, claro —contestó la anciana.

Andi era consciente de que había algún tipo de intercambio entre la tía y el sobrino bajo la superficie de la conversación. Y también era consciente de que el a era el tema de ese intercambio. Aunque no sabía cuánto sabría Mae Harrison, o cuánto habría

imaginado sobre su relación con Linus.

—No hace falta que Linus renuncie a su habitación por mí —dijo el a—. Yo estaré bien en la habitación pequeña.

—Ni hablar —dijo Mae poniéndose en pie—. Nunca rechaces un acto de sacrificio por parte de un hombre, Andi. Ya se salen con la suya demasiadas veces.

Andi sonrió.

—Linus me cedió su cama anoche.. —se detuvo abruptamente y se sonrojó al darse cuenta de que Linus y el a habían pasado dos noches en el pub, no una.

—Lo que Andi quiere decir —intervino Linus— es que, debido al hecho de que en la posada sólo había un dormitorio, yo he tenido que pasar las dos últimas noches durmiendo en un sillón.

—Me parece muy bien —contestó su tía—. Es agradable saber que mis enseñanzas no te entraron por un oído y te salieron por el otro.

Y no hagas esperar a Andi; vete a enseñarle su habitación.

Andi aún se sentía ligeramente desorientada mientras seguía a Linus por la escalera hacia los dormitorios. Desde el principio había sabido que la visita a casa de su tía sería incómoda, pero era mucho peor de lo que había imaginado. No podía ocultar los sentimientos que tenía hacia Linus Harrison, un hombre tan arrogante como exitoso. Pero el Linus Harrison que había visto durante los dos últimos días, el hombre que adoraba y respetaba a su tía, era mucho más encantador.

—Lo siento, hace un poco de frío aquí arriba —dijo Linus al verla temblar cuando entraron en la habitación que había sido su dormitorio durante su juventud.

Andi le dirigió una sonrisa.

—Por favor, no te quedes aquí arriba por mí. Estoy segura de que tu tía y tú tenéis mucho de lo que hablar.

Linus ya sabía que gran parte de lo que hablarían sería sobre la propia Andi.

—Andi...

—Yo bajaré en unos minutos —le aseguró el a sin mirarlo a los ojos.

—Andi —insistió él.

—¿Linus, te importa darme un poco de tiempo para asearme? — preguntó el a cuando finalmente lo miró—. Estos dos últimos días viajando hacia Escocia y luego atrapados en la nieve han sido muy duros.

¿Duros? No era ésa la descripción que Linus habría utilizado para referirse a los dos últimos días. Aunque tal vez para Andi, obligada a pasar tiempo con él, hubiera sido así.

—De acuerdo —respondió él—. Me temo que sólo hay un cuarto de baño pequeño.

—Estoy segura de que me las apañaré, Linus.

—Está al final del pasil o a la derecha. Baja cuando estés preparada.

Cuando se quedó sola, Andi se sentó en la cama y oyó cómo Linus regresaba al piso de abajo, sin saber si estaría preparada alguna vez para verlo de nuevo, y mucho menos para enfrentarse a la mirada inquisitiva de su tía.

Pero, mientras examinaba el dormitorio que había pertenecido a Linus, se dio cuenta de que tampoco podría quedarse al í arriba mucho tiempo.

Las paredes estaban cubiertas de pósteres. Pero no pósteres de mujeres, como habría imaginado viniendo de un adolescente. En vez de eso eran pósteres de rugby. Los jugadores. Los calendarios. Los estadios.

La estantería que había junto a la cama albergaba una amplia colección de libros en rústica. Su gusto era ecléctico, pues había libros clásicos mezclados con novelas policíacas. Y por supuesto libros de rugby. Incluso la funda del

edredón sobre la que Andi estaba sentada tenía los colores del equipo de rugby escocés.

Allá donde mirase, estaba rodeada de evidencias de la vida de Linus, rodeada de su presencia.

¡Y aquél era el dormitorio en el que tendría que dormir esa noche!

Capítulo 8

VEN A sentarte junto a los fogones —dijo Mae Harrison al ver a Andi de pie en la puerta de la cocina.

Era una sala acogedora y cálida, l ena de aromas a comida mientras Mae freía cebol a en una sartén. En un extremo había una mecedora de madera; obviamente se trataba de una mecedora que la anciana usaba mucho, pues los cojines estaban viejos y gastados.

La sencillez de la casa contrastaba con el apartamento que Linus ocupaba ocasionalmente en el último piso de Tarrington Park. Al í se decantaba por muebles grandes y cómodos en el salón y una cocina aerodinámica de color negro y amaril o con los electrodomésticos más modernos a su disposición.

—El suelo es original, pero Linus puso estos muebles —anunció la anciana con orgul o al ver cómo Andi admiraba el suelo de madera y los armarios de roble—. También quería instalar una cocina de gas moderna. Pero, como yo le dije, tengo estos fogones desde hace cuarenta años y conozco sus manías como el os conocen las mías.

Andi sonrió.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó educadamente.

—Sólo siéntate —le dijo Mae—. Estoy preparando el plato favorito de Linus; pastel de carne con puré de patatas —explicó al ver el interés de Andi en lo que estaba haciendo.

—No lo sabía —en las ocasiones en las que su madre había invitado a Linus a cenar con el as, éste había parecido encantado de comerse cualquier cosa que le pu—sieran delante.

—Oh, sí —confirmó Mae—. Claro, probablemente coma mucha comida cara cuando está en Inglaterra, pero siempre que viene a casa pide pastel de carne. Nunca se lo diré, claro, pero es un buen chico —añadió con firmeza—. Cuando l egó aquí estaba enfadado con el mundo. ¿Pero qué adolescente no lo estaría después de haber perdido a su madre?

Andi murmuró algo apropiado, sin estar segura de si quería escuchar aquel o.

Después de la noche anterior, era mucho más fácil para ella

pensar en

Linus sólo como el hombre rico y exitoso que usaba a las mujeres. No quería saber lo maravilloso que era por boca de la tía que había ayudado a educarlo.

—Linus me dijo que tú también has sufrido una tragedia, así que comprenderás la rabia que sentía hace tantos años.

—¿Perdón? —preguntó Andi. ¿A qué tragedia se refería Mae?

¿A la muerte de su padre? ¿O a la de su prometido en el mismo accidente de coche?

—Tal vez no debería haberlo mencionado —murmuró la anciana al ver la confusión de Andi—. Pensé que. . Tal vez sólo quería que supieras por qué Linus es el hombre que es...

—Es un hombre con mucho éxito.

—Oh, sí. Claro que lo es —murmuró Mae—. Aunque ha trabajado duro. Nunca ha engañado ni mentido, ni ha hecho esas cosas que hacen los demás hombres de negocios para salir adelante.

Tras trabajar con Linus durante el último año, Andi no tenía razones para contradecir a Mae. Sabía que los clientes trabajaban con él una y otra vez precisamente porque Linus era el hombre que era. Era un raro espécimen en la actualidad; trabajaba tan duro como la gente que contrataba. De hecho, cuando Linus había visitado Tarrington Park durante las obras, Andi lo había visto a veces quitarse la chaqueta y la corbata y ponerse a trabajar él mismo si era necesario.

—Linus nunca ha olvidado sus raíces —añadió Mae.

—¿Ya estás cantando mis alabanzas otra vez, tía Mae? —preguntó Linus, que había aparecido en el marco de la puerta. Llevaba una pila de leños que colocó en una cesta junto a la cocina —. Espero que no hayas estado contándole a Andi mis travesuras de juventud.

Linus no había esperado que Andi bajara antes de que él regresara de cortar leña, y se preguntó qué le habría estado contando su tía en su ausencia. Si se parecía a las mil preguntas sobre Andi que su tía le había hecho a él poco antes, sentía pena por el a.

—No eras un chico travieso —respondió su tía—. ¡Jamás te lo habría permitido viviendo en mi casa!

—Eso es cierto —convino Linus—. Era peor que Sherlock Holmes. Sabía lo que había hecho incluso antes que yo mismo. Probé un cigarril o. Uno —enfatizó—.

Cuando tenía dieciséis años. Y en cuanto entré por la puerta me

sentó en esa mecedora en la que tú estás sentada ahora y me dio un sermón sobre los

peligros del tabaco. Con detal es gráficos, debo añadir. ¡No he vuelto a fumarme uno!

—Eso es algo bueno —dijo su tía—. Ahora l évate a Andi a la sala de estar y ofrécele una copa de jerez antes de cenar para que yo pueda seguir cocinando.

—Espero no haberte molestado —dijo Andi.

—En absoluto —le aseguró Mae—. Es que no puedo soportar tener a un hombre en mi cocina.

Linus se rió suavemente y abrió la puerta para que Andi entrara a la sala de estar.

El a aceptó la copa que le ofreció y dio un trago al jerez antes de responderle, agradecida al sentir el calor del alcohol en su interior.

—Ojalá no me hubieras traído aquí, Linus —dijo.

—¿Por qué no? Sé que esta casa no es a lo que estás acostumbrada, pero. .

—¡Eso no es justo, Linus! —protestó Andi—. La casa es encantadora. Y tu tía también.

—Entonces imagino que es conmigo con quien no te sientes cómoda.

—Tampoco es eso.

—¿Entonces cuál es el problema? —Linus se bebió su copa de un trago antes de atravesar la sala para servirse otra.

Andi se dio la vuelta y se preguntó cómo explicarse sin revelar demasiado.

Estando allí con Linus, en el único lugar que había sido un hogar para él, le resultaba difícil mantenerse alejada de él. Tras la noche anterior no parecía haber otra opción posible para el a, y aun así era imposible mantener la distancia en presencia de su tía, viendo el cariño que se profesaban.

Sobre todo porque Mae parecía haber advertido que pasaba algo entre el os que iba más al á de la relación entre un jefe y su empleada. ¿Qué otra razón podría tener la anciana para hablarle de Linus de esa manera tan defensiva?

—¿Qué le has contado a tu tía sobre mí, Linus? —le preguntó.

—¿Qué crees que le he contado? No creerás que le he contado lo que ocurrió anoche entre nosotros.

—¡No, claro que no! Simplemente. . Ahora, en la cocina, no me hablaba como si yo fuera simplemente tu empleada. Tengo la sensación de estar aquí por razones equivocadas.

—Eso son tonterías, Andi, y lo sabes —Linus atravesó la sala en dos zancadas y se colocó frente a el a—. Creo que estás proyectando tu propia incomodidad

hacia

mi

tía.

—¿De verdad? —Andi parpadeó y deseó que no estuviera tan cerca; tan cerca como para poder ver las pecas doradas en sus ojos verdes. Tan cerca que podía estirar el brazo y...—. Creo que no debería estar aquí, Linus.

Ésta es tu casa. Tu tía Mae es tu única familia cercana.

—Y Marjorie es tu única familia cercana —señaló él—. Y eso no impide que yo vaya a visitarla.

—Eso es diferente y lo sabes —respondió Andi—. La casa del jardín es tuya. Tienes derecho a visitarla cuando quieras.

—Pero yo no visito la casa, Andi. Visito a Marjorie.

Andi lo sabía bien. Y sabía lo mucho que su madre disfrutaba con las visitas de Linus. Al parecer sólo Andi se sentía incómoda con la familiaridad que había entre el os. O con aquel a visita a tía Mae.

—No importa —dijo el a—. Obviamente no lo comprendes.

Linus se quedó mirándola frustrado durante varios segundos. La suave cortina de su pelo oscurecía parcialmente su rostro, pero veía que sus rasgos no eran los de alguien feliz.

¿Sería porque realmente no se sentía cómoda en casa de su tía? ¿O habría otra razón?

Andi había dejado muy claro que preferiría que la noche anterior no hubiera existido, que quería olvidarlo. ¿Pero lo habría olvidado? ¿Lo había olvidado él? Lo dudaba mucho, por ambas partes.

—Ayúdame a comprenderlo, Andi —le sugirió mientras se acercaba más, tanto que pudo sentir el calor de su cuerpo y oler su perfume. Su propio cuerpo reaccionó a aquel asalto a sus sentidos.

Andi lo miró con recelo. Era un recelo que a Linus le parecía más desagradable que la frialdad que había mostrado hacia él a lo largo del día.

Andi tenía razón al asegurar que trabajar juntos en el futuro iba a ser difícil. Más que difícil. Tal vez fuese imposible.

Linus se dio cuenta de que no se arrepentía de nada de lo ocurrido la noche anterior, y dudaba que fuese a arrepentirse jamás. De hecho, en aquel momento le habría encantado repetir la experiencia. Más que repetirla; deseaba a Andi plenamente.

Deseaba hundirse dentro de el a. Hasta lo más profundo. Fundirse con el a en un torbel ino de placer.

Y en ese momento el a le entregaría su carta de dimisión.

Andi lo miraba con desconfianza. ¿En qué estaría pensando Linus? Fuera lo que fuera, no era algo agradable, pues tenía los labios apretados.

—Olvida que te lo he preguntado —dijo él antes de apartarse—. Sólo aguántame esta noche y te prometo que te sacaré de aquí lo antes posible mañana por la mañana.

Realmente no lo comprendía, pensó Andi. ¿Cómo podía comprenderlo él cuando ni siquiera el a era capaz? ¿Cómo iba Linus a comprender que una parte de el a deseaba estar al í con él como algo más que su secretaria? Que deseaba que la hubiera l evado al í para presentársela a su tía como. . ¿qué? ¿Como su novia? ¿Su futura esposa?

Estaba empezando a fantasear.

No. Linus tenía razón; cuanto antes se marcharan, mejor se sentiría el a.

—Adelante —dijo Andi en respuesta a los golpes en la puerta de su habitación. El corazón le dio un vuelco al ver que era Linus el que entró y cerró la puerta tras él.

El a había imaginado que sería Mae, que iría a ver si estaba cómoda antes de irse a la cama.

Instintivamente Andi se l evó el edredón al cuel o mientras miraba a Linus.

Sorprendentemente había sido una velada agradable; la comida y la presencia de Mae habían ayudado a aliviar la tensión que existía entre el os.

¿Qué querría Linus? ¿Qué podrían tener que decirse que no se hubieran dicho ya?

Linus sonrió amargamente al ver la angustia en su rostro y el modo en que se aferraba al edredón.

—No te preocupes, Andi. No quiero seguir donde lo dejamos anoche con mi tía Mae al otro lado del pasil o.

—No vamos a continuar eso aquí ni en ninguna otra parte —contestó el a.

Linus se encogió de hombros y se acercó a la cama.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con tono burlón.

—¡Muy segura!

—¿No es un poco egoísta por tu parte?

Andi negó con la cabeza.

—No lo comprendo.

—Sólo uno de los dos l egó al éxtasis anoche, Andi. Y no fui yo.

Andi palideció al recordar su absoluta falta de autocontrol la noche anterior.

—¿Qué deseas, Linus? —preguntó.

—Ver si la invitada de mi tía está cómoda, por supuesto. ¿Lo estás?

Lo había estado hasta que él había entrado en la habitación. Ahora toda la tensión anterior había regresado. Y no sólo la tensión.
.

Andi se sentía en desventaja tumbada en la cama, con el edredón como única protección mientras Linus la miraba con interés. Se sintió sorprendentemente excitada; notaba el cosquil eo en los pechos y los pezones

erectos. Así como un intenso calor entre los muslos. Un calor que sabía que Linus podría calmar..

—Estoy bien, gracias —contestó tras tragar saliva.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para que te sientas más... cómoda?

—¡Absolutamente nada!

—¿No?

—¡No! ¿Linus, qué estás haciendo? —preguntó indignada al ver que Linus se sentaba

en

el

borde

de

la

cama.

¿Qué diablos le pasaba? El a no era esa persona; jamás había sido esa persona.

Nunca se había sentido así, ni con David ni con ningún otro hombre. Nunca había sido una mujer a la que sólo le hacía falta mirar a cierto hombre para querer quitarse la ropa y entregarle su cuerpo.

—¡Tienes que irte, Linus!

—¿Tengo, Andi?

—¿No ves que. .? —Andi se detuvo cuando Linus levantó una mano y le acarició las mejil as—. Linus, no —dijo cuando él empezó a agachar la cabeza.

Linus sabía que no debería. Pero tenía que hacerlo; no podía

evitarlo.

¿Cómo podía no besar a Andi cuando estaba allí tumbada, tan sexy?

¿Cuando su propia mirada estaba invitándole a hacerlo?

Linus le sostuvo la mirada y se detuvo cuando sus labios estaban a pocos centímetros de distancia.

Se había dicho a sí mismo antes que sólo iba a la habitación para ver si Andi estaba bien; que después de hacerlo se marcharía. Pero nada más ver su pelo dorado sobre la almohada y sus ojos bril antes, supo que estaba engañándose a sí mismo con esa excusa, que había ido a la habitación de Andi por una única razón: no era capaz de mantenerse alejado.

¿Por qué no? ¿Qué tenía Andi que le atraía como el canto de una sirena?

Hasta que Linus no tuviera respuesta a esas preguntas, sabía que lo más sensato sería resistirse a ese canto.

—Tienes razón —dijo de pronto, se levantó y se apartó de la cama—. Debería irme.

—Linus.

—¿Qué?

Parecía tan furioso. ¿Estaría enfadado con el a? ¿O consigo mismo? Andi no estaba segura; sólo sabía que, fuera cual fuera el sentimiento que había hecho que estuviera a punto de besarla, había sido reemplazado con desdén y frialdad.

—¿Por qué estás tan enfadado, Linus?

—No es nada que no solucione una ducha fría.

El a abrió mucho los ojos al entender el significado de sus palabras. Linus estaba tan excitado como el a. Incluso allí, en casa de su tía, la deseaba.

Ella negó con la cabeza tristemente.

—Realmente tenemos que hablar, Linus.

—¿De qué hay que hablar? —respondió él—. Sigues enamorada de un muerto y no soy tan masoquista como para querer competir con su recuerdo.

—Estás siendo innecesariamente cruel, Linus.

¿En serio? Probablemente. Resultaba muy frustrante no poder decirle a Andi lo mal hombre que había sido su prometido en realidad. Que todo su compromiso no había sido más que una mentira. Bueno, Linus podía decirle a Andi todas esas cosas; si quisiera que lo odiara para siempre.

—Tal vez si me dijeras lo que sabes sobre David. . Linus negó

con la cabeza.

—Oh, no, Andi. No soy tan estúpido como para darte más razones para despreciarme de las que ya tienes.

Andi entendía por qué pensaba eso, pero no podía hacerle saber lo que sentía realmente; lo que llevaba tiempo sintiendo.

—La mitad del tiempo no te comprendo, Linus; eso no quiere decir que te desprecie.

El miró al techo.

—¡Que Dios me mantenga alejado de cualquier mujer que intente comprenderme!

—exclamó.

Quería herirla, Andi estaba segura. Y lo consiguió. También consiguió recordarle que no era un hombre que hubiera comprometido jamás sus emociones a una mujer. Al igual que el a no era una de esas mujeres que se metían en una relación con un hombre sólo porque lo desearan. No había nada de simple en sus sentimientos por Linus.

—Y que Dios me mantenga a mí alejada de un hombre que ha l egado a los treinta y seis años sin haberse comprometido jamás con una mujer —respondió el a, pero no sintió satisfacción alguna al ver la frialdad en su mirada—. Lo siento, Linus. ¿No te das cuenta de que estamos intentando hacernos daño el uno al otro?

Deliberadamente. Con crueldad. Yo no deseo hacer esto.

Linus lo sabía gracias a la tristeza de sus labios, al dolor de sus ojos. Él no deseaba hacerle daño a Andi. Eso era lo último que deseaba. Simplemente no parecía ser capaz de evitarlo. .

—Tienes razón —convino él—. Duerme un poco. Tenemos que marcharnos temprano si queremos l egar a Edimburgo a tiempo para el partido.

—¿La nieve no les impedirá jugar? —preguntó Andi.

—Un poco de nieve nunca ha impedido que Escocia juegue al rugby —le aseguró él—. Ahora será mejor que salga de aquí. Antes de que tía Mae decida venir a investigar —añadió al cerrar la puerta tras él al salir.

Andi deseaba que Linus y el a pudieran al menos volver a tener la relación laboral que habían tenido antes. Pero aquel día había quedado claro que nunca podrían.

Capítulo 9

ANDI se sentía menos convencida de eso la tarde siguiente. Por un acuerdo tácito, Linus y ella apenas habían hablado durante el viaje a Edimburgo después de marcharse de casa de la tía Mae. Las carreteras estaban despejadas, pero el hielo aún hacía que la conducción fuese arriesgada, lo que requería toda la atención de Linus en la carretera y el tráfico. Con una breve parada para comer, apenas l egaron a tiempo a Murrayfield para el inicio del partido.

A Andi le sorprendió lo excitante que resultaba verlo en directo; la atmósfera en el estadio era electrizante. La flor de Escocia, el himno oficial, sonaba con tanto orgul o que Andi creyó que le iba a resultar difícil apoyar a Gales después de todo.

Sobre todo porque el equipo escocés fue el primero en marcar un ensayo, seguido de una transformación, lo que hizo que todo el estadio gritara.

—¿Sigues creyendo que son treinta hombres intentando romperse la cabeza?

—preguntó Linus al volver a sentarse junto a el a después de levantarse para gritar y vitorear junto con el resto de la afición escocesa.

No le sorprendió que Linus tuviera asientos en mitad de la afición escocesa en vez de los otros más exclusi

vos; tal vez fuera uno de los hombres más ricos de Escocia, pero, como había dicho su tía, Linus no había olvidado sus raíces.

—Mi abuela tiene una descripción más gráfica del juego —respondió Andi.

—Si es ésa que dice que es un juego jugado por hombres con balones con forma extraña, ya la he oído —le aseguró Linus.

—Debo admitir que es más divertido verlo de lo que pensaba.

—Conseguiré que te conviertas —le prometió Linus, y le estrechó la mano con firmeza antes de devolver la atención al partido.

Algo que a Andi le costó trabajo hacer con la mano de Linus en la suya.

¿Sería él consciente de lo que acababa de hacer? ¿O sería un gesto completamente inconsciente por su parte? Un compañerismo mutuo que no significaba nada.

Fuera cual fuera la respuesta, a Andi le costaba trabajo concentrarse en el partido, y se sintió aliviada cuando l egó el descanso y pudieron levantarse y abandonar sus asientos junto con

los otros asistentes, ansiosos por estirar las piernas y comentar el partido. Aunque Linus no le soltaba la mano para no perderla entre la multitud.

Linus compró bebidas calientes y eso le dio por fin a Andi la oportunidad de soltarse y agarrar la taza con las manos.

—¿Cómo te parece que está yendo? —preguntó para sacar una conversación.

—Teniendo en cuenta que vamos doce a siete perdiendo en la primera parte, no va tan bien como esperaba. Aunque tú debes de estar encantada —dijo él.

Andi había estado demasiado pendiente de la mano de Linus, y del propio Linus, como para darse cuenta de que Gales iba ganando.

—Mi abuelo sí lo estará —le aseguró.

A Linus le sorprendía lo mucho que estaba disfrutando del partido en compañía de Andi, a pesar de que Escocia fuese perdiendo. Normalmente asistía a los partidos solo. De hecho, siempre lo hacía solo. Jamás había pensado en l evar a una mujer con el, y sólo lo había hecho porque deseaba saber la opinión que tenía Andi sobre el castillo que irían a ver al día siguiente.

Pero curiosamente la presencia de Andi en el partido le resultaba agradable en vez de irritante, como le habría pasado con otra mujer. Incluso se había descubierto a sí mismo en un par de ocasiones observándola mirar el partido en vez de verlo él; algo que jamás hubiera creído posible cuando Escocia estuviese jugando al rugby.

—No me digas que todos esos muslos musculosos no te resultan excitantes.

Andi arqueó las cejas sorprendida.

—Siempre me ha atraído más el cerebro que el músculo.

Desde luego. Por lo que Linus sabía de David Simmington—Browne, el gran amor de la vida de Andi, había sido un hombre de gran sofisticación. Un hombre con el mismo pasado privilegiado que el a. Un hombre que disfrutaba con las cenas caras, con el teatro y con los coches rápidos. Estos últimos, por supuesto, habían sido su condena quince meses atrás al estrel ar su Porsche y morir junto con el padre de Andi.

Linus aceptaba que él era lo contrario a David, y sabía que Andi probablemente pensara que le faltaba toda la educación y sofisticación que su

prometido tenía. Él la había l evado a un partido de rugby, por el amor de Dios, en vez de l evarla a un restaurante caro.

—Es hora de volver a nuestros asientos —anunció abruptamente mientras lanzaba su taza de café medio vacía a la papelera más cercana antes de caminar hacia los asientos.

Andi frunció el ceño al ver la rigidez de su espalda mientras lo seguía, consciente de que estaba molesto por algo, pero sin tener idea de por qué.

Tal vez fuera porque su adorada Escocia iba perdiendo.

No albergaba mucha esperanza de que su humor mejorase cuando el partido acabó a favor de Gales. —Estoy segura de que jugarán mejor la próxima vez dijo para intentar animarlo mientras se alejaban del estadio en el coche.

—No había nada de malo con cómo han jugado hoy. Simplemente han perdido.

No parecía haber mucho que Andi pudiera decir para responder a eso, así que centró su atención en el paisaje.

—Dijiste que lo tenías todo preparado para esta noche iban conduciendo por lo que parecía ser una zona muy elegante, con casas enormes y Mercedes y Jaguars aparcados en las entradas.

—Vamos a quedarnos en casa de un amigo mío —respondió Linus.

Andi no estaba segura de estar preparada para pasar otra noche en compañía de gente cercana a Linus. Sobre todo si ese amigo resultaba ser tan perceptivo como Mae Harrison.

—Él no estará, Andi —agregó él como si le hubiera leído el pensamiento.

Sin embargo aquel a información no le pareció tranquilizadora en lo más mínimo.

—¿No?

—No. Keith está en Sudamérica en este momento, pero su ama de llaves sabe que vamos esta noche.

Linus había girado por lo que parecía ser una carretera privada. Las casas allí eran aún más grandes que las anteriores, con puertas de hierro al final de los caminos. Fue en una de ésas en la que Linus

introdujo el vehículo. Tras hablar por el interfono, las puertas de hierro se abrieron ante ellos.

—Esta carretera ha sido apodada con el nombre de «La hilera de los mil onarios» —le dijo él mientras avanzaban con el coche por el camino.

Estaban rodeados de jardines impecablemente cuidados que conducían a una casa enorme a la que Keith llamaba afectuosamente «el bungalow». Con más de diez dormitorios con baño, numerosos salones, un despacho, un estudio y una cocina enorme diseñada al estilo rústico, el nombre no resultaba muy

apropiado. Pero, tras haberse alojado al í en numerosas ocasiones, Linus nunca le había dado importancia al tamaño del lugar. Hasta aquel momento.

Aunque, tras sus pensamientos negativos al respecto, no podía negar que se sentía satisfecho por poder l evar a Andi a un lugar tan exclusivo.

Al instante se dijo a sí mismo que era ridículo. Él era lo que era. Si a Andi no le gustaba,

no

era

problema

suyo.

—Entremos dentro, que hará calor —dijo tras aparcar el coche en la parte de atrás; siempre entraba por la cocina, ¿así que por qué iba a pensar en hacer algo distinto sólo porque Andi fuese con él?

La puerta de la cocina se abrió como de costumbre cuando Linus metió las maletas. El olor a café recién hecho resultaba tentador, al igual que el calor que desprendía la cocina situada al otro extremo. El suelo de pizarra era de un tono amaril o suave, los armarios de roble oscuro, con hierbas que colgaban entre las macetas de cobre y las sartenes que colgaban sobre la mesa de roble situada en el centro de la sala.

No cabía duda de que a Andi le gustó lo que vio, pues miró a su alrededor con gran sorpresa.

—A tu amigo debe de encantarle cocinar.

—A Keith le encanta comer. Es a su mujer a la que le encanta cocinar.

—Una combinación perfecta.

—Así es.

Linus se preguntó si Andi sería tan consciente como él de la tensión entre el os. El aire parecía muy quieto. Expectante.

Durante los últimos días había traspasado una línea con Andi; era el momento de recuperar su relación anterior. O eso, o sus caminos tendrían que separarse. .

—Hay unos papeles que tengo que revisar antes de ir a ver el castil o mañana, así que siéntete libre de hacer lo que quieras en la cocina —dijo mientras abría la puerta y colocaba las maletas en el pasil o—. Imagino que sabes cocinar.

—Claro que sé cocinar.

—Claro que sabes —repitió Linus. Debería haber sabido que su eficaz secretaria podría hacer cualquier cosa si se lo proponía.

—Pero creía que el ama de l aves nos había abierto las puertas de la entrada.

—Desde la casa del jardín —explicó Linus—. La señora McTaggart no vive aquí, Andi.

Cuando Keith está en Sudamérica durante tres meses, su labor aquí es más de portera. Le dije que estaríamos bien solos, así que nos ha preparado café y

habrá dejado algunas provisiones en el frigorífico para preparar la cena esta noche y el desayuno de mañana.

Andi pensó que habría preferido la incomodidad de tener que quedarse con los amigos de Linus a encontrarse a solas con él en la privacidad de aquel a casa a las afueras de Edimburgo.

Se humedeció los labios y evitó mirar a Linus, que estaba de pie a pocos metros de el a.

—Tal vez estaríamos más cómodos en un hotel.

—Si te refieres a que tú estarías más cómoda en un hotel, dilo —respondió Linus—. —¿Crees que porque estemos aquí solos voy a querer terminar lo que empezamos la otra noche?

—¡No seas ridículo! —exclamó Andi mientras el rubor inundaba sus mejil as—. Sólo pensaba que. .

—Sé muy bien lo que pensabas, Andi.

¿Por qué, después de todas las advertencias que se había hecho sobre los peligros de revelar sus sentimientos por Linus, aquella certeza le producía más decepción que alivio?

Se dio la vuelta.

—Veré lo que nos ha dejado la señora McTaggart para cenar.

—¿Andi?

Andi se tensó antes de darse la vuelta lentamente para volver a mirarlo.

—¿Sí?

Linus no soportaba el modo en que Andi lo miraba. Como si el

último año de trabajo entre el os nunca hubiera sucedido. Como si ya no confiara en él. Como si Andi no lo viera más que como un playboy.

Linus no creía que, ni siquiera en su juventud, sus acciones hubieran estado gobernadas por esa parte de su anatomía. Incluso en su adolescencia su motor había sido siempre el de triunfar. Ese triunfo no le había permitido tener el bagaje emocional de una esposa y unos hijos, y había hecho que eligiera cuidadosamente a las mujeres con las que se relacionaba, con la única intención de que nadie saliese herido.

Todos esos años de cautela se habían ido por la borda en el momento en el que había besado a Andi tres días antes.

—Voy a utilizar el despacho de Keith —dijo sin más—. Elige el dormitorio que quieras, excepto el principal. Yo buscaré algo para mí más tarde —salió de la cocina con impaciencia antes de decir o hacer algo que Andi o el pudieran lamentar. Necesitaba estar alejado de el a para poder pensar.

Pero tras acomodarse en el despacho de Keith, con vistas a los jardines traseros, a Linus le costaba trabajo concentrarse en los papeles que había sacado del maletín y colocado sobre el escritorio. No podía sacarse a Andi de la cabeza.

¿Qué iba a hacer con el a? ¿Qué deseaba hacer con ella?

Eran dos preguntas diferentes.

Lo que necesitaba hacer era todo lo que estuviera en su poder para recuperar la relación anterior.

Lo que deseaba era desnudarla antes de hacerle el amor.

Sorprendentemente, una vez a solas en la cocina, Andi disfrutó sacando del frigorífico las gambas, los filetes, las patatas y una mezcla de verduras.

Junto con una selección de hierbas que colgaban entre las cacerolas y sartenes en mitad de la cocina, tenía ingredientes más que suficientes para demostrarle a Linus lo bien que cocinaba.

Incluso comenzó a tatarear alegremente mientras preparaba los cócteles de gambas, antes de sazonar los filetes y preparar las patatas con ajo y la mezcla de verduras con almendras salteadas. Incluso encontró ingredientes para preparar un suflé de limón para el postre.

Le parecía que hacía años que no tenía tiempo de disfrutar de la cocina. Sus años en Londres como secretaria de Gerald Wickham habían sido muy ajetreados y a veces había tenido que trabajar muchas horas, así que sólo le daba tiempo a preparar algo rápido y

sencillo para cenar cuando l egaba a casa por las noches. Tras mudarse a vivir a la casa del jardín en Tarrington Park, su madre se había hecho cargo al principio de la cocina, seguida de la señora Ferguson cuando ésta había comenzado a vivir con el as seis meses atrás. Tener tiempo y poder disfrutar de aquel a cocina era un auténtico lujo para Andi.

—¡Espero que sepa tan bien como huele!

Su tensión anterior regresó nada más oír la voz de Linus cuando éste entró en la cocina casi dos horas más tarde.

—Eso espero yo también —respondió el a.

Linus la miró durante varios segundos. Estaba muy guapo con su jersey negro remangado hasta los codos y unos vaqueros azules desgastados.

—¿Crees que podemos hacer una tregua esta noche, Andi? —preguntó el finalmente.

—Creí que eso ya lo habíamos intentado.

—Entonces tal vez debamos intentarlo más —sugirió Linus—. No sé a ti, pero esta tensión entre nosotros está empezando a afectarme.

Incluso más que eso, pensó, pues apenas había podido trabajar durante las dos últimas horas, sentado en el despacho de Keith, mirando por la ventana y tratando de encontrar una solución al problema entre Andi y él.

No quería perder a su secretaria; había l egado a depender de su eficiencia durante el último año.

—A mí tampoco me gusta, Linus —admitió el a. Al menos eso era algo.

—¿Andi, estás l orando? —preguntó él al ver lo que creyó que eran lágrimas en sus pestañas.

Claro que no estaba l orando; al menos de momento, pensó Andi mientras parpadeaba para secar las lágrimas de las que ni siquiera había sido consciente hasta que Linus lo había mencionado; lágrimas de alivio al saber que Linus deseaba encontrar una manera de solucionar la tensión tanto como el a.

—No seas tonto —dijo el a—. He estado pelando cebol as —se excusó con cierta torpeza; había pelado las cebol as hacía algún tiempo, hecho del que Linus se daría cuenta si le daba demasiado tiempo para pensar en el o—. Espero que tengas hambre porque he preparado una cena de tres platos.

—¡Me muero de hambre! —respondió Linus—. ¿Abro una botella de vino tinto o blanco?

—¿A tu amigo no le importa que te bebas su vino? Linus se encogió de hombros.

—Nunca le ha importado. Si le importa, se lo repondré.

Claro que lo haría. Linus tenía dinero más que suficiente para vivir en una casa como aquél a si así lo deseara. Pero no era el caso. En vez de eso prefería pasar casi todo su tiempo en Londres, con visitas ocasionales a Tarrington Park, y visitas ocasionales al castil o cerca de Edimburgo, si quedaba satisfecho con el resultado al día siguiente.

—Entonces, técnicamente hablando, necesitaremos ambos vinos. El blanco para el entrante y el tinto para el plato principal, pero a mí me parece bien beber sólo tinto si a ti te parece bien.

—Lo que desee la señorita —contestó Linus con una reverencia extravagante antes de darse la vuelta para examinar la selección de vinos en busca de uno apropiado.

Andi se quedó mirando su espalda durante varios segundos con el corazón acelerado. Se estaba enamorando más de él. Ansiaba estirar los brazos y tocarlo, sentir sus músculos bajo los dedos, deslizar las manos por debajo del jersey y acariciar su pecho.

No era el principio más apropiado para una velada cuando lo que intentaban era eliminar la tensión que existía entre ellos.

Capítulo 10

QUÉ PUEDO decir? —murmuró Linus al recostarse en su sil a tras disfrutar de la cena, totalmente satisfecho con la conversación y con la comida—. Cocinas muy bien —alzó su copa de vino y brindó con Andi sobre la mesa de la cocina, donde habían decidido cenar, en vez del comedor.

—No puedo decir que me alegrara cuando mi madre insistió en que estudiara cocina avanzada durante mis dos últimos años en el internado —dijo el a con una sonrisa—. Me parecía que había cosas más excitantes en la vida a los diecisiete y dieciocho años que aprender a cocinar.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Linus con interés, totalmente relajado tras la comida y la conversación.

—Los chicos, por supuesto —respondió el a.

—¿Cuántos años tenías cuando tuviste tu primer novio?

—¿Mi primer novio? Veinte, creo.

—¡Veinte! —repitió Linus con incredulidad, y recordó que el tenía sólo catorce cuando había tenido su primer encuentro infructuoso con una chica en la última fila de un cine.

—Iba despacio, ¿de acuerdo? —dijo el a a la defensiva—. Ir a un internado de chicas tampoco ayudaba mucho. También fue idea de mi madre. Decía que ya habría tiempo para chicos.

Salvo que, en el caso de Andi, no lo había habido. .

Para cuando empezó la universidad ya tenía casi diecinueve años y, aunque le habían enseñado todo tipo de modales, no se sentía segura de sus encantos en lo referente al flirteo con los chicos. Era capaz de hablar con cualquiera, pero sólo de una manera educada y superficial. Por desgracia, los chicos que conoció en la universidad veían su timidez como desinterés, no como falta de experiencia. Incluso su primer novio le había pedido salir porque el a era la mejor de su curso y él deseaba ayuda con su trabajo. Al igual que los dos que ha—bía tenido después.

Y probablemente por eso Andi hubiera estado tan preparada para el romance y el amor cuando David había mostrado interés en ella hacía un año y medio.

—No es divertido, Linus —respondió al ver su sonrisa.

—No estoy riéndome, Andi —pero siguió sonriendo—. Sólo intento imaginarte en tu primera cita a los veinte años. ¿Dónde fuisteis? ¿Qué hicisteis?

—Nos sentamos en una hamburguesería y él me pidió ver mis

apuntes sobre Sueño de una noche de verano —admitió ela.

—!Oh!, eso no está nada bien!

—¿Lo de la hamburguesería o lo de los apuntes? —sorprendentemente, Andi comenzaba a disfrutar de la conversación. Era divertido verlo con perspectiva. Pero no se lo había parecido en su momento.

—Las dos cosas.

—Supongo que tú hiciste algo mucho más sofisticado en tu primera cita.

—Tenía catorce años y recuerdo que fuimos al cine. Elegí una película de terror con la esperanza de tener la oportunidad de abrazar a la chica en las partes que diesen miedo.

—¡Qué calculador! —exclamó Andi riéndose. —¿Qué puedo decir? Tenía catorce años y mis hormonas estaban descontroladas.

—¿Y funcionó?

—No exactamente —admitió él.

Observó a Andi con los párpados entornados. Disfrutaba mirándola. Le gustaba el contoneo de sus caderas cuando andaba, el modo en que sus vaqueros se ceñían a sus nalgas cuando se agachó para meter los platos sucios en el lavavajil as; el jersey ajustado sobre sus pechos cuando se incorporó de nuevo.

Sintió la presión entre los muslos y el corazón se le aceleró. Andi tenía el trasero más delicioso que había visto jamás.

—Oye, yo debería hacer eso —dijo él poniéndose en pie al darse cuenta de que había estado ocupado mirándola en vez de ayudarla —. Tú has cocinado; no creo que tengas que recoger también —estiró el brazo y le quitó el cuenco a Andi.

Sus dedos se rozaron entonces.

Todo se detuvo.

Todo.

El tiempo.

Los movimientos.

—!Dios Andi. .! —dejó el cuenco en la encimera y se volvió para tomarla entre sus brazos. Supo por su expresión de sorpresa que Andi sentía su erección contra su cuerpo—. No me odies por esto, ¿de acuerdo? —agachó la cabeza y la besó sabiendo que aquel o era lo que deseaba hacer.

Abrazar a Andi. Sentir su cuerpo. Saborearla.

Andi no lo había visto venir. Se había quedado tan relajada después de la cena que la fuerza del deseo de Linus la pilló por sorpresa.

Y la excito.

No podía negar el deseo que sintió cuando los labios de Linus devoraron los suyos. La presionó contra su cuerpo y notó la erección caliente entre sus muslos, lo que provocó un intenso cosquilleo en su interior.

Era como si los dos hubieran estado esperando ese momento. Como si todo lo que había ocurrido durante las últimas veinticuatro horas fuera irrelevante.

Su pasión era tan intensa como la noche anterior. Totalmente embriagadora.

Imposible de negar.

Andi colocó los brazos sobre sus hombros y le acarició la nuca con los dedos.

Abrió la boca y sus lenguas se enzarzaron en un combate apasionado. Linus deslizó las manos por su espalda, por sus caderas, antes de agarrarle las nalgas y presionarla contra sus muslos al tiempo que exploraba su boca con la lengua.

El a arqueó la espalda cuando Linus se apartó y comenzó a besarle el cuel o.

Lamiendo. Saboreando. Mordisqueando. Aquel o le hizo perder el control. Tenía los pezones erectos y la cara interna de los muslos ardiendo.

No ofreció resistencia cuando Linus le levantó el jersey y se lo sacó por encima de la cabeza para dejar al descubierto sus pechos.

Linus jamás había visto a Andi tan salvaje y desinhibida. Tenía el pelo revuelto sobre los hombros, los labios ligeramente entreabiertos y los ojos casi negros.

—¡Eres tan guapa! —murmuró Linus al fijarse en sus pezones erectos y oscuros.

Levantó las manos y palpó sus pechos mientras estimulaba sus pezones con los pulgares hasta hacerla gemir con sus caricias.

El a tenía los párpados entornados, el cuel o arqueado y los labios entreabiertos. La punta de la lengua asomaba entre el os y los humedecía como si aún pudiera saborearlo.

Linus volvió a acariciarla y presionó los muslos contra ella mientras Andi levantaba las manos para agarrarle las muñecas. Para pedirle más.

Linus le dio más, volvió a devorar su boca mientras le acariciaba los pezones.

Andi gimió mientras Linus le pel izcaba los pezones suavemente y sentía como los pliegues entre sus muslos se humedecían.

El placer era abrumador. Sólo importaban las exigencias de su cuerpo. Y su cuerpo exigía a Linus.

Apartó la boca de él y deslizó los dedos por su cuerpo para quitarle el jersey antes de lanzarlo al suelo.

Se movió instintivamente mientras acariciaba su piel desnuda y entrelazaba los dedos en el vello de su pecho.

Linus era tan masculino como Andi se lo había imaginado; su piel sabía ligeramente salada mientras lo besaba. Le besaba los hombros. La base del cuello. El torso. Los pezones erectos.

Linus gimió y le agarró el pelo con una mano mientras el a deslizaba la lengua por su pezón.

De nuevo Linus perdió la respiración. Todos sus sentidos estaban centrados en los labios de Andi y en su lengua mientras le proporcionaba un placer que ninguna otra mujer le había dado. Experimentaba un placer que no había conocido antes, un placer que salió disparado hacia su ingle.

Él siempre había sido el amante. El instigador. El que tenía el control.

Andi le había arrebatado todo eso al empezar a tocarlo y a besarlo.

Había comenzado a estimularle el otro pezón con la lengua y deslizaba las manos suavemente por su espalda. De vez en cuando le clavaba las uñas y le provocaba escalofríos de placer por la columna.

Sus nalgas se tensaron. Su erección palpitaba exigente, Deseaba a Andi. ¡Ya!

Pero tenían demasiada ropa puesta.

¡Los dos!

Linus se apartó ligeramente.

—No voy a ninguna parte —le aseguró cuando Andi lo miró confusa por detener el placer. Sin dejar de mirarla le desabrochó los vaqueros y se los bajó antes de sacárselos por los pies.

—Siempre me he preguntado cómo, en circunstancias como éstas, la gente se desnuda con un mínimo grado de dignidad —murmuró el a—. Ahora veo que la dignidad no importa en momentos así.

Linus apenas la oyó, centrado como estaba en la última prenda de ropa de Andi.

Unas bragas de seda y encaje eran lo único que lo separaba del centro de su placer, que había acariciado sólo una vez y que ansiaba volver a tocar.

El tejido se desgarró fácilmente entre sus dedos, y el grito de sorpresa de Andi fue seguido por otro cuando Linus la levantó y la sentó en la mesa de madera antes de separarle los muslos.

Era tan hermosa como la había imaginado. Sus rizos eran ligeramente más oscuros que su melena, y sus pliegues húmedos tenían el mismo color rosáceo que sus pezones.

La tocó justo allí y sintió lo caliente que estaba. Linus gimió suavemente mientras se arrodil aba. Le separó más los muslos antes de acariciarla.

Andi perdió por completo el control al notar la lengua de Linus entre sus piernas. Los espasmos del clímax se apoderaron de su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Linus siguió besándola al í hasta que dejó de convulsionarse.

Andi colocó las manos sobre la mesa por detrás de su cabeza para evitar caerse al recostarse, con los ojos cenados y el cuerpo exhausto.

Finalmente abrió los ojos y lo miró, aún arrodil ado entre sus piernas y mirándola con una sonrisa.

Andi no sabía por qué de pronto se sentía tan cohibida; después de todo, Linus ya conocía su cuerpo mejor que ninguna otra persona.

—Lo siento —murmuró Linus al ver su reticencia. En vez de levantarse, le separó de nuevo las piernas—. Demasiado pronto —añadió mientras le acariciaba la mejilla.

—No —dijo el a—. No —repitió mientras estiraba la mano para tocarle el pecho.

Sintió entonces los latidos acelerados de su corazón.

Sin dejar de mirarlo deslizó la mano para desabrocharle los vaqueros. Le bajó la cremal era y deslizó los dedos suavemente por su erección. Notó cómo palpitaba.

Se bajó de la mesa mientras deslizaba los vaqueros por sus muslos junto con los calzoncil os antes de rodear su erección con fuerza. Advirtió su respiración entrecortada antes de que Linus se apoyara en la mesa y se agarrara a el a con ambas manos.

Andi observó su cara cuando empezó a mover la mano lentamente arriba y abajo. Su respiración y el rubor de sus mejil as indicaban lo mucho que estaba disfrutando de sus caricias. Andi apretó un poco más y palpó con el dedo la punta, donde apreció la humedad.

—Recuéstate, Linus —le ordenó con voz rasgada.

Sin dejar de mirarla, Linus apartó el resto de la comida a un lado

antes de recostarse y Andi empezó a cubrir su cuerpo de besos, comenzando por el pecho antes de empezar a bajar lentamente.

Linus cerró los ojos y apretó la mandíbula al sentir la boca de Andi sobre su erección, y la humedad de su lengua volviéndole loco de placer. Estaba demasiado excitado como para aguantar mucho.

Le agarró los hombros y la apartó de él mientras se incorporaba.

—Quiero estar dentro de ti, Andi —le dijo, y la colocó a horcajadas sobre su cintura.

Andi también lo deseaba, deseaba sentir a Linus dentro de el a. Tan dentro que no supiera dónde acababa ella y empezaba él.

—¡Aún no! —exclamó el a, y colocó las manos en sus hombros mientras le besaba el pecho.

Linus levantó la cabeza desde la mesa y le lamió un pezón mientras con la mano le acariciaba el otro.

El segundo clímax de Andi fue aún más intenso que el primero y pareció no tener fin. Se prolongó aún más cuando Linus la penetró.

Sintió un ligero dolor, sólo un instante, cuando traspasó la barrera de su virginidad. Pero el dolor pronto fue reemplazado por el placer.

Él levantó la cabeza y la miró.

—Ahora no, Linus —repitió el a.

—Pero. .

—¡No, Linus! —no deseaba tener esa conversación en aquel momento. No quería hablar de por qué era virgen a los veintisiete años.

Andi le mantuvo la mirada mientras empezaba a moverse, lentamente al principio.

Ya no le dolía. Sólo disfrutaba de las caricias de Linus dentro de su cuerpo. Caricias que hicieron que Linus olvidan todas sus preguntas, ni sus respuestas, mientras la agarraba por las caderas para acompasar el ritmo mientras él se movía arriba y abajo.

Fue maravil oso. Linus era maravil oso. Mejor de lo que Andi podía haber imaginado, y la acompañó en su tercer clímax, hasta caer derrumbada sobre su pecho.

Andi sentía una gran paz interior. Una paz satisfactoria.

Como la calma en el ojo del huracán.

No podía durar, por supuesto; Linus tenía preguntas. Y, cuando se recuperase, iba a pedirle explicaciones.

Pero por el momento, durante aquel momento tan maravil oso, Andi se sentía completamente feliz.

Capítulo 11

ANDI, qué diablos ha ocurrido? —preguntó Linus.

—Creo que lo sabes mejor que yo. Se habían vestido en silencio tras separarse en la mesa de la cocina.

Le había hecho el amor a Andi en la mesa, pensó Linus. En la mesa de la cocina de Keith y de Lindsay. No podría volver a visitarlos sin acordarse de eso.

—He sido tu primer amante —murmuró él, sin acabar de creérselo. Estaba perplejo. Que él supiera, nunca había sido el primer hombre de una mujer.

—Lo sé —contestó el a.

—Yo no lo sabía.

—¿Acaso importa?

—Bueno, claro que importa. Pensé que. . di por hecho que Simmington—Browne y tú os acostabais.

—Pues pensaste mal.

—No estoy de humor para tus tácticas de mujer de hielo en este momento, Andi.

—¿No podríamos hablar de esto por la mañana, Linus?

—¡No, no podemos hablar de esto por la mañana! No, realmente no podían, pensó Andi. Lo cual era una pena. Porque el a ya sabía a juzgar por el humor de

Linus que todo el placer que habían experimentado quedaría olvidado por la rabia y el enfado. Linus se quedó mirándola desde el otro extremo de la habitación.

Ella suspiró profundamente.

—La mayoría de los hombres se sentirían halagados por ser el primer amante de una mujer.

—Yo no soy la mayoría de los hombres.

No, desde luego no lo era. Linus era el hombre al que amaba. Incluso más ahora. Al igual que sabía que lo que él sentía hacia ella era rabia y resentimiento.

—Deja de darle tanta importancia, Linus.

—¡Es importante, maldita sea! —exclamó él—. No tenía ni idea. Nunca habría l egado tan lejos si hubiera sabido que. . —negó con la cabeza, sabiendo que habría sido más delicado si lo hubiera sabido—. ¿En qué estabas pensando al permitir que las cosas l egaran tan lejos cuando nunca habías estado con un hombre?

Andi no había pensado en absoluto. De manera deliberada. Simplemente había disfrutado del momento. De la alegría de hacer

el amor con Linus.

Pero era evidente que él no estaba preparado para seguir con aquel a inconsciencia. Al igual que Andi no estaba preparada para humil arse al dejarle ver cuáles eran sus sentimientos.

—Tal vez después de lo de la otra noche me haya dado cuenta de que no quiero seguir siendo una virgen de veintisiete años. Tal vez sentía curiosidad por saber qué venía después.

—No eres tan ingenua, Andi —respondió él—. Es evidente que sabías exactamente lo que venía después.

—¿Deduzco por ese comentario que no te he decepcionado como amante?

¿Decepcionar? Eso era lo último que se le habría ocurrido a Linus. Había sido excepcional. Apasionada. ¿Pero decepcionante? ¡No!

—¿Sentías curiosidad por saber lo que venía después, Andi? ¿Significa que yo era un experimento para ver lo que habías estado perdiéndote todos estos años?

—Yo no diría eso.

—¿Entonces qué dirías? ¡Maldita sea, Andi! —Linus se dio la vuelta con impaciencia, tan furioso con ella como lo estaba consigo mismo.

Debería haberlo sabido. Debería haberlo imaginado cuando Andi había hablado de la gente que se desnudaba en «esas circunstancias». Pero se había dejado l evar por su propia excitación. La había deseado demasiado en aquel momento como para entender el significado de sus palabras. Además, aunque hubiese estado despejado, jamás habría imaginado que Andi aún era virgen.

No se le había ocurrido. ¿Por qué habría de pensarlo? Andi l evaba dos meses saliendo con David Simmington—Browne antes de que éste muriera.

Incluso se habían prometido.

También estaba el hecho de que Linus no podía imaginarse a ningún hombre que no deseara Andi al verla.

Incluso en aquel momento; confuso y furioso, seguía sintiendo deseo por el a.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora, Andi?

—No compliquemos las cosas, Linus.

—¿No?

—¡No!

—Así que sugieres que nos vayamos a la cama, por separado, y

que mañana hagamos como si nada hubiera ocurrido, ¿verdad?

—¿Prefieres que me marche ahora mismo? —preguntó ella con actitud desafiante.

—Dudo que haya trenes a esta hora de la noche. Ni que tengan habitaciones disponibles en los hoteles de la zona, después del partido de esta tarde. No, Andi, me temo que tendrás que quedarte aquí conmigo al menos esta noche.

Teniendo en cuenta que a Andi le hubiera gustado quedarse con él el resto de su vida, una única noche bajo el mismo techo no le parecía tan dura.

Pero Linus no se refería a eso.

Andi se humedeció los labios.

—¿Qué quieres hacer al respecto, Linus?

—No tengo ni idea.

—Además de desear que no hubiera ocurrido, claro.

—Es un poco tarde para eso, ¿no te parece? Demasiado tarde, pensaba Andi. Había cometido un error. Un error muy grande. Y era un error que iba a pagar muy caro.

Linus suspiró.

—Creo que tenemos dos opciones.

A juzgar por lo sombrío de su expresión, Andi estaba segura de que ninguna de esas dos opciones iba a gustarle.

—Opción número uno —continuó él—. Dejas el trabajo en cuanto regresemos a Tarrington Park.

—Con referencias positivas en lo referente a mi trabajo, espero —dijo el a.

—Eres la mejor secretaria de este mundo —contestó él.

—Gracias —añadió el a con una sonrisa sarcástica.

—De nada —respondió él—. La opción número dos es que sigamos con esta relación durante el tiempo que a los dos nos parezca oportuno.

Andi se quedó mirándolo con incredulidad, sin estar segura de haberlo entendido bien. ¿Linus estaba sugiriendo que, o dejaba su empleo, o seguían acostándose juntos?

¿Pero qué otras alternativas tenían? No podían seguir trabajando juntos como si no hubiera ocurrido nada. Andi al menos no podía.

Lo cual, sinceramente, había sido culpa suya.

No había pensado, no había deseado pensar más al á de hacer el amor con Linus; lo había deseado tanto que, cuando la oportunidad se había presentado, simplemente no había podido resistirse. Poner fin a su trabajo con Linus o tener una aventura con él. . Ésas eran

las opciones.
—¿Estás sugiriendo que sigamos acostándonos y trabajando juntos hasta que uno de los dos se canse?
Andi sintió el pánico en el pecho mientras repetía la sugerencia de Linus.
¿Podría vivir con eso? ¿Podría ser la amante de Linus hasta que se cansara de ella? La alternativa más inaceptable aún, pues implicaría no volver a verlo y además tener que abandonar su casa.
—Es una idea —añadió.
—¿Deduzco por tus palabras que no te he decepcionado como amante? —
preguntó él, y se sintió un auténtico bastardo al ver la expresión pálida en el rostro de Andi.
—¿Y qué si es así? —preguntó el a.
—Creo que no tienes otra experiencia con la que comparar.
—No creo que eso sea asunto tuyo.
—¿Por qué no te acostabas con Simmington—Browne?preguntó él—. Estabais prometidos, ibais a casaros.
—Quizá, entre las exigencias del trabajo de David y el mío propio, no encontráramos el momento —contestó ella evasivamente.
Andi había pensado mucho en su relación con David durante los últimos días y se había dado cuenta de que David no había tenido ganas de acostarse con el a.
Una reticencia que hacía que Andi se cuestionara su propio atractivo sexual hasta que Linus le había hecho el amor.
También se había preguntado por qué le había parecido bien dejar la relación como estaba hasta que David y ella se hubieran casado.
David había sido todo lo que Andi podría haber deseado en un futuro marido: guapo, amable, adinerado. Había disfrutado estando con él, había deseado convertirse en su esposa. Pero, al mismo tiempo, le había parecido bien esperar a acostarse con él, al igual que a David.
Ahora no podía evitar preguntarse si la razón por la que David no había querido acostarse con el a no tendría más que ver con las insinuaciones que Linus había hecho durante los últimos días.
—Yo habría encontrado el momento y la oportunidad respondió Linus.
—Tú no eres David. . —Andi se detuvo abruptamente al darse cuenta de lo acusadoras que habían sonado sus palabras—. Lo que

quería decir es que. .

—Sé lo que querías decir, Andi. Obviamente te parece bien que yo te inicie en los placeres del sexo mientras que el santo David permanece en lo alto de su pedestal.

—Linus, por favor, no.

—¿No qué? ¿Que no arruine los recuerdos que tienes de ese hombre? Tenía secretos, Andi. Era un impostor. Un mentiroso. Fue el responsable de. . —Linus se detuvo y tomó aliento al darse cuenta de lo que estaba haciendo: justo lo que se había prometido no hacer.

Ya era hora de que Andi supiera la verdad sobre el hombre con el que había estado a punto de casarse. Se merecía saberlo, tenía que saberlo si quería seguir con su vida.

Pero no era él quien debía decírselo.

Jamás sería él.

—De momento, creo que lo mejor es que nos decantemos por una tercera opción no mencionada: no tomar decisiones precipitadas esta noche. Quiero decir más precipitadas que lo que acabamos de hacer.

Andi respiró profundamente. En varias ocasiones a lo largo de los últimos días, Linus había parecido estar a punto contarle algo sobre David. Algo que el a no sabía. .

—Si tienes algo que decir sobre David, me gustaría que lo hicieras.

—¿Para que puedas odiarme más de lo que ya me odias? —preguntó él—. Creo que no, Andi.

—¿Crees que estás siendo justo, Linus?

—En este momento ni siquiera puedo pensar con la suficiente claridad como para responder a esa pregunta. ¿Quieres respuestas, Andi? Lo siento, pero no vas a obtenerlas por mí.

—¿Entonces por quién?

—Tal vez deberías preguntarle a alguien más cercano a ti.

Andi frunció el ceño. No sabía a quién se refería. Amando a Linus como lo amaba, él era la persona más cercana que conocía. .

—¿Mi madre? —preguntó de pronto.

Linus se arrepintió entonces de haber dejado que su frustración le l evara a confesar que Marjorie estaba tan al corriente como él de los defectos de David. También sabía que había sido decisión de Marjorie no revelarle esos defectos a su hija, destrozada por la pérdida, y que esa decisión la había l evado a su propio derrumbe emocional hacía más de un año.

Era algo que Marjorie no quería que su hija supiera, cosa que él sabía gracias a sus largas conversaciones con el a cuando quedaban a tomar el té.

—¿Linus?

—Olvidemos que hemos tenido esta conversación —dijo él—. ¿Por qué iba a importarme que consideres a Simmington—Browne un dios intachable? Mira, iremos a ver el castil o mañana por la mañana y luego iniciaremos el viaje de vuelta. Tal vez podamos ver las cosas con perspectiva cuando lleguemos a Tarrington Park.

Andi lo miró frustrada, más decidida que nunca a averiguar la verdad que Linus se negaba a contarle.

—Deja eso —le dijo Linus cuando se dispuso a terminar de limpiar los restos de la cena—. Tú has cocinado. Yo recogeré esto antes de irme a la cama.

Andi ni siquiera se molestó en contradecirlo. Simplemente se dio la vuelta y abandonó la cocina para irse a su dormitorio.

Tenía que hacerlo.

Antes de derrumbarse y l orar. Sólo ver los restos de la cena sobre la mesa le recordaba que había hecho el amor con Linus al í mismo hacía unos minutos.

Capítulo 12

ESTÁS segura de que esto es lo que deseas? —preguntó Linus mientras hablaba a través de la puerta del vagón, donde Andi se encontraba esperando a que el tren saliera de la estación de Edimburgo.

De camino a Londres. Allí Andi tomaría otro tren hasta el pueblo de Tarrington, y de ahí a casa.

Andi estaba pálida y distante al salir del dormitorio aquel a mañana. Se había negado a desayunar antes de informarle que había decidido volver a casa en el primer tren disponible. Linus había intentado disuadirla, claro, pero el a se había mostrado firme. Dadas las circunstancias, a Linus no le había quedado más remedio que llevarla a la estación de tren.

El resto de cosas que Andi hubiera decidido durante la noche él no las sabía todavía.

Por el momento ya era suficiente aceptar que se marchaba.

—Creí que íbamos a tener otra conversación por la mañana —le dijo suavemente.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que lo que necesitamos es poner distancia entre nosotros. Al menos durante un par de días —repitió el mismo argumento que había empleado aquel a mañana.

Linus estaba seguro de que se refería a que ella era la que necesitaba poner distancia.

Emitió un soplido de frustración.

—¿Cómo puedo tomar una decisión sobre el castil o si no estás tú?

Ella sonrió amargamente.

—Del mismo modo que tomabas decisiones antes de que yo empezara a trabajar para ti hace un año.

Él no quería volver a tomar decisiones del modo en que lo hacía antes de que Andi empezara a trabajar para él. No quería regresar a su estilo de vida solitario, antes de que Andi entrara en ella.

—Creía que éramos un equipo —dijo él, sabiendo que a su argumento le faltaba convicción, pero incapaz de hacer nada más por el momento. Andi se marchaba. Y él no tenía manera de evitar que sucediera.

—Soy una empleada, Linus, no parte de un equipo —dijo. Y hasta el a había decidido que eso tenía que acabar cuando Linus regresara a Tarrington Park. No podía seguir trabajando para el. No

después de haber sido amantes.

Era una decisión a la que Andi había l egado tras una noche en vela. Por mucho que odiara la idea de abandonarlo, sabía que no podría seguir trabajando para él después de la noche anterior. Incluso aunque lo intentaran, sabía que no podría soportar pensar en las numerosas mujeres que vería entrar y salir de la vida de Linus; esas semanas en las que Linus se marcharía a Londres para pasar casi todas las noches con una mujer diferente.

Era tonta por enamorarse de él, por permitir que las cosas escaparan de su control, pero tampoco era masoquista.

—Tú eres parte de mi equipo, Andi —insistió Linus estrechándole la mano—.

No tomes ninguna decisión hasta que yo regrese —le pidió mientras el jefe de estación anunciaba con su silbato que el tren estaba a punto de partir.

La expresión de Andi era de profunda tristeza.

—Ambos sabemos cuál ha de ser mi decisión, Linus.

—No, no es cierto —rebatió él tras oír el segundo pitido—. ¿Me prometes que no harás nada hasta que no regrese?

—¿Hacer algo, Linus? ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Echarme otros dos amantes nada más llegar a casca para poder tener algo con lo que comparar?

Linus entornó los ojos y le apretó la mano.

—¡Ni lo pienses!

—¿No estás siendo un poco dictatorial, incluso para ser tú?

Incluso para ser él. .

¿Eso era lo que pensaba Andi de él? ¿Que era un dictador que insistía en que obedecieran sus órdenes?

En realidad en el pasado Linus siempre había estado muy seguro de todo.

Siempre había sabido lo que deseaba y hacia dónde iba. Pero después de la noche anterior no tenía idea de lo que ocurría después. Sólo sabía que no estaba dispuesto a dejar que Andi saliese de su vida...

—Adiós, Linus —murmuró el a con una sonrisa triste cuando el tren empezó a moverse.

—¿Adiós?

Aquel o no era un adiós. ¡No podía serlo!

Linus comenzó a caminar por el andén junto al tren.

—Quiero tu promesa de que estarás en Tarrington Park cuando yo regrese —

no debería haber accedido a que Andi se fuese en tren. Debería haber insistido en llevarla él mismo. ¿A quién le importaba un castillo perdido en medio de Escocia?

—¡Linus, tienes que soltarme! —exclamó Andi desde la ventanil a. Las zancadas ya casi no alcanzaban la velocidad del tren, y el final del andén le obligó finalmente a soltarle la mano. Andi se asomó a la ventanil a mientras el tren se alejaba y lo vio solo en el andén, con las manos en los bolsillos y expresión triste mientras gritaba.

—¡No te oigo! —respondió el a desde el tren. En ese momento se le nubló la vista con las lágrimas que había estado aguantando.

Caminó tambaleándose hacia un asiento al final del vagón, aliviada de que no hubiera nadie junto a el a que pudiera ver sus lágrimas. Andi era completamente ajena a la bel eza del paisaje nevado que se veía desde la ventanil a a medida que el tren iba tomando velocidad de camino a Londres.

Acercándola más a Tarrington Park, y a una conversación con su madre en referencia a David.

Era evidente que Linus lamentaba haberle revelado aquella pequeña verdad.

Pero era demasiado tarde. Andi estaba decidida a hablar con su madre sobre David. Tenía intención de averiguar lo que Linus y su madre sabían sobre él. .

—Pareces agotada, cariño —dijo su madre al verla entrar por la puerta de atrás aquella noche.

Era tan tarde que a Andi le sorprendió que su madre siguiera levantada. La cocina tampoco era una de las estancias favoritas de Marjorie. .

—Has hablado con Linus —averiguó Andi en cuanto dejó la maleta sobre la mesa de la cocina.

—Le pareció mejor que supiera que venías de camino —respondió su madre con una sonrisa—. Prepararé café y luego hablaremos, si es lo que deseas.

—Lo es —respondió Andi. Estaba agotada. Cansada de l orar y cansada del largo viaje, pero no lo suficiente como para no hablar con su madre.

Marjorie asintió antes de ponerse a preparar el café. Andi se sentó a la mesa.

Por primera vez en mucho tiempo miró bien a su madre. El trauma que Marjorie había sufrido por la muerte de su marido quince meses atrás ya había disminuido, y a sus cincuenta y ocho

años aún era una mujer guapa. Su pelo y su maquil aje siempre eran impecables; y aún estaba en forma.

Andi también sabía que la vida social de su madre había remontado durante los últimos seis meses, que Marjorie asistía semanalmente a una partida de Bridge en casa de una de sus amigas del pueblo vecino. Esos contactos habían l evado a otras invitaciones; a tomar café por las mañanas con sus amigas, a jugar al golf en el club, a varias fiestas durante las navidades.

Sí, su madre estaba mucho mejor que hacía un año, cuando Andi había regresado de Londres para vivir y trabajar en Tarrington Park. Estaba lo suficientemente bien como para afrontar la posibilidad de tener que volver a mudarse. Al menos eso esperaba Andi. .

Marjorie colocó la taza de café frente a el a y se sentó a la mesa. Las dos bebieron en silencio durante unos minutos antes de que ella hablara.

—Linus me ha dicho que tenías alguna duda sobre David.

¿Alguna duda? Andi tenía tantas preguntas sobre el que no sabía por dónde empezar.

—¿Por qué crees que David me pidió que me casara con él cuando era evidente que no estaba enamorado de mí? —preguntó por fin.

Su madre pareció desconcertada.

—Claro que te amaba, cariño.

—No —respondió Andi. Había pensado mucho en David durante el viaje de vuelta desde Escocia, y la pregunta que se repetía en su cabeza era la misma que Linus le había hecho la noche anterior: si David hubiera estado enamorado de el a, ¿por qué entonces no había hecho ningún esfuerzo por acostarse con el a? La respuesta a esa pregunta ahora le parecía demasiado evidente; porque David no había estado enamorado de el a. Y, si no lo había estado, entonces tenía que haber otra razón por la que le habría pedido que se casara con el—. No, no me amaba —repitió con firmeza.

—Oh, pero yo siempre pensé que. . Siempre creí que amarte era una de las cualidades redentoras de David.

—¿Y sus cualidades no redentoras? —preguntó Andi. Marjorie suspiró profundamente.

—En insincero. Un ladrón. Fue el responsable de la ruina de tu padre. No, tal vez esté siendo un poco injusta.

—¿Sólo un poco? —preguntó Andi con una carcajada sarcástica.

Su madre asintió.

—No fue el responsable absoluto; tu padre confiaba demasiado

en él. Más aún cuando David y tú os prometisteis. Después de todo, David iba a ser su yerno.

Andi ya se había dado cuenta en los últimos días de que no había estado enamorada de David en absoluto, que había estado más enamorada de la idea de estar enamorada que del propio David. Que se había dejado embaucar por las atenciones de un joven tan guapo y sofisticado. Y también había llegado a la conclusión de que no conocía a David.

Por lo poco que Linus había insinuado, y las cosas que su madre ya le había dicho, parecía que conocía a David mucho menos de lo que pensaba.

—¿Qué le hizo a papá? —preguntó, y estiró el brazo por encima de la mesa para estrecharle la mano a su madre.

Marjorie negó con la cabeza.

—Oh, su primer trabajo juntos fue auténtico. Tu padre ganó mucho dinero —

dijo—. Pero ese éxito inicial sólo era el cebo para alentar a tu padre a invertir cada vez más dinero. Tras aquel primer éxito se produjo un falso acuerdo tras otro, y el dinero que tu padre invertía iba directo a la cuenta bancaria de David.

—¿Pero por qué? —preguntó Andi—. David era rico.

—No lo era, cariño —confesó su madre—. Era todo fachada. Otra mentira. Su coche era alquilado. Su apartamento en Londres también. Todo lo que David nos contaba sobre él era mentira. Su familia había tenido dinero en una época, pero al parecer su padre lo perdió todo en una especulación tras otra mientras David aún estaba en la escuela. Al parecer David decidió que, cuando fuese adulto, iba a recuperarlo todo, por medios honrados o no. Tu padre no era la primera persona a la que estafaba de esa manera.

Andi estaba completamente desconcertada. Las revelaciones de su madre eran mucho peores de lo que había imaginado durante el viaje de vuelta. Andi sentía náuseas sólo de pensar que Linus pudiera saber todas esas cosas sobre el hombre al que el a había creído amar. El hombre con el que había estado a punto de casarse.

.

—¿Y por qué me pidió David que me casara con él?

Su madre le apretó la mano con más fuerza.

—Creo. . he l egado a creer que tal vez fuera porque se había dado cuenta de que tu padre empezaba a sospechar de lo que pasaba. Que David sabía que tu padre iba a enfrentarse a él. Que pensaba que había menos posibilidades de que tu padre armase un

escándalo si él estaba prometido con su hija.

Andi cerró los ojos. Se sentía mareada. Todo tenía sentido de pronto. Todo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con lágrimas en los ojos —. ¿Por qué no intentaste impedir que me prometiera con él? ¿Por qué no lo hizo papá?

—Él nunca habría permitido que te casaras con David, cariño, si lo que sospechaba hubiera sido cierto —le aseguró Marjorie con vehemencia—. Pero parecías tan feliz, tan enamorada. Y tu padre quería hablar primero con David antes de decirte nada. Para estar completamente seguro de que David era culpable de todo antes de que te rompiera el corazón.

Andi se quedó muy quieta al darse cuenta de una cosa.

—El día del accidente —dijo—. Ése era el día en el que papá había decidido hablar con David, ¿verdad?

—Sí —las lágrimas resbalaron por las mejil as de su madre.

Andi no podía pensar, apenas podía respirar.

—¿Crees que realmente se trató de un accidente? ¿Crees que...?

—Tenemos que creerlo. El juez declaró que fue un accidente — le aseguró su madre con firmeza, como si la alternativa aún fuese demasiado horrorosa para pensar en ella—. Créeme, Andi, no es bueno pensar en ello, imaginar que fue de otra manera. Eso no nos devolverá a tu padre. Ni a David.

—Si lo que sospechamos es cierto, entonces él no merecería regresar —respondió Andi—. Arruinó a papá. ¡Tal vez hasta sea el responsable, intencionada o accidentalmente, de la muerte de papá!

—Eso no lo sabemos con seguridad, cariño —dijo su madre.

A Andi no le hacía falta saberlo con seguridad. Que David fuese culpable de las demás cosas era suficiente para borrar la culpa que Andi había estado sintiendo durante los últimos días al darse cuenta de que jamás lo había amado en absoluto. Que simplemente había estado abrumada, halagada por las atenciones de un hombre tan encantador.

Había sido todo falso. Una mentira.

Absolutamente todo.

Se sentía furiosa en nombre de su padre, triste por su madre. Pero a la vez tenía una inmensa sensación de libertad. De liberación. Se sentía liberada de la lealtad hacia un hombre que jamás la había amado, al igual que el a no lo había amado a él. Por fin se daba cuenta.

Hacía dieciocho meses ni siquiera sabía lo que era el amor.

Amor era lo que sentía por Linus. Amor profundo. No sólo se sentía atraída por él, sino que también amaba al hombre que era, al hombre en que se había convertido a pesar de su educación. O tal vez precisamente por eso. Era un hombre que jamás había olvidado o negado sus raíces, ni a las dos mujeres responsables de su educación.

Linus era lo contrario a David. Linus era un hombre igual de decidido a hacer una fortuna, pero de una manera legal y honesta, mediante el trabajo duro y la determinación. Linus no utilizaba a la gente para conseguir sus objetivos. No mentía. Era transparente y a la gente podía gustarle o no.

A Andi, por supuesto, le gustaba.

Se volvió hacia su madre y sonrió al ver su expresión ansiosa.

—No pasa nada. No pasa nada —le apretó la mano—. Linus sabe todo esto,

¿verdad?

—Al principio sólo lo sospechaba, según creo. Se dio cuenta de que la bancarrota de tu padre, las deudas, no tenían sentido. Vino a tomar el té conmigo el día que descubrió la verdad. Es un Buen hombre, Andi. Un hombre muy astuto.

Por suerte no era lo suficientemente astuto para darse cuenta de que Andi estaba enamorada de él.

—¿Por qué no me contaste la verdad sobre David después del accidente?

—Estabas tan triste, tan devastada. No me pareció bien cargarte con nada más. Tu padre había muerto. David había muerto. Nada de lo que hiciera o dijera cambiaría eso.

—¿Y en vez de eso preferiste l evar tú la carga sola?

—¿Acaso no tenías tú suficiente ya? Además de perder a tu padre y a David, tuviste que cambiar de trabajo para mudarte aquí y estar conmigo. Yo decidí, para bien o para mal, que era mejor dejar las cosas como estaban. Que tú te olvidarías de David con el tiempo y seguirías adelante. ¿Has seguido adelante, Andi?

—Tal vez —admitió Andi reticente—. Aunque para lo que me ha servido. .

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto Linus regrese, pienso entregarle mi carta de dimisión.

—¿Pero por qué?

Andi no podía mirar a su madre.

—Yo. . Es un poco complicado.

Marjorie ya no era tan impresionable como hacía tiempo, pero aun así había cosas que no le contaba a su madre.

—¿En qué sentido? ¿Qué quieres decir con cuando Linus regrese?

—Sigue en Escocia.

—No es verdad —dijo su madre—. Linus vino a verme hace más o menos una hora, Andi, poco después de que regresara.

—Pero…

—Linus está en Tarrington Park —le explicó su madre, para que no hubiera ninguna duda de lo que quería decir.

Andi se puso en pie abruptamente, se acercó a la ventana y miró hacia Tarrington Park. En efecto, las luces del apartamento de Linus en el último piso estaban encendidas. Y, a no ser que le engañaran sus propios ojos, había una figura solitaria en una de las ventanas, mirándola a el a. .

Capítulo 13

BUENOS días, Andi —Linus la saludó con cautela cuando entró en su despacho a la mañana siguiente a su regreso, sabiendo que Andi habría hablado con su madre la noche anterior, y sin saber de qué humor estaría.

Parecía normal, con uno de sus trajes de negocios. Andi levantó la vista del correo que había estado revisando cuando había entrado.

—No esperaba que regresaras de Escocia hasta mañana.

—No, bueno. Ha habido un cambio de planes —dijo él—. ¿Qué tal fue el viaje ayer?

—Bien, gracias. ¿Y el tuyo?

Maldita sea. Lo próximo de lo que hablarían sería del tiempo.

—Bien, gracias —respondió él—. Me pasé brevemente a ver a Jim y a Jennie en el camino de vuelta. Le l evé unas flores a Jennie y una caja de puros a Jim. Para darles las gracias por su hospitalidad.

—Muy considerado por tu parte.

—Puedo ser muy considerado, Andi.

—Yo nunca he dicho lo contrario —respondió ela con frialdad.

Y pensar que Linus había apreciado e incluso envidiado aquel a frialdad. Ahora sólo le daba ganas de agitarla hasta que entrara en razón.

—Aunque lo has pensado.

El a lo miró durante algunos segundos antes de contestar.

—No. No lo he pensado.

¡Linus estaba a punto de explotar! Aunque dudaba que tocar a Andi en aquel momento, aunque sólo fuera para zarandearla, fuese buena idea. .

Aunque la situación era bastante frustrante; como conversar con un bloque de madera. Salvo que ese bloque de madera hablaba como Andi y tenía su mismo aspecto. La mujer con la que había hecho el amor hacía dos noches.

—Te l evaré el correo ordenado en unos minutos —le dijo Andi.

El a había pensado mucho a lo largo de la noche sobre cómo enfrentarse a Linus por la mañana y finalmente había decidido que la mejor manera de afrontar la situación era ir a trabajar a su hora habitual. El hecho de que se pusiera a la defensiva nada más verlo entrar no había estado planeado.

Simplemente había ocurrido.

Andi había pasado la noche en vela considerando las posibilidades, pero no importaba lo mucho que lo intentara, pues no había logrado encontrar una razón creíble por la que Linus habría regresado de Escocia tan pronto. Había muchas razones increíbles, pero ninguna que pudiera aceptar como cierta. Y su estado de ánimo aquel a mañana tampoco era propicio para preguntárselo.

—¿Linus. .? —dijo de pronto cuando él se disponía a marcharse a su despacho.

—Sí. De acuerdo —respondió Linus antes de salir.

Andi suspiró aliviada cuando se quedó sola. Aunque volvió a tensarse al oír las blasfemias provenientes del despacho de Linus segundos más tarde, antes de que la puerta volviese a abrirse y él entrase furioso en su despacho.

—¿Qué es esto? —preguntó él mientras agitaba una hoja de papel frente a el a.

—Parece ser mi carta de dimisión —respondió el a.

—¿Parece ser? ¡Sabes muy bien que lo es! Creí que íbamos a hablar sobre esto antes de que decidieras nada, Andi.

Andi se encogió de hombros con la esperanza de que sus sentimientos no fueran visibles en su rostro. Realmente no esperaba que Linus fuese a reaccionar de manera tan violenta a su dimisión. Después de todo, así le libraría de una situación embarazosa.

Por mucho que lo intentaba, no veía otra alternativa para poner fin a la situación.

—Te he dado los tres meses de preaviso, Linus —dijo el a—. Estaré encantada de instruir a mi sustituta durante ese...

—¡No va a haber ninguna sustituta, maldita sea!

—¿Ya no necesitas una secretaria? —preguntó el a. Linus era bril ante en lo que hacía, pero tenía demasiado trabajo como para poder hacerse cargo de todo él solo. Se quedó mirándola frustrado.

—Me niego a aceptar tu dimisión.

—No puedes negarte, Linus —Andi se puso en pie para mirarlo cara a cara—. Un jefe no puede negarle a un empleado su dimisión. Eso no se hace.

—¿No? ¡Pues yo lo he hecho!—como para demostrárselo, rasgó la carta en ocho pedazos antes de tirarla a la papelera—. No te marchas, Andi. Vas a quedarte aquí hasta que arreglemos esta situación. Con un resultado satisfactorio para ambos.

—¿Voy a...?

—Sí. Vas a quedarte — Linus se sentó entonces en el escritorio

—. ¿Hablaste anoche con Marjorie?
—Sí, así es.
—¿Y?
—Y parece que siempre he tenido mal gusto en lo referente a los hombres —
respondió el a.
—¿Me estás incluyendo a mí en ese apartado? Andi pareció sobresaltada.
—¡No, claro que no! Me refería a mi primera cita en una hamburguesería, para que Phil pudiera copiarme los apuntes, y a mi ingenuidad en lo referente a los motivos de David para querer casarse conmigo.
La expresión de Linus se suavizó al ver el dolor en su rostro.
—A mí me gusta tu ingenuidad —murmuró.
—¿De verdad?
—Sí. Andi, no tienes mal gusto en lo referente a los hombres. Simplemente has tenido mala suerte al relacionarte con dos hombres que se aprovecharon del hecho de que confiaras en el os.
—Aun así eso no explica por qué no me di cuenta. . Me siento tan avergonzada por no haberme dado cuenta de que mi madre me había estado ocultando eso todo este tiempo.
Linus se puso en pie.
—No tenías que darte cuenta, Andi —respondió él—. Marjorie estaba haciendo lo que hacen las madres; proteger a su hija del dolor.
—Tú te diste cuenta de que todo era mentira.
Linus la miró fijamente y se preguntó cuáles serían los sentimientos de Andi después de averiguar la verdad.
—Para mí fue más fácil porque yo no estaba tan implicado en la situación como tú. ¿Andi, qué sientes ahora por Simmington—Browne?
Ella sonrió amargamente.
—Lo mismo que he sentido siempre.
—¿Sigues enamorada de él? —Linus se quedó mirándola con la boca abierta—.
¿Incluso después de averiguar la verdad?
Andi lo miró durante unos segundos. No importaba lo que Linus dijera, el a abandonaría su trabajo, ya fuera ese día o tres meses más tarde. Sería mejor dejar las cosas claras entre el os que dar lugar a malentendidos.
Negó con la cabeza y alzó la barbil a para mirarlo a los ojos.

—Nunca amé a David, Linus. Creía que sí. Estaba deslumbrada por él. Halagada por sus atenciones. Pero antes de que mi madre me contase la verdad sobre él, yo ya me había dado cuenta de que nunca había estado enamorada de él.

—Pero. . ¿entonces qué es lo que ha pasado durante los últimos días?

—Exactamente eso —respondió Andi con una sonrisa.

—¿Te has dado cuenta de que no amabas a Simmington—Browne?

—Básicamente sí.

—Linus se quedó mirándola. Se fijó en su frente despejada. En la profundidad de sus ojos, en su nariz respingona. Admiró el arco perfecto de su boca. La curva decidida de su barbil a.

— ¿Andi, por qué quieres dimitir?

Ella se encogió de hombros.

—Dijiste que teníamos dos opciones. . —se detuvo y miró a Linus con ojos confusos cuando éste estiró la mano y le agarró el brazo—. Linus. . —dijo con inseguridad.

Linus había regresado de Escocia el día anterior como si el diablo le pisara los talones. O como si temiera que Andi desapareciera antes de que él llegara a Tarrington Park. Finalmente había llegado antes que el a y le había hecho prometer a Marjorie que no permitiría que Andi se marchara sin volver a verlo.

Si Marjorie había averiguado la razón de su determinación por hablar con Andi, no había dicho nada. No había hecho preguntas.

Linus se dio cuenta de que aquello no se le daba bien. No tenía experiencia.

¡No tenía idea de por dónde empezar!

—Andi, no quiero que te marches.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No puedo ser tu amante, Linus.

—No quiero que seas mi amante.

—Pero dijiste que. .

—Sé lo que dije —murmuró él—. Fui un idiota. El a sonrió amargamente mientras negaba de nuevo con la cabeza.

—No podemos seguir trabajando juntos tampoco después de lo que ocurrió.

—No me importa en absoluto si seguimos trabajando juntos o no —respondió Linus—. Preferiría que lo hiciéramos, claro, pero si crees que no podemos, aceptaré tu decisión.

—Entonces no hay nada más que hablar —se zafó de él y se

alejó para acercarse a la ventana, de espaldas a el.

—Andi. .

—No quiero hablar más del tema, Linus. No puedo. Preferiría que. . ¿No puedes regresar a tu despacho?

Linus atravesó la sala en dos zancadas y le colocó las manos a Andi en los hombros.

—Estoy enamorado de ti, Andi —murmuró con voz rasgada contra su sien—.

Estoy tan enamorado de ti que no puedo pensar con claridad. Al menos dame una oportunidad. Deja que te demuestre lo bien que estaríamos juntos.

Sé que no soy exactamente lo que deseas, lo que mereces, pero al menos déjame intentarlo.

Andi se quedó asombrada, sin palabras. Era incapaz de creérselo.

Se dio la vuelta entre sus brazos y pil ó a Linus por sorpresa; pudo ver en aquel momento el amor bril ando en sus ojos verdes.

—¡Linus!

—¿Estás lorando? —Linus levantó la mano y le secó las lágrimas —. Sé que he estropeado las cosas entre nosotros, Andi. Me equivoqué al ofrecerte una aventura.

No l ores, Andi. Puedes marcharte hoy mismo si es lo que deseas. No te obligaré a quedarte aquí y a trabajar para mí cuando obviamente no puedes soportar estar cerca de mí. .

—Linus —dijo Andi, y colocó los dedos en sus labios para silenciarlo—. Eres exactamente lo que deseo. Exactamente lo que merezco —le dijo sin dudar—.

Linus, yo también te quiero. Te quiero mucho, cariño —le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho para oír los latidos de su corazón. Un corazón que le pertenecía.

Era increíble. ¡Maravilloso!

—¿Me quieres? —preguntó Linus con incredulidad. Andi volvió a mirarlo con lágrimas en los ojos. Pero en esa ocasión eran lágrimas de felicidad.

—Claro que te quiero, Linus. ¿Cómo podría no quererte? Eres sincero. Y

bueno. Y generoso. Y. .

—Y arrogante. Y dictatorial —le recordó él.

Andi se rió suavemente.

—Sólo cuando tienes que serlo.

—¡Entonces tendré que serlo muy a menudo!

—Linus, si no me besas pronto, creo que voy a morir —dijo el a.

Linus la miró y vio el amor en sus ojos y en la bel eza de su sonrisa.

—Antes de hacerlo, Andi, quiero que sepas que ninguna de las opciones que propuse la otra noche me parece aceptable.

—¿No te parecen...?

Linus la abrazó con fuerza.

—Deseo casarme contigo, Andi. Me di cuenta de lo que sentía por ti cuando el tren salió de la estación ayer y me dijiste que tenía que soltarte. Soltarte es lo último que deseo hacer. Eso fue lo que grité desde el andén.

—No podía oírte —respondió el a—. ¿Deseas casarte conmigo, Linus?

—Más que nada en el mundo. Cásate conmigo, Andi. Cásate conmigo y te prometo que pasaré el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te quiero.

—Siempre y cuando yo pueda pasar el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te quiero —respondió Andi mientras Linus la tomaba entre sus brazos para besarla por fin.

En casa. Andi supo entonces que estaba en casa. Que allí donde Linus estuviera sería su hogar.

Andi tenía los labios sonrosados cuando apartó la cabeza y miró a Linus poco después.

—¿No quieres que siga trabajando para ti cuando estemos casados?

—Quiero lo que tú quieras —le aseguró Linus, sabiendo que tenía la felicidad en sus brazos.

—Ahora mismo lo que quiero es ver la diferencia entre hacer el amor contigo en un escritorio y en una mesa de cocina. . —dijo el a con una sonrisa pícara.

Linus le devolvió la sonrisa al recordar su encuentro hacía dos noches.

—Ésa es justo la razón por la que trabajar juntos va a ser tan interesante en el futuro. Tal vez mis razones para contratar a la señora Ferguson si fueran maquiavélicos después de todo. Porque esté donde esté en el futuro, te quiero a mi lado, Andi.

—Yo nunca querré estar en otra parte —le aseguró Andi.

—Piensa en los lugares en los que no hemos hecho el amor aún.

—Ya lo hago —respondió ela—. Te aseguro que lo hago.

—¡Libertina!

—Sólo por ti, Linus. Siempre por ti.

Linus se había quedado sorprendido al hacer el amor con Andi y descubrir que era virgen. Sorprendido y a la vez conmovido. Le gustaba la idea de ser su único aman —te. Para el resto de su vida.

Después de años evitando el compromiso, el peligro de enamorarse, Linus se había dado cuenta el día anterior, mientras el tren se alejaba, de que Andi se le había metido en el corazón sin darse cuenta. Y también se daba cuenta de que su resentimiento hacia el amor que Andi sentía por Simmington—Browne se debía a los celos; otro sentimiento que Linus tampoco había experimentado jamás.

Linus tenía la sensación de que habría muchas cosas nuevas en su vida ahora que estaba enamorado de Andi. Ahora que el a estaba enamorada de él también.

Que había accedido a casarse con él, a quedarse con él, a estar con él durante el resto de sus vidas. .

Epílogo

SÍ! —EXCLAMÓ Linus junto con miles de aficionados escoceses en el estadio de Twickenham, y alzó un puño al aire para celebrar que Escocia había derrotado a Inglaterra en la final de las Seis Naciones—. No pareces muy decepcionada —le dijo a Andi mientras salían del estadio y se dirigían hacia donde habían aparcado el coche.

Andi le dirigió una sonrisa complaciente. No le importaba que Inglaterra hubiera perdido. ¿Cómo podía importarle algo cuando Linus y el a sólo l evaban casados dos semanas? Dos semanas maravil osas trabajando juntos, viviendo juntos, haciendo el amor juntos.

—Tengo mis propios motivos de celebración —le dijo mientras esperaba a que abriera el coche.

Linus la miró inquisitivamente.

—El partido de Gales contra Irlanda en el estadio Mil ennium acaba de empezar..

—Por mucho que haya l egado a gustarme el deporte del rugby durante las últimas seis semanas, no es mi único interés.

—¡Vamos a casa a celebrarlo debidamente! —respondió Linus mientras se acercaba a el a para abrazarla. Las últimas seis semanas habían sido las más felices de su vida. Sobre todo las dos últimas, desde que Andi se convirtiera en su esposa.

Tras evitar la institución del matrimonio durante los primeros treinta y seis años de su vida, Linus había descubierto que le gustaba estar casado. Que adoraba estar casado con Andi. Adoraba pasar los días con ella. Irse a casa con el a. Pasar las noches con el a. ¡La vida no podía ser más perfecta!

—No hasta que no te haya dado mi noticia —dijo Andi—. Estoy embarazada, Linus.

De seis semanas, para ser exacta. Si es niña, con tu beneplácito, me gustaría llamarla Flora Mae. Por tu madre y por tu tía.

Linus se quedó mirándola con incredulidad. Andi estaba embarazada. De él.

La vida sí podía ser más perfecta.

Realmente eran el equipo perfecto.